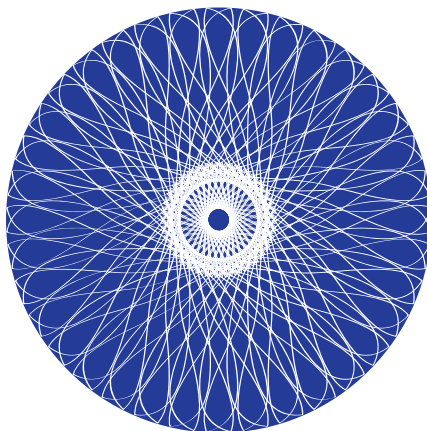


Las pandemias del neoliberalismo



Lucas Ezequiel Bruno y María Luz Ruffini
(Compiladores)



Universidad
Nacional
de Córdoba

Las pandemias del neoliberalismo



cea-sociales
centro de estudios
avanzados



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba

Colección Cuadernos de Investigación

Las pandemias del neoliberalismo

Lucas Ezequiel Bruno y María Luz Ruffini
(Compiladores)

Programa de Investigación *Construcciones neoliberales:
enfoques políticos, jurídicos, económicos y sociales
desde teoría crítica*

Universidad Nacional de Córdoba

Rector: Dr. Hugo Oscar Juri

Decana de Facultad de Ciencias Sociales: Mgter. María Inés Peralta

Editorial del Centro de Estudios Avanzados

Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales,
Av. Vélez Sarsfield 153, 5000, Córdoba, Argentina

Directora: Adriana Boria

Coordinación Ejecutiva: Alicia Servetto

Coordinación Editorial: Mariú Biain

Comité Académico de la Editorial

M. Mónica Ghirardi

Daniela Monje

Alicia Servetto

Alicia Vaggione

Juan José Vagni

Coordinadora Académica del CEA-FCS: Alejandra Martín

Coordinador de Investigación del CEA-FCS: Marcelo Casarin

Asesora externa: Pampa Arán

Cuidado de edición: Mariú Biain

Diseño de Colección: Silvia Pérez

Diagramación de este libro: Silvia Pérez

Responsable de contenido web: Diego Solís

© Centro de Estudios Avanzados, 2022

Las pandemias del neoliberalismo / Lucas Bruno ... [et al.]; compilación de Lucas Bruno; María Luz Ruffini. - 1a ed -
Córdoba : Centro de Estudios Avanzados, 2022.

Libro digital, PDF - (Cuadernos de investigación)

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-48708-0-3

1. Pandemias. 2. Neoliberalismo. 3. Crítica Social. I. Bruno, Lucas II. Bruno, Lucas, comp. III. Ruffini, María Luz, comp.

CDD 320.6

Índice

Prólogo. ¿Opresión neoliberalizada o aprendizaje ciudadano? Poder, verdad y transformaciones posibles en la (pos)pandemia Lucas Ezequiel Bruno y María Luz Ruffini	9
Geopolítica y gobernanza: imaginarios sobre las escalas de la política en pandemia María Teresa Piñero	17
Pensar lo político entre el neoliberalismo y la pandemia del Covid-19. Transformaciones civilizatorias, relaciones de poder y cambios posibles María Luz Ruffini	33
El lugar de la verdad en las subjetividades neoliberales contemporáneas. En torno al caso de lxs negacionistas en la pandemia del coronavirus Jorge Foa Torres y Juan Manuel Reynares	53
Discurso científico y neoliberalismo en pandemia: comunicación y poder en los <i>think tanks</i> liberales Felipe Etkin	75
Populismo y racionalidad neoliberal. ¿Hay alternativas al neoliberalismo? Lucas Ezequiel Bruno	99

Democracia, populismo de izquierda y alternativas al neoliberalismo desde América Latina	
María Susana Bonetto y María Luz Ruffini	117
Noticias de lxs autorxs	145

Prólogo

¿Opresión neoliberalizada o aprendizaje ciudadano? Poder, verdad y transformaciones posibles en la (pos)pandemia

Lucas Ezequiel Bruno y María Luz Ruffini

En el campo político y científico resulta generalizada la impresión –ya certeza, según numerosos estudios–, de que la pandemia del Covid-19 habría no solo expuesto con crudeza sino profundizado y maximizado las enormes desigualdades que atraviesan nuestro mundo, arrojándose por añadidura la búsqueda de soluciones a las limitadas capacidades de los Estados nacionales ante un evento contingente de magnitud inusitada.

La manifestación y operatoria de las desigualdades funcionó, en efecto, en varios planos: en el régimen internacional, entre países ricos que accedían a gran cantidad de recursos sanitarios, y países pobres con escasos medios de todo tipo. Al interior de cada Estado, asimismo, las condiciones habitacionales y de salubridad de las poblaciones impusieron una distribución desigual de los efectos del virus, afectando más a los sectores en situación de vulnerabilidad social. En el mismo sentido, el desigual acceso a medios informáticos y a internet –principal medio de sociabilidad e integración en el marco del aislamiento–, fue un desafío para muchos sectores.

En rigor, según el informe “Panorama Social de América Latina 2020” de la CEPAL, la pobreza a fines del año 2020 alcanzó niveles que no se habían observado entre los últimos 20 años y todos los países experimentaron un deterioro en la redistribución del ingreso nacional. La tasa de pobreza extrema se situó en un 12,5% y la tasa de pobreza en el 33,7%: “Ello supondría que el total de personas pobres ascendería a 209 millones a finales de 2020, 22 millones de personas más que al año anterior” (CEPAL, 2020). Asimismo, en 2021 el Banco Mundial publicaba en su informe “Perspectivas Económicas Mundiales” que la pandemia

hizo aumentar la deuda de las economías en vías de desarrollo al nivel más alto en los últimos 50 años, generando un brutal endeudamiento de los países pobres.

Este estado de situación llevó progresivamente a la certeza de que la pandemia, lejos de significar un freno u obstáculo para el devenir expoliador y destructivo del capital en su forma financiera transnacionalizada, habría profundizado aún más la hegemonía global de la racionalidad neoliberal. Desde ya, al hablar de racionalidad neoliberal hacemos referencia a ciertos principios rectores que gobiernan la conducta de los sujetos, determinan la forma de los vínculos sociales y condicionan —en el mejor de los casos— los órdenes políticos (Laval y Dardot, 2013; Brown, 2015). En esta línea, por caso, las medidas de aislamiento social habrían tendido a la privatización de la vida y el reforzamiento del individualismo liberal: la libertad individual, con el correlato de los derechos personales, emergió como aquello que podía suturar a la comunidad política, como esa plenitud siempre ausente y necesaria (Laclau, 2005). La salvación individual y la poca estima hacia el otro fue la forma que tomó la libertad, y sus reclamos se hicieron visibles en el incumplimiento de las medidas sanitarias de prevención.

La opresión, en efecto, se neoliberalizó: ya no estaba asociada al capitalismo, el patriarcado u otro sistema de jerarquización de diferencias en donde la parte en situación de debilidad podía reclamar liberarse contra el orden que la ubicaba en un lugar de subordinación. La lucha por la liberación ya no buscaba subvertir y dislocar una relación de sujeción, tenía otros fines —quizás inconfesables—: ¿Un mundo sin gobierno pero soportado en exclusiones inconfesables? ¿Un mundo sin Estados pero sin posibilidad de que los marginados puedan irrumpir y ser parte de la comunidad? La opresión mutó y era el Estado quien anulaba las libertades individuales sagradas de los sujetos neoliberalizados. Desconcierto para las izquierdas y los proyectos nacionales-populares: los marcos socio-simbólicos de las fuerzas de izquierda se vieron acorralados y con poca capacidad de reacción en todo el mundo. Un gobierno progresista debía restringir la libertad de circulación, la libertad de asociación y, también, la libertad de consumir.

Desde ya, la paralización del consumo masivo y la crisis de las economías de todos los Estados supondría, en un sentido tradicional, un golpe duro para el capital, y esto ocurrió: el consumo masivo y la producción disminuyeron drásticamente. Sin embargo, los costos de la crisis recayeron sobre los sectores históricamente postergados: el desempleo aumentó en

todas las comunidades, la pobreza y la indigencia experimentaron picos históricos, fue un hecho la expulsión de las infancias vulnerables del sistema educativo formal por falta de acceso a los recursos necesarios, las condiciones de hacinamiento en los barrios populares se intensificaron, la violencia machista, femicidios y travesticidios aumentaron, entre otros síntomas sociales y económicos. La afectación del consumo pudo ser sorteada por el capitalismo en su modalidad financiarizada y fue posible, una vez más, hacer recaer las consecuencias de la crisis en los sectores en situación de vulnerabilidad, al tiempo que los ricos y súper ricos incrementaban sustancialmente sus fortunas.

No obstante, en Argentina, la pandemia de 2020 también dio inicio a un proceso de fuerte intervención estatal: el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO), seguido del Distanciamiento (DISPO), la disposición de un Ingreso Familiar de Emergencia (IFE), la intensa campaña de vacunación que se llevó adelante tempranamente, entre otras medidas, mostraron de forma contundente cómo la retórica que ponía el cuidado de la vida por encima del sostenimiento de la actividad económica a cualquier costo se encarnó, al menos parcialmente, en las políticas públicas del período. Esto supondría, al decir de Rita Segato, el inicio de nueva una pedagogía ciudadana, el aprendizaje de que el Estado nación y –más ampliamente– la política mantiene una potencia no desdeñable, la capacidad de cuidarnos y transformar nuestras vidas.

Por supuesto, en las actuales condiciones resulta central problematizar tanto las nociones de Estado nación como la de cuidados. Desde una perspectiva foucaultiana, podemos entender al Estado como el efecto hegemónico de un conjunto de relaciones de fuerza, de formas de ejercicio del poder entramadas en lo social. Sobre esta base, la invitación es a centrar la mirada en estas tecnologías de poder y sus racionalidades asociadas, por lo cual el problematizar los cuidados se vuelve una tarea de primer orden. Al respecto, es sabido –según la formulación clásica de Foucault– que así como lo propio del poder soberano fue “dejar vivir y hacer morir”, el biopoder se caracteriza por “hacer vivir y dejar morir”, dando origen a la anatomopolítica (que busca incidir sobre el cuerpo físico) y la biopolítica, que busca tener efectos sobre lo humano en tanto especie, y que se intensifica desde el siglo XVIII.

No obstante, al decir de Rodríguez,

Hasta entrado el siglo XX, el cuidado que pretendía ejercer el estado sobre la población en la línea de cuerpo-especie iba de arriba abajo (prescribiendo conductas para cuidar la vida). Luego, la salud se convierte en objeto de preocupación para el Estado en tanto debe garantizar el derecho de los individuos a la buena salud (2019: 399).

Es destacable cómo, desde este punto de vista, desde mediados del siglo XX la biopolítica comienza a entramarse con una gubernamentalidad de tipo neoliberal: una noción de cuidados orientada a sostener la vida de individuos atomizados entendidos como capital humano cuyas capacidades el Estado debe sostener e incrementar, no en aras de un beneficio común, sino de la maximización de su potencial capaz de ser valorizados por el mercado. Ante ello surge la pregunta: ¿cómo podemos pensar un cuidado de la vida no neoliberal?

Al respecto, podemos rescatar algunos elementos interesantes: en primer lugar, la centralidad de promover una biopolítica afirmativa, una política de la vida en la que los seres vivos pongan sus propias normas como referencia constante de un derecho ajustado a las necesidades de todos y de cada uno (Esposito, 2016). Y ello, claro está, asociado a una noción de comunidad capaz de trascender la atomización: una comunidad entendida como el movimiento de ruptura de fronteras y atravesamiento interindividual que permite construir un nosotros que exceda el agregamiento de partes. Esto se vincula, asimismo, con el imperativo de propiciar lo que Mouffe (2018) llama una ciudadanía democrática radical, una gramática de la conducta orientada a la extensión de los principios ético-políticos de libertad e igualdad en una amplia gama de relaciones sociales, que permite tensionar con el fuerte proceso de desdemocratización neoliberal reseñado por Wendy Brown (2017). Finalmente, a ello hay que añadir el movimiento ranciereano que haría posible incluir, como parte de la comunidad política, al mundo natural, dando paso a lo que Donna Haraway denominará Chthuluceno: una forma de entender el mundo en que seres humanos y no humanos nos entramemos complejamente a fin de dar respuesta al vital problema de vivir y morir juntos dignamente en una tierra profundamente herida.

Teniendo presente estas reflexiones y sus tensiones ineludibles, estos escritos pretenden intervenir sobre una realidad compleja y por momentos ininteligible, tanto a fin de brindar algunas herramientas para su mejor comprensión como para interpelar a los sujetos en sus

prácticas mismas. Sobre esta base, las contribuciones que forman parte del presente volumen enfocan el pensar las relaciones entre neoliberalismo y pandemia de modos disímiles pero, ciertamente, complementarios. Para ordenar la lectura, hemos optado por agrupar las producciones en tres bloques, bajo los criterios de afinidad temática y definición de los problemas.

En primer lugar, los aportes de María Teresa Piñero y María Luz Ruffini se proponen dar cuenta de la ampliación del campo de lo político impulsada por la reciente experiencia de la pandemia, entendiendo que los límites para el pensamiento y la acción en tanto seres en comunidad se han visto, ineludiblemente, trastocados. En este sentido, el artículo de María Teresa Piñero recupera elementos conceptuales y metodológicos de la geopolítica crítica y su rechazo de la distinción ontológica de un adentro y un afuera de los Estados nacionales. Sobre esta base, se propone comprender cómo lo global se construye al interior de lo local, reflexionando sobre el “lugar del poder” y las “escalas de lo político” desde cierto imaginario geopolítico popular catalizado por la pandemia y las formas de intervención ante la misma. A partir de un amplio trabajo de campo teóricamente informado, la autora muestra cómo se configuran sentidos sociales hegemónicos en torno a la política y lo político, en diferentes escalas, y cómo la globalización capitalista neoliberal sigue apareciendo –aun en su reconocida injusticia– como inevitable e intransformable.

Por su parte, el capítulo de María Luz Ruffini recupera de manera amplia una mirada de entramados conceptuales relativamente heterodoxos capaces de enriquecer la reflexión en torno a los complejos vínculos entre el neoliberalismo y la pandemia del Covid-19. Para ello, desarrolla tres dimensiones fundamentales para el abordaje del fenómeno: la crisis global y civilizatoria, el ejercicio del poder y los procesos de subjetivación, la localización y situacionalidad, claves para comprender la encarnación relativamente contingente de las otras dos dimensiones. Finalmente, y a fin de poner en juego algunas de estas nociones, retoma el análisis situacional del aislamiento social de los primeros tiempos de la pandemia y reflexiona conceptualmente sobre las posibilidades de construcción de otros mundos posibles.

En segundo lugar, y recuperando el relieve dramático que adquieren las relaciones de saber-poder ante la experiencia pandémica, Juan Manuel Reynares y Jorge Foa Torres encaran el desafío de comprender el negacionismo en torno a la pandemia del Covid-19, a partir de

las relaciones entre sujetos, discursos y verdad que este fenómeno pone de relieve. Así, combinando herramientas del postestructuralismo y la izquierda lacaniana, los autores abonan la hipótesis epocal de una disolución del lugar de la verdad y su reemplazo por la profusión de certezas, orientada por la búsqueda de potenciación del goce individual de los sujetos como consumidores. En este marco, su análisis muestra cómo el quiebre de la dinámica de identificaciones parciales como estructurante del lazo social da paso a una saturación simbólica cuya forma más elocuente es la expansión de guiones conspiranoicos, asociados a un cinismo políticamente estéril.

En la misma línea —en tanto pone en el centro de la discusión las relaciones entre el poder y la producción de la verdad— encontramos el artículo de Felipe Etkin, que evidencia el modo en que durante la pandemia los *think tanks* abonaron la profundización de la racionalidad neoliberal a partir de la producción de un tipo especial de conocimiento en el que se solapan ciertos rasgos del discurso científico, mediático y político. El autor indaga en la especificidad de este tipo de saber y su legitimación en función de criterios de eficacia, eficiencia y utilidad —a diferencia de la producción de conocimientos de las instituciones públicas, como las universidades o centros de investigación—. De este modo, los *think tanks*, al pretender incidir en las políticas públicas y moldear las conductas de los sujetos, pueden reconocerse como dispositivos de saber-poder constitutivos del neoliberalismo que, en pandemia, se fortalecieron y ampliaron su ámbito de influencia.

Finalmente, comprendiendo la importancia de no renunciar a las posibilidades de transformación de lo dado, encontramos el artículo de Lucas Bruno, quien se pregunta por los límites y las posibilidades de una articulación populista de la política como alternativa a la racionalidad neoliberal. Partiendo de un desarrollo de las principales categorías de la Teoría Política del Discurso, se centra en la categoría de populismo de Ernesto Laclau y en las recepciones locales de la misma, especialmente la de Sebastián Barros. A partir de argumentar sobre la especificidad del populismo en tanto inclusión radical de una heterogeneidad social —es decir, aquellas identificaciones que estaban por fuera de los límites discursivos—, el autor sostiene que una articulación populista puede erosionar, limar y suspender algunos tópicos de la racionalidad neoliberal pero, efectivamente, no discontinuarla, como lo muestran los

gobiernos nacional-populares latinoamericanos de la década pasada –para esa operación sería necesaria otra racionalidad política con la misma potencia que la racionalidad neoliberal–.

El trabajo de Bruno proporciona el marco general para la indagación específica en torno al populismo de izquierda, eje del trabajo de María Susana Bonetto y María Luz Ruffini que cierra el volumen. En efecto: asumiendo la imbricación entre la crisis de los valores democráticos y la extensión y profundización de la racionalidad neoliberal, las autoras argumentan cómo una articulación particular entre democracia –desde una perspectiva regional, no institucionalista y que asuma la inerradicabilidad del conflicto– y populismo de izquierda –en tanto forma de articulación a la cual le es ínsito un contenido normativo basado en la igualdad y libertad– puede hallarse en la base de avances emancipatorios y transformadores. En este marco, es la democracia radical en asociación con el impulso a una ciudadanía radical, la que, excediendo el formalismo liberal en pos de un compromiso efectivo y afectivo en la organización comunitaria permitiría pensar en alternativas democráticas al neoliberalismo.

Si bien de la pandemia no “salimos mejores”, la crisis es de tal profundidad que obliga a problematizar y discutir tópicos que se habían desplazado del centro del campo científico y la discusión académica, o que directamente no existían. El capitalismo financiarizado, por caso, ha vuelto al núcleo de la discusión, como así también la operatoria de nuevas formas de exclusión, desigualdad y dominación. En este marco, esperamos que los textos que siguen abonen a la complejización del pensamiento y la búsqueda colectiva de caminos de cuestionamiento y transformación del mundo, hacia formas de existencia más sustentables, justas e igualitarias.

Bibliografía

Brown, Wendy (2017). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. México: MalPaso.

Brown, Wendy (2021). *En las ruinas el neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Buenos Aires: Tinta limón.

- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2020). *Panorama Social de América Latina* (LC/PUB.2021/2-P/Rev.1). Santiago, 2021.
- Esposito, R. (2012). “Inmunidad, comunidad, biopolítica”. *Las torres de Luca*, pp. 101-114.
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laval, Christian y Dardot, Pierre (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Mouffe, Chantal (2018). *Por un populismo de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rodríguez, Pablo Manolo (2019). *Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas*. Buenos Aires: Cactus.

Geopolítica y gobernanza: imaginarios sobre las escalas de la política en pandemia

María Teresa Piñero
FCS-UNC

Introducción

El Covid-19 en tanto hecho que impactó en todo el planeta produjo un pensar global sobre las maneras de administrar la vida humana y gestionar las derivaciones de la pandemia sobre la vida. En todos los casos esta globalidad atravesó los territorios, el poder, los Estados y los modos de entender sus vínculos: si la globalización presuponía desterritorialización, disminución de poderes nacionales, menos Estado, apertura y desregulación, la pandemia reenfocó las nuevas territorializaciones, el efecto poder y su impacto en ciudadanos nacionales.

Esto apareja tres dimensiones centrales de análisis: las vinculadas a la reaparición del Estado nación como actor clave –luego de su destitución por las ficciones de la globalización– la apropiación social, o la dimensión pública de las cuestiones internacionales que trajo la pandemia y lo global como sentido de una matrix que rodea las representaciones sociales sobre el origen y los efectos de la pandemia.

De una concepción de aldea global como espacio capaz de contener a un mundo y ser gobernado por acuerdos entre Estados y organizaciones internacionales se pasó a una realidad cercana a la idea de aldeas medievales cerradas en las que los territorios eran el espacio de las comunidades cuidadas y protegidas, y a asumir la deriva de lo internacional –el multilateralismo, las leyes internacionales, los acuerdos entre Estados: los lugares de lo internacional– en la imposibilidad de proveer soluciones globales y equitativas en contexto de crisis sanitaria mundial.

La disciplina emergente capaz de circundar e incluso embridar estas situaciones es la geopolítica y si antes esta se asociaba a estrategias militares, se enseñaba en circuitos de defensa e implicaba el manejo de técnicas de guerra y decisiones racionales privativas de estrategias, incluye ahora una dimensión de apropiación social de sus sentidos, vinculadas a una necesidad de seguridad de los ciudadanos que le da un giro a los sentidos instituidos por la globalización.

Con la pandemia reapareció el lexema 'geopolítica' tejiendo redes con los aspectos vinculares no solo de los modos con los que la geografía releva las fronteras del poder entre hegemones, Estados y territorios, sino que, por su recurrencia, parece funcionar, desde ese momento, como un término previo a la formulación de todo problema global con efecto local.

Desglobalización – global

En términos generales en el marco de las teorías de relaciones internacionales y de la política exterior ha existido desarrollo –ya desde las perspectivas realistas y las orientadas a su refutación– sobre los condicionantes internos o domésticos de las decisiones del Estado en materia de política exterior y de su influencia en la “identidad” del Estado. En todo caso hay un básico que armó a la disciplina y es la noción de que es el Estado nacional el *lugar* desde el que puede hablarse del poder estructurador de las representaciones sociales, y que hay un afuera ordenado alrededor de la idea de relaciones interestatales y un espacio de anarquía, cooperación o dominación, dependiendo del enfoque epistemológico e ideológico.

La geopolítica en tanto indaga sobre el territorio, el poder y las comunidades ligadas a un cercamiento identitario nacional y un exterior constitutivo, demarcó espacialmente los centros desde los cuales los sujetos percibían sus necesidades vitales ligadas predominantemente a la seguridad y a las económicas. No obstante, es novedoso pensar cómo juega esto en relación a lo global. Porque los términos geopolítica-asociados a lo territorial y lo global parecen funcionar como un oxímoron.

Relación geopolítica y lo global

Desde la geopolítica se distinguen varios enfoques principales en el estudio de los vínculos entre el territorio y los sujetos: *el de sistemas territoriales*, *el de las relaciones centro-periferia* y *el del regionalismo político* (Cairo, 1997). Los tres refieren a modos de construcción identitarias vinculadas a las formas político-territoriales en las que el tipo de frontera establecía una manera de incidir en el comportamiento político de los sujetos y en sus vínculos con el poder.

En los sistemas territoriales al interior de los Estados, habría diseños institucionales, procesos políticos y cultura política distintos. Podrían ser federales, unitarios, provinciales y otros, pero siempre vinculados a distintos esquemas de ejercicio del poder según sus propios ordenamientos legales. El de centro periferia refiere a dos posturas vinculadas a la economía política; una de corte europeo que vincula desarrollo a un movimiento de “derrame” de los efectos del desarrollo capitalista del centro hacia las periferias (el modelo de Rokkan y Urwin, 1982, 1983, citado en Cairo) y el otro el adscripto a las teorías críticas en las que el centro y la periferia implican modos desiguales del desarrollo capitalista entre ambas zonas con los efectos de dominación que eso supone. Finalmente, el regionalismo político refiere a los distintos enfoques y praxis político-comunitaria producto de las divergencias étnico culturales, aún dentro del mismo Estado.

Los elementos que los definen —en los tres casos— estarían unidos en un “movimiento circular complejo de causas-efectos-causas” (Cairo, 1997: 4) que explicaría la tendencia a permanecer y a “vínculos relevantes entre el componente territorial en la política, los imaginarios y sus efectos en las acciones políticas” (Lois, 2011: 98-99).

El discurso de la globalización produce una interpelación a estas formas al introducir una dimensión desterritorializada del ejercicio del poder, básicamente inlocalizable, difusa, pero efectiva. Este proceso comienza en los años 70 al ritmo de transformaciones económico políticas que trazadas como parte de la salida del Estado del Bienestar, conducen al mundo, como diría Strange, a funcionar como una ruleta, ordenada según una falaz creencia en que habría algo así como una deriva producto del azar capitalista.

Los 90 son el momento del giro radical, a nivel disciplinar, con la aparición de una geo-

política crítica que cuestiona la distinción ontológica adentro/afuera del Estado nacional en tanto impide apreciar las escalas local, nacional y *global* en su complejidad. Al mismo tiempo que absorbe la comprensión de que la territorialidad es parte de los imaginarios sociales, más que un lugar geográfico donde los sujetos desarrollan sus vidas.

De igual modo la geopolítica deja de ser un atributo de los dispositivos militares para la seguridad, y se amplía hacia otros terrenos de producción, lo cual no deja de tener que vincularse a las propias condiciones de reformulación de las funciones militares en democracia en orden a las tareas de articulación con los planes geopolíticos de la democracia neoliberal expansiva que se presenta desde los años 80¹.

Respecto de lo global, Sassen (2013) y ya en el marco de las perspectivas críticas con origen en el pensamiento posmarxista de Wallerstein y del sistema centro-periferia, entre otros, instala este término a partir de la refutación a la “buena” globalización.

Lo global es así una dimensión estructuradora de representaciones sociales, imaginarios y espacios por ende de legitimación política y explicativa de comportamientos sociales, a partir del impacto en que los fenómenos y procesos globales son capaces de regular las vidas; desde las finanzas transnacionales, las catástrofes ambientales, las operaciones globales sobre las tierras, la colonización de ciudades, el exterminio de pueblos indígenas, la extensión de reglas de consenso internacional constructoras de formas jurídicas excluyentes, las redes gobernadas por actores internacionales hasta el capitalismo digital y el derecho internacional público regido por una *lex mercatoria* que produce también profundas desigualdades.

En términos generales se pueden pensar tres escalas geográficas asociadas a la inserción del Estado nación en el orden capitalista internacional y que permiten vincular la política a su campo de comprensión: la nacional como campo ideológico y de disputa, la local vinculada a la experiencia, y una global asociada a “la realidad”.

En esta estructura “geográfica vertical tripartita”, siguiendo a Taylor y Flint (2002: 47) el Estado nación funge como instancia intermedia entre la escala global de la economía y las

¹ Para ver el modo en que las tareas militares de América latina se adecuan al nuevo paradigma de democratización tutelada bajo el paraguas del neoliberalismo guiado por EEUU véase Piñero (2020).

vidas localizadas en espacios de producción y experiencias concretas. Lo global se construye al interior de lo local y en esto están comprometidas las políticas nacionales y los modos de comportamiento político siguiendo los distintos niveles de la gobernanza neoliberal (Piñero, 2020). En la escala nacional de la política se da la disputa ideológica, el choque entre las diferentes praxis propuestas sobre los modos de acomodar el Estado a la lógica del sistema mundo capitalista. Finalmente, lo global ya no aparece como espacio de disputa sino de una realidad inconmovible, única e irreductible. Esa asociación de lo global a la “realidad” resulta interesante pues se manifiesta como la posición de los sujetos frente al modo en que el único sistema mundo gobierna sus vidas; el capitalista. Concepto que encontramos en las entrevistas de las cuales damos cuenta más adelante.

Lo global refiere a un sistema mundo tal como lo plantea Wallerstein (1996) en tanto una economía capitalista que nació a fines del siglo XV y principios del XVI a partir de una configuración espacial que la vinculaba claramente con los procesos experimentados en la Europa occidental. Sin embargo, muestra, desde ese momento, una clara vocación geopolítica de tipo expansiva. Podríamos decir que, en tales instancias, su perspectiva espacial es planetaria. Pero su geocultura particular aparecería recién en el siglo XVIII. En efecto, si el sistema mundo capitalista se va armando desde el siglo XVI no es sino hasta que aparecen las ideologías claramente sostenidas por partidos o grupos que no se enraíza en un modo de representarse el sujeto en el sistema. El liberalismo entonces configurará el conjunto de reglas y valores básicos que definen las representaciones sociales asegurando la legitimidad del sistema mundo. Por ello para los críticos, como sostiene Taylor, desde la geopolítica “el mundo” ya no puede seguir siendo explicado solo en términos de Estados naciones, ni de sus economías “nacionales”.

Representaciones geopolíticas en pandemia en Argentina

En contexto de pandemia estas cuestiones teóricas se afincaron en un principio de realidad; así la deriva total de la noción de la buena globalización fue la imposibilidad de declarar bienes públicos globales y esto abre un interesante debate que afecta a la real incidencia en las políticas públicas vinculadas al Covid-19 y sus efectos en las relaciones internacionales,

así “La globalidad es una forma espacial de lo público y, en la mayoría de los casos, también resulta de una opción política” (Kaul y Blondin, 2015: 77).

En todo caso no fue el Estado nación el único poder institucional con capacidad coactiva, las jurisdicciones en tanto escalas desde las cuales se establecía el régimen de lo legal fue de la mano con una administración gubernamental que cambiaba al ritmo de las necesidades y acontecimientos internacionales que iban delineando el rumbo de las cuarentenas, restricciones y avances científicos. En pandemia la cuestión de la política del territorio alcanzó niveles importantes para ordenar su gestión en tanto catástrofe social global.

Este no es un dato menor en virtud de que en este contexto la pandemia vino a operar como hecho políticamente clave de representaciones sociales alrededor de lo global como lugar político de gestión de un hecho que amenaza la seguridad de todas y todos en el planeta. Y si bien en todo caso de representaciones sociales la fuente de la información que las nutre es relevante, en el caso de la relación con la política exterior o lo global en general adquiere mayor centralidad (Romero, 2011) pues las mediaciones constructoras de opinión como los medios de comunicación o los discursos hegemónicos son quienes proporcionan la única fuente de conocimiento sobre lo que tenderá a ser vivido como definitivo en la vida de pandemia.

Aparece el concepto de *lugar del poder* como herramienta geopolítica para pensar lo global (Agnew, 2005). Los lugares permiten pensar de qué forma se representan los niveles y grados de responsabilidad atribuidos en el manejo de la pandemia, las fronteras entre las vulnerabilidades internas y las amenazas externas, las maneras de pensar un “nosotros identitario” en relación a los espacios y establecer el lugar de la alteridad y las perspectivas en la canalización de los conflictos.

Fronteras y jurisdicciones

Las regulaciones en Argentina vinculadas a la pandemia siguieron un trayecto formal ligado a la estructura institucional constitucional federal del país, así las sedes del poder administrador y ordenador estuvieron establecidas en nación-provincias y en menor medida municipios o espacios locales. Estas escalas de la política producían normas que operaron como múltiples

formas superpuestas que no se armonizaban necesariamente en orden a proporcionar seguridad y generar el principio precautorio social básico (Feierstein, 2021) para un hecho de esta magnitud. En todo caso hubo una deriva de la gobernanza para la construcción de condiciones de restricción legítima en pandemia.

En ese contexto, se hicieron las primeras 459 entrevistas entre marzo-abril 2021 en todo el territorio de la Nación en el marco del proyecto del PISAC macro “Identidades, experiencias y discursos sociales en conflicto en torno a la pandemia y la postpandemia: un estudio multidimensional sobre las incertidumbres, odios, solidaridades, cuidados y expectativas desiguales en todas las regiones de Argentina 2020/2021”, cuyo análisis preliminar y sobre el tópico particular de las representaciones geopolíticas adelantamos desde el Nodo Córdoba FCS-UNC, como integrantes de dicho proyecto. Se trata de un avance preliminar pues la investigación tiene varias etapas e instrumentos diversos. A la primera tanda de entrevistas le siguieron encuestas y grupos focales.

Algunos interrogantes que fueron surgiendo del trabajo de lectura en términos hipotéticos deductivos y orientaron los análisis preliminares: ¿qué implica la Argentina en las representaciones identitarias de lxs entrevistadxs? ¿Cómo se representan los vínculos entre las escalas de la política que regulan su vida? Y entre esos: ¿cuáles son los sentidos valorizantes que permiten legitimar a uno sobre otro en condiciones de restricción ciudadana? ¿Se identifican y valorizan las vacunas según su “nacionalidad”? ¿Con qué estándar se valora la gestión nacional de la pandemia?

Desarrollo²

Las escalas de la política, los “lugares” en los que los sujetos imaginan se construyen los dispositivos que gobiernan su vida en pandemia, aparecen delimitadas en las entrevistas.

Existen representaciones diferenciadoras sobre las escalas de *lo* político y sobre las escalas de *la* política. En términos de esta última, de las políticas públicas, las representaciones vin-

² Con la letra itálica se referencian los párrafos extraídos textualmente de las entrevistas.

culadas a la pandemia permiten distinguir la escala de lo global, lo nacional y lo local (ausencia de otras escalas, como la internacional y la comunitaria)³.

La escala global es reconocida en términos comparativos tanto en relación a la gestión de la pandemia como a la identificación de las cuestiones más epidemiológicas o sanitarias, y sobre las cuales se manifiesta una posición valorativa decidida. Así al momento de inquirir sobre China o Brasil como ejemplos de gestión de pandemia diferente en términos de restricciones, lxs entrevistadxs manifestaban conocer más sobre esos países que en general sobre lo que al momento de las entrevistas sucedía en casos polémicos en la Argentina como en la Provincia de Formosa. (*“Y... era muy autoritario en China, las bases de un gobierno autoritario, sí se podrían aplicar, pero... hay una oposición bastante fuerte que no sé si hubiese dejado, un lado que es jodido y seguro que salían sin importar nada, y la única forma de hacer cumplir eso sería militarizarlos”*).

La gestión de la pandemia en otros países es valorada de forma positiva en general, como superadora en relación a la Argentina. La toma de posición del entrevistadx se da con expresiones más ligadas a enunciados contrafácticos *“Argentina no lo hubiera hecho tan mal si hubiera comprado más vacunas como otros países...”*. Aparecen valoraciones negativas en general solo respecto de las gestiones de otros países cuando se mencionan casos extremos de repercusión como los efectos de la gestión de la pandemia en Brasil.

Respecto de la escala de lo nacional, los entrevistados reconocen más incidencia en sus vidas en relación a las decisiones de la política nacional que las vinculadas a lo local (sobre todo lo provincial). El régimen de verdad de lo social se aloja en la política nacional, en ese registro aparecen los contradestinatarios o los destinatarios políticos en el discurso de los entrevistadxs, que subsumen las posiciones de los sujetos en relación a la pandemia (*“el gobierno se equivocó...”*, *“la oposición también”*).

Esa atribución de normatividad plena e ideal a la política nacional contrasta con el reconocimiento difuso del régimen normativo a las escalas provinciales o locales más inmediatas.

³ La internacional implicaría referenciar en un actor, una organización o un conjunto de sujetos el poder de gobierno de la pandemia. La comunitaria hace referencia a grupos identitarios más específicos como grupo étnico, religioso y otros de pertenencia.

Las asociaciones a la dimensión restrictiva de la vida por efecto de medidas provinciales aparecen desdibujadas, más bien reaparece en la dimensión local en los casos de entrevistadxs de localidades o pueblos pequeños. Y en estos casos las asociaciones a los componentes de la dirección de las personas se vinculan a relatos cotidianos de la vida en común que elude la conflictividad política (*“acá en el pueblo nos conocemos todos, fuimos arreglando las cosas”*). No así en relación a la política nacional en la que emergen componentes valorizantes de contenido político beligerante (*“son la desgracia más grande de este país ellos”, “hacen todo mal”, “habría que expulsarlos a todos”*). Esto se observó al registrar el conocimiento y descripción de medidas nacionales de gestiones sobre la pandemia (así casi rápidamente surge la respuesta), por sobre las vinculadas a la provincia en la que vive el/la ciudadanx entrevistadx, donde hay un momento más de reflexión sobre las medidas concretas.

La escala de la política nacional encuentra en las asociaciones el reconocimiento de una dimensión ideológica de la gestión de la pandemia y de los actores a ella vinculada. No así la más referida a su mundo más próximo en la que sus asociaciones se valoran en términos de experiencias cotidianas y puntuales.

Se advierte mayor frecuencia de conocimiento de lo que ocurre en la escala provincial al momento de comparar las gestiones de otras provincias en términos de trabajo o sostenimiento de la calidad de vida: (*“Hay provincias que sí, les fue bien por el tema del gobierno yo siempre digo, por ejemplo por nombrar una provincia del norte, Jujuy, que ellos no sé cómo hacen pero la gente está trabajando mucho, tengo una prima ahí que me comenta, no sé cómo harán...”*, *“En Córdoba estamos mejor, tenemos una provincia muy rica...”*) que incluso marca la forma en que las restricciones son vividas; en términos de la valoración de la libertad como posibilidad de seguir trabajando.

La diferenciación entre la gestión de la pandemia en Nación y en Provincia, gira alrededor de la cuantía de las restricciones en términos comparativos y con el eje de la temporalidad de las mismas en relación al daño causado por la pandemia. Las medidas nacionales se valoran como *“excesivas”* y *“apresuradas”*. Las medidas provinciales se distinguen como *“necesarias”* y se vinculan a la aparición de la existencia de un daño efectivo, cantidad de casos. Así aparece la definición de la temporalidad como eje de la medida adecuada en torno a las restricciones

(“... acá en Córdoba y en otras provincias aún no había contagios y el gobierno (refiere al nacional) ya había decretado la restricción...”, “No se pueden tomar medidas iguales en todos los lugares”).

En relación a la escala nacional de la política y los temas considerados prioritarios que operaban como demandas al gobierno en sus vínculos con lo global, giraban alrededor de la ineficiente provisión de vacunas, tema recurrente que se asociaba ineludiblemente y en casi todos los casos a valoraciones vinculadas a la corrupción, negligencia e ineficiencia del gobierno y la clase política (identificada en escala nacional). No así lo vinculado a las restricciones a la libertad que operaron más bien como un contrafáctico necesario a partir de argumentos basados en comparación con otros países (“en todos lados se cuecen habas”, “ningún país estuvo mejor sin cuarentena...”).

La vacunación aparece como la indicación del nivel de resolución necesaria en contexto y es un parámetro que permite su asociación con otros componentes indicadores del grado de desarrollo de un país. (“... países limítrofes nomás como Chile ya están vacunados casi todos, se han vacunado, nosotros todavía estamos peleando por ver si llega una vacuna encima con la sociedad que tenemos, que si no se las roban, que la venden es todo... el control de eso ¿quién lo tiene?”).

Las vacunas, en esta primera etapa son identificadas por su “nacionalidad” (*la rusa, la china*) y se advierten dos posiciones dispares, una que no se asocia a eficacia o valor. Más bien la apuesta de confianza se vincula al cumplimiento de estándares generales sobre la investigación de la misma. Y aquí reaparece lo global nuevamente, al momento de sostener en general apreciaciones sobre la eficacia (“... y uno ve que se investiga mucho sobre la vacuna”, “dicen que todas son iguales de buenas porque los que saben están investigando”). La otra posición asocia la eficacia a la jerarquía atribuida al Estado con el que se identifica la nacionalidad de la vacuna, ya sea por decisión del gobierno nacional (“y nos tocó la rusa, eso eligió el gobierno...”), o por el imaginario geopolítico sobre el orden internacional en el que la Argentina tiene asignado un lugar periférico, ya naturalizado e incuestionable (“... se compran las que se pueden... son las que nos venden”).

Estas representaciones se inscriben en una gramática que jerarquiza países según modelos de desarrollo atribuidos como parte de lo que Burdman (2020) designa el imaginario geopolítico popular, así al momento de proporcionar ejemplos aparecen aquellos que responden a los identificados como países desarrollados, como Chile.

En la relación entre lo político (núcleo ontológico de consideración de la formación del orden político social siguiendo a Mouffe, 2007) y las escalas de la política, se advierte que es el *conflicto* lo que anuda las consideraciones. El conflicto social, “la grieta argentina” se representa en la política y como acción específica de sujetos (los políticos, el contradestinatario por excelencia en las entrevistas) en escala nacional. Los políticos de la escala provincial o local si bien son identificados no son objeto de la atribución de responsabilidad sobre todo “*lo que va mal en este país...*”, “*los responsables de todo lo que nos pasa*”.

Respecto de la escala global al momento de inquirir sobre sujetos según su atribución de espacialidad (nacionalidad por ejemplo) que pueden tener incidencia política, los extranjeros que rápidamente se identifican como incidiendo en la vida política del país son aquellos más contiguos geográficamente, por ejemplo bolivianos y paraguayos. Estos son valorados positivamente en tanto cumplan con sus obligaciones ciudadanas en la Argentina, “*que trabajen..., que paguen sus impuestos... vagos aquí no*”. Se plantea una solidaridad más humana que política, en tanto corresponde que sean tratados como iguales para el acceso a servicios de salud argentino si “*lo necesitan como todo ser humano*”.

En el caso de los actores internacionales de “nacionalidad difusa” (no identificables por pertenencia espacial) y definidos como empresarios en las preguntas, los entrevistados representan el rol de estos en la política en una identificación jerárquica por su posición estructural de la economía capitalista internacional. E incluso identificados con su función en el mundo del trabajo, más que con ganancias extraordinarias en contexto.

Estos actores no son valorados por su extracción capitalista sino por su rol específico, su calidad de “empresarios”, si “*ganan porque trabajan en lo suyo es así...*”, “*no está mal si cumplen con las leyes...*”.

Frente a la pregunta si deben pagar impuestos extraordinarios tanto los empresarios transnacionales o los empresarios nacionales, la respuesta prevalente corresponde a que “*deben pagar los impuestos que corresponden, como todos*”. Respecto de las ganancias extraordinarias en pandemia se atribuyen a una lógica irreversible de funcionamiento del sistema capitalista “*viste cómo es, siempre algunos ganan y otros pierden... es así...*”, y son valorados en función de la necesidad de ser tratados de manera igualitaria como todo sujeto que “*trabaja para ganar*”.

Las explicaciones sobre las ganancias extraordinarias se atribuyen a la lógica liberal del intercambio “natural” presente en todo funcionamiento mercantil “... *siempre hay algo que es necesario y hay alguien que tiene lo necesario*”. Y en ese contexto las ganancias extraordinarias resultan un efecto inevitable que no autoriza la condena sino el encuadre en un tratamiento igualitario de acuerdo a la ley entendida como parámetro normativo.

Breve síntesis

En las entrevistas no se advierten correlaciones directas entre las prácticas políticas espaciales (donde actúan políticamente, donde establecen el eje de su práctica o acción los entrevistadxs) y las escalas de conocimiento que manifiestan (consideraciones sobre la política internacional, nacional, local y global).

En general en la ciencia política ha primado la noción de que los ciudadanos presentan mayores niveles de conocimiento sobre las cuestiones políticas que inciden de manera directa en su vida cotidiana y que se asocia a un tipo de fuente experiencial. Y si bien el conocimiento sobre lo político internacional puede no seguir en forma lineal esta relación (Mouron y otros, 2018) es en este contexto donde estimamos que, tal como sostiene Sassen referido a la experiencia de lo global gestionado en lo local, que lo global atraviesa las representaciones sociales en pandemia produciendo un nuevo registro de valoración de la gestión de la misma.

Más bien la correlación entre conocimiento de las políticas en una escala y su jerarquización se da en términos de valoraciones de corte afectivo emocional con los actores que las representan. Por ejemplo, no hará falta conocer específicamente al empresario estadounidense Jeff Bezos (una de las preguntas vinculadas a la legitimidad de la cantidad de riquezas que posee) para producir cierta identificación positiva con la función empresarial atribuida.

De igual modo aparecerán más definiciones acerca de las medidas nacionales contra la pandemia que las que directamente le afectan en términos de restricciones al sujeto por vivir en una provincia.

En términos generales podemos pensar la dominancia en las entrevistas de tres maneras de asociar la política a su campo de comprensión: la nacional como campo ideológico y de

disputa, la local vinculada a la experiencia, y una global asociada a “la realidad”. En esta estructura “geográfica vertical tripartita” según Taylor y Flint (2002: 47) el Estado nación argentino no fungirá como instancia intermedia entre la escala global de la economía y las vidas localizadas en espacios de producción y experiencias concretas. Por el contrario, lo global aparece como un lugar que funge como un espacio de poder representado como regido por una lógica de funcionamiento que si bien atraviesa las vidas cotidianas, los sujetos no tienen incidencia en su producción ni transformación. Hay que sujetarse según criterio de percepción de la “única realidad”.

Sobre lo provincial emergerá más conocimiento vinculado a la experiencia y la política nacional será el lugar por excelencia donde acontece la génesis del orden social y enclave de los “males” de la política. No cabe desdeñar en términos de dato que en Argentina los sistemas jurisdiccionales territoriales de administración de la pandemia operaron de manera muy desdibujada produciendo efectos en tanto que no solo impedía comprender los alcances de los límites de lo que podía y no podía hacerse, sino que obturaba pensar patrones verosímiles y detectables sobre la legitimidad de las restricciones.

En este contexto y al momento del relevamiento advertimos que la política nacional es la escala más identificada con la gestión de las vidas en crisis sanitaria, y que la global le sigue en este orden. Las demandas al Estado nacional se ordenan alrededor de la provisión de vacunas y no alrededor de la liberación de las cuarentenas. La libertad que se demanda más se vincula a la de trabajar, conseguir empleos y seguir produciendo.

Observamos que la escala global del problema asumida por los entrevistados produjo un efecto de comprensión de la complejidad de su gestión (lo advertimos en la tematización de la misma) (“*como ocurre en todas partes, como pasa en los mejores países*”). Esta permitió observar que las valoraciones sobre la dimensión global se hacían en base a parámetros comparativos vinculados a los modos de gestión y la provisión de vacunas, ordenando una jerarquía entre modelos de administración de pandemia que, aunque no lineal, establecía la separación entre países desarrollados / subdesarrollados entre los cuales Argentina se destaca. La infravaloración no es económica (país pobre) sino más bien ligada a los valores políticos de su clase política y a los modos de gestión corrupta e ineficiente.

Estos parámetros se articularon alrededor de los imaginarios geopolíticos (vinculados a los modos tradicionales de entender el vínculo con otros países) y la forma de administrar la pandemia. Los desarrollados se jerarquizaban en términos de posibilidad de vacunar más rápidamente y permitir la vida (Chile y China) aún cuando en muchos casos se estimara que el virus comenzó en China. En todos los casos Brasil fue el designado como caso testigo de lo mal hecho en gestión de pandemia por las muertes ocurridas.

La noción de un orden capitalista aparece como la única realidad, tal como afirmaba Taylor, única realidad en la que no caben, por estériles o inadecuadas las preguntas sobre su justicia. (“... *Mira, yo creo que todas las situaciones, y en este caso hablamos de pandemia, enriquecen a unos y empobrecen a otros. Porque siempre hay algo que es necesario y hay alguien que tiene lo que es necesario. Qué sé yo, podemos hablar del alcohol, podemos hablar de tantas cosas de esta pandemia. Todo lo que ha sido tecnología, ¡imagínate el dinero! Y si tenían dinero, ¡más todavía! Entonces yo creo que para momentos difíciles siempre hay alguien que se beneficia y siempre hay alguien que se perjudica. No digo que sea justo, ¿me entendés lo que te quiero decir? Creo que es una realidad*”. “... *Que les fuera bien. No fue a propósito le pasó como consecuencia entonces me parece que hay personas que se han beneficiado pero no sé si esa era la intención o fue una consecuencia...*”).

Así se reproduce el esquema de lo global como espacio de la realidad, no de la ideología, más bien esa realidad se representa como un buque insignia del neoliberalismo, naturalizado, aunque comprendido y aceptado en su injusticia tradicional e inevitable.

Bibliografía

- Agnew, J. (2005). *Geopolítica: una revisión de la política mundial*. Madrid: Trama editorial.
- Burdman, J. (2020). “Geopolítica popular del ‘nacionalismo de las vacunas’ Anti covid-19: evidencia de una investigación cuasi experimental en la ciudad de Buenos Aires”. 1991. *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 2, Nº 2, julio-diciembre. Universidad Nacional de Córdoba.

- Cairo Carou, H. (1997). “Los enfoques actuales de la geografía política”. *Revista Espiral*, Vol. VII, Nº 9, mayo-agosto, pp. 49-72. Universidad de Guadalajara.
- Feierstein, D. (2021). *Pandemia. Un balance social y político de la crisis del covid-19*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Kaul, I.; Blondin, D. (2015). “Los bienes públicos globales y las Naciones Unidas”. En *Gobernanza global y desarrollo: nuevos desafíos y prioridades para la cooperación internacional*. Buenos Aires: Naciones Unidas, Siglo XXI Editores.
- Lois, M. (2011). “Lugar y Política: ¿una lógica geográfica del comportamiento electoral?”. *Revista Española de Ciencia Política*, Nº 25, abril, pp. 97-106.
- Mouffe, Ch. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mouron, F.; Soldi Hart, M. y otros (2018). “Conocimiento político internacional a partir de un enfoque individual y de contexto”. *Revista SAAP*. Vol. 12. Buenos Aires.
- Piñero, M.T. (2020). “Micropolíticas de neoliberalismo punitivo en Argentina”. En J. Foa Torres, M.T. Piñero (coords.), *Neoliberalismo, aproximaciones a las razones de su éxito*. Colección Cuadernos de Investigación. Córdoba: Edicea (Editorial del Centro de Estudios Avanzados de la UNC).
- Romero, C. (2011). “La opinión pública como tema de la política exterior. El caso venezolano”. *Revista SAAP*, Vol. 5, Nº 1, mayo, pp. 203-214. ISSN 1666-7883.
- Sassen, S. (2013). *Territorio, Autoridad y Derechos: De los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*. Buenos Aires: Katz.
- Taylor, P. y Flint, C. (2002). *Geografía política. Economía mundo, Estado-nación y localidad*. Madrid: Trama Editorial. Segunda edición.
- Wallerstein, I. (1996). *Después del Liberalismo*. México: Siglo XXI Ed.

Pensar lo político entre el neoliberalismo y la pandemia del Covid-19. Transformaciones civilizatorias, relaciones de poder y cambios posibles

María Luz Ruffini
Universidad de Villa María

Ante el desafío de comenzar a tematizar las relaciones entre neoliberalismo y pandemia, propondremos en el presente escrito tres dimensiones centrales que permitirán, también, comenzar a aprehender el potencial heurístico de una serie de aportes un tanto heterodoxos del campo de la teoría política. En efecto: en las páginas siguientes consideraremos una perspectiva civilizatoria (tomando centralmente los aportes de Donna Haraway), un punto de vista que pone en el centro la atención a las formas de ejercicio del poder y los procesos de subjetivación (enfaticando en los últimos trabajos de Michel Foucault y los “governmentality studies”) y, finalmente, un abordaje metodológico (recuperando elementos de la antropología de la política, en particular la antropología del conflicto o procesualista) con miras a brindar elementos útiles para el abordaje empírico de fenómenos políticos contemporáneos. Sobre esta base, retomaremos el análisis de una situación social particular: el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) de los primeros tiempos de la pandemia del Covid-19 a fin de mostrar cómo algunas de las perspectivas abordadas pueden contribuir a iluminar esa particular –y traumática– experiencia social. Asimismo, retomaremos también nociones conceptuales de autoras y autores que se han preocupado, en tiempos recientes, por pensar las posibilidades de transformación social en las actuales condiciones. Por supuesto, este trabajo no pretende ser exhaustivo ni ahondar con minuciosidad en la especificidad conceptual de los enfoques retomados. Se piensa, en cambio, como una cartografía delineada con objeto de compartir un recorrido personal del pensamiento, que puede ser

de interés y, quizás, impulsar a lectoras y lectores a construir sus propias sendas, en función de sus particulares intereses.

1. Dimensión civilizatoria

El punto de partida escogido respecto de este campo de interrogantes es la producción conceptual de Donna Haraway, teórica cuyo texto quizás más conocido –“Manifiesto cyborg”– permitió ya en la década del 80 del siglo pasado replantear elementos fundamentales para el pensamiento feminista, algunos de los cuales resultan de gran interés para el abordaje de los problemas que estamos planteando. En particular, destacamos la llamada de atención epistemológica respecto de la confusión de fronteras: para pensar lo político y lo social debemos evitar enérgicamente cualquier tipo de dualismo, entre los que se destacan lo humano y lo natural, por un lado, y lo humano y las máquinas, por otro (Haraway, 1984).

En años posteriores, la autora expandió y complejizó su pensamiento, siendo una clara muestra de ello su libro *Seguir con el problema* (2019) que resuena incluso como anticipatorio de los desafíos que enfrentaríamos con la última pandemia. En ese escrito, la autora asume que actualmente nos enfrentamos, como humanidad, al peligro de destruir la continuidad, la posibilidad de vivir y morir juntos en comunidad. Estamos frente el riesgo de destruir las condiciones de posibilidad para seguir existiendo como seres humanos y seres vivos, ante lo cual la tarea política por excelencia es reconstruir formas de vivir y morir juntos en una tierra profundamente herida (Haraway, 2019): la actualidad de tal premisa se hace más que evidente. En este marco, a la hora de comprender lo que está ocurriendo en el mundo y las profundas transformaciones que aparecen a nivel global y civilizatorio, Haraway retoma las nociones de antropoceno, capitaloceno y hace una propuesta novedosa que llamará “Chthuluceno”.

El antropoceno como concepto emerge en su primera versión en los tempranos 2000 (Crutzen y Stoermer, 2000; Crutzen, 2002) y supone reconocer la aparición de una nueva era geológica caracterizada por los efectos de la acción humana en el mundo, la presencia de efectos notables, sistémicos e inevitables –en el sentido de que se imponen a la vida humana– que son producto del hacer humano sobre la tierra. Tal punto de vista, sin embargo, presenta

el riesgo de naturalizar este conjunto de transformaciones y efectos, así como también el peligro de ensombrecer las relaciones de poder y las formas diferenciales y localizadas de experienciación de este fenómeno, ante lo cual surgirá la pregunta por la conveniencia de comenzar a emplear la noción de capitaloceno (Haraway, 2015; Moore, 2014), que enfatiza que estas transformaciones en el mundo natural, fundadas en la acción humana, dependen de forma directa de las relaciones de producción y de poder en el marco de las que los seres humanos nos vinculamos con la tierra y con otros seres.

Sobre esta base, es posible pensar también un diálogo con otros enfoques, a la hora de tematizar la centralidad epocal que tiene pensar el capitalismo, por caso, destacaremos aquí el *realismo capitalista*. Así, si nos hallamos en un momento histórico caracterizado por la presencia de efectos de gran magnitud de la acción humana sobre el planeta, lo cual tensiona de una manera muy específica la vida humana, y esas transformaciones están condicionadas por la hegemonía del modo de producción capitalista a nivel global, emerge de inmediato la pregunta sobre las posibles formas de intervención y transformación de este devenir. Es allí donde se vuelve relevante la noción de realismo capitalista que plantea Mark Fisher (2016), como la sensación generalizada de que el orden capitalista y su preeminencia global es una realidad inevitable. En la actualidad parece ser más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo, pensar alternativas de organización social, de configuración de relaciones sociales no capitalistas es hoy sumamente difícil. Por ejemplo, es notorio cómo la ciencia ficción en series, películas o libros desarrolla una gran cantidad de contenido del orden de lo apocalíptico y las múltiples formas en que puede dejar de existir la vida sobre la Tierra, pero es difícil hallar producciones que intenten pensar lógicas del mundo, de vinculación, de estructuración de lo social que no sean capitalistas. Al respecto quizás sea necesario, dirá Fisher, un quiebre profundo, una crisis honda, que permita poner en cuestión esta supuesta inevitabilidad de la hegemonía transnacional del capital... ¿Podría la pandemia ser pensada como un quiebre de estas características? Esto aún constituye un interrogante abierto, si bien la respuesta inmediata –a juzgar por lo ocurrido desde principios de 2020– tiende a desmentir las interpretaciones más optimistas que vinculaban la pandemia a procesos de democratización y avance anticapitalista.

Sin embargo, puede ser interesante retomar algunos elementos del planteo de Fisher

(2016) que resultan de interés para problematizar esta cuestión. En primer lugar, quizás haya que pensar que las distopías contemporáneas no son como las imaginábamos o como la ciencia ficción *mainstream* nos ha mostrado durante años. Y esta diferencia radica, al menos, en dos dimensiones que resulta relevante considerar para pensar el escenario pospandemia que comienza a delinearse. Por un lado, la gradualidad: un posible fin del mundo no advenirá repentinamente, de un golpe seco; el proceso se va desgranando de a poco, de a momentos y de manera casi imperceptible. Asimismo, hay que tener presente el posible proceso de normalización que se abre a partir de una situación excepcional: hay prácticas o lógicas que comienzan a desarrollarse en un momento anormal, que con el tiempo pueden configurarse como una transformación permanente, ante lo cual cabe estar alertas.

Donna Haraway, por su parte, si bien lleva adelante un diagnóstico minucioso en torno a los peligros del mundo contemporáneo y también reconoce las dificultades para pensar una forma de vida más allá del capitalismo, va a enfatizar férreamente en la necesidad de no rendirse ante una supuesta inevitabilidad de lo dado: “Hay una fina línea entre el reconocimiento de la vastedad y seriedad de los problemas y el sucumbir a un futurismo abstracto y a sus afectos de desesperación sublime y sus políticas de indiferencia” (Haraway, 2019: 24). Que reconozcamos la gravedad y la profundidad de las transformaciones, las crisis y los problemas no implica caer en la desesperanza y en un pesimismo que lleve en última instancia a la indiferencia y a la imposibilidad de la acción. Esto resulta fundamental en tanto, como dijéramos, uno de los riesgos que presenta la noción de antropoceno es cierta tendencia a imponerse como una realidad ante la cual no puede oponerse resistencia. Por el contrario, Haraway va a proponer acciones, formas de trabajar y de incidir sobre esta realidad: empleando múltiples herramientas, entre las que se destaca la ciencia ficción feminista, va a retomar múltiples lenguajes y construir una perspectiva propia, una gramática política especial para pensar la agencia en el marco de este conjunto de problemas fundamentales.

Ahora bien: si el problema es que está en riesgo la posibilidad de la continuidad de nuestra existencia como seres vivos en el mundo, para comenzar debemos reconocer que humanos y no humanos estamos inextricablemente ligados. Desde nuestra perspectiva, es posible enlazar este punto de vista con Bruno Latour (2008) y su concepción de antropología simétrica, a

partir de la cual se afirma la necesidad de pensar el mundo relacionamente incluyendo en esas relaciones no solo a los seres humanos sino también a otros entes: naturales, tecnológicos. Lo cierto es que, desde este punto de vista, es fundamental pensar el mundo como un entramado relacional en el cual lo humano no es lo único ni lo central, sino un elemento más que se define relacionamente. Esto es clave a la hora de considerar estrategias y configurar redes: hay que reflexionar, dirá Haraway, cómo desarrollar la vida en articulación con otros seres, porque el riesgo de no devenir con otros es no devenir en absoluto.

Al respecto, la autora propondrá la noción de Chthuluceno, neologismo que pretende nombrar un espacio-tiempo para seguir con el problema de vivir y morir con responsabilidad en una tierra dañada (Haraway, 2019). Este concepto, que muestra cómo humanos y no humanos se encuentran inextricablemente ligados en prácticas tentaculares, abre la posibilidad de generar estrategias y redes que asumen la radicalidad de devenir-con como vía privilegiada para avanzar hacia otros mundos posibles. Así, quizás sea la construcción de acoplamientos o coaliciones la tarea política por excelencia de esta época, entamar “parentescos raros” para avanzar hacia una forma distinta de estar en el mundo que permita salir de este problema.

2. El poder y los procesos de subjetivación

Pensar el poder desde la perspectiva de la gubernamentalidad y los procesos de subjetivación permite iluminar aspectos clave de la contemporaneidad que, a nuestro entender, otros enfoques no permiten tematizar en profundidad. Al respecto, recuperaremos la perspectiva de Michel Foucault, en cuya producción teórica vinculada a pensar el poder podemos reconocer al menos dos momentos fundamentales: la disciplina, que supone el movimiento hacia el pensar las relaciones de poder no solo desde lo institucional y los poderes visibles sino enfocar el análisis en lo micro-político, en aquellos espacios sociales en que se disciplina a los cuerpos en un movimiento que busca constituir sujetos según determinadas reglas, valores y fines –ejército, cárceles, escuelas, manicomios– (Foucault, 1988). Más adelante en su trayectoria, no obstante, Foucault dirigirá su atención hacia otro tipo de problemas, rotando sus preocu-

paciones hacia otros dominios de ejercicio del poder. En este marco se complejiza el abordaje de su obra pues, si en lo que refiere a las teorizaciones y análisis vinculados a la disciplina existe una producción sistematizada, temas como biopolítica, gubernamentalidad o los orígenes del neoliberalismo son abordados de manera fundamental en sus cursos del College de France a lo largo de la década del 70, donde expone sus investigaciones en curso.

Es sobre la base de estos últimos trabajos del autor que emergerá, años más tarde, el campo de los “Estudios de la Gubernamentalidad” o “Governmentality Studies”, un conjunto heterogéneo de trabajos, en su mayoría de origen anglosajón que, tomando como centro la analítica foucaultiana del poder en torno a la noción de gubernamentalidad, realizan investigaciones de cuño empírico poniendo el acento en la práctica de la acción de gobierno y sus racionalidades asociadas¹. Para este enfoque, es clave el nominalismo respecto del Estado, cuyas características deben aprehenderse como producto de las racionalidades gubernamentales que se ponen en juego, las formas en que efectivamente se gobierna (Rose y Miller, 1991).

Si ya desde *Vigilar y castigar* M. Foucault plantea la centralidad de escapar a la noción de soberanía como dato inicial para el análisis, asumiendo al Estado como resultado, efecto hegemónico de una serie de dominaciones reticulares, se vuelve central problematizar “el cómo del ejercicio del poder”, desjuridizando y desinstitucionalizando nuestra aproximación a lo político (Ábeles, 2017). La teoría política habría prestado excesiva atención a las instituciones en desmedro de las prácticas (Musetta, 2009), y la noción de “gubernamentalidad” viene a traer un descentramiento a priori del Estado en pos del énfasis en las formas de ejercicio del poder (Foucault, 2007), en el gobierno como modos más o menos calculados de intervención sobre los deseos, aspiraciones, intereses, creencias, hábitos (Dean, 1991)².

¹ Entre sus principales exponentes encontramos a Peter Miller, Nikolas Rose, Mitchell Dean, Pat O'Malley, Giovanna Procacci (Toscano Lopez, 2016). El punto de partida de este movimiento fue la publicación del libro: *The Foucault Effect. Studies in Governmentality* en el año 1991, editado por Burchell, Gordon y Miller desde la Universidad de Chicago.

² Es así que Foucault propondrá —en línea con las dimensiones genealógica/arqueológica propia de sus configuraciones analíticas— tres desplazamientos relacionados: pasar desde el punto de vista de la institución al abordaje de las “tecnologías de poder” en que esta se inserta y de las cuales depende; profundizar en tales tecnologías no en

Asimismo, en lo que refiere a la historización de las racionalidades gubernamentales en tanto formas de ejercicio del poder político en occidente, Foucault va a reconocer desde fines del siglo XVI la aparición de la Razón de Estado, que se enlazará complejamente a partir del siglo XVII con la noción de población y la aparición de la policía, acentuando la centralidad de la gestión e intervención cotidianas para la conservación del Estado. Ya en el siglo XVIII se configura la gubernamentalidad moderna, que tiene por blanco principal la población, por forma de saber la economía política y los dispositivos de seguridad como instrumento técnico esencial (Foucault, 2006). Esta forma de ejercicio del poder que se vuelve progresivamente dominante en la modernidad halla su particularidad ya no en el intento de aproximación a un tipo de gobierno perfecto, sino en la manipulación, mantenimiento, distribución, restablecimiento de relaciones de fuerza.

En este sentido, si la gubernamentalidad moderna tiene entre sus características principales la búsqueda de incidencia en un campo relacional de fuerzas, esta forma de ejercicio del poder tiene que contar con la libertad: ya no busca reprimir o disciplinar a los sujetos en su individualidad sino condicionar el campo en el cual estos actúan, empleando diversos recursos, como la estadística. Al respecto, podemos considerar ejemplos concretos: en función del tema del presente escrito, podemos retomar la gubernamentalidad neoliberal, por un lado, y la gubernamentalidad algorítmica, por otro, como formas para pensar lógicas muy relevantes de ejercicio del poder en el mundo contemporáneo. Por supuesto, ello no implica negar la centralidad que aún mantiene el Estado nación para la articulación de las relaciones de poder en las sociedades occidentales, pero invita a ampliar la mirada y considerar otras dimensiones.

La gubernamentalidad o racionalidad neoliberal, en primer lugar, debe ser entendida desde esta perspectiva como una forma de ejercicio del poder que no se vincula necesariamente con una batería de políticas particulares sino que consiste en una lógica política que

vistas de su función, sino resituirlas a efectos del análisis en una economía general del poder —de tal modo que su historia pueda ser inscrita en estrategias y tácticas específicas en el marco de las cuales incluso sus “déficits funcionales” pueden ser leídos positivamente— y, finalmente, captar el movimiento a través del cual se constituye un campo de verdad con objetos de saber, resituando de este modo los objetos de las relaciones de poder en un campo históricamente construido (Foucault, 2006).

toma a la economía de mercado como el modelo para el ejercicio del poder político y busca generalizar la “forma empresa” a todo un amplio abanico de relaciones sociales (Foucault, 2007). Sobre esta base comienza a extenderse la empresarización de las instituciones educativas, entidades de salud, los organismos de administración pública... y también –y quizás más importante– comienzan a profundizarse los efectos de la figura subjetiva del “empresario de sí”, según la cual cada persona debe entenderse como una pequeña empresa que busca maximizar sus utilidades y minimizar los riesgos, todo lo cual genera una dinámica social muy particular.

En segundo lugar, es interesante considerar cómo este tipo de análisis de raigambre foucaultiana ha permitido pensar múltiples dimensiones del mundo social en función de las categorías de racionalidades políticas, gubernamentalidad, dispositivos y técnicas. Así, aparece un campo de estudios relativamente reciente pero de gran interés, que pretende pensar la gubernamentalidad algorítmica, en tanto lógica de ejercicio del poder que se basa en la recolección y el análisis automatizado de datos que permite anticipar, modelizar y afectar las conductas por adelantado (Rouvroy y Berns, 2016). Esta noción pretende enfatizar en los efectos políticos asociados a los procesos de análisis de la información que, en el marco de la digitalización ubicua de la vida, compartimos en las redes y configuran un campo de acción particular en el cual nuestras acciones son anticipadas y – podemos decir– direccionadas.

Nótese cómo estamos muy lejos de pensar el poder como una emanación directa del Estado y, si bien este puede operar de maneras concretas potenciando algunas de estas lógicas o morigerando otras, es necesario recuperar ambas dimensiones: debemos pensar los Estados, las disputas hegemónicas, los procesos de construcción de políticas públicas y, también, dar cuenta de estas formas más solapadas de ejercicio del poder en el mundo contemporáneo.

Finalmente, es central vincular estas reflexiones en torno al ejercicio del poder con la consideración de los procesos de constitución subjetiva. La cuestión del sujeto ha sido objeto de amplio debate en la teoría política, baste decir para los propósitos de este escrito que su centralidad radica en que abre la puerta a la reflexión sobre las capacidades y posibilidades de agencia y transformación que tenemos en el marco de determinadas formas de estructuración social. ¿Cómo pensar, entonces, la cuestión del sujeto en el marco de relaciones de poder que

aparecen tan amplias, omnipresentes y difíciles de mensurar? Hay que tener presente, en primer lugar, que nuestra constitución subjetiva se produce condicionada por las relaciones de poder, por lógicas políticas específicas: no podemos escapar de las relaciones de poder, no podemos pensar en huir o salir de ellas en tanto nos configuramos como sujetos en ese marco: este es condición de posibilidad de nuestra existencia subjetiva. Aun así, debemos recordar que para Foucault donde hay poder hay resistencia, no hay nada que sea inevitable y el orden social es históricamente construido. Que estemos configurados en función de estas relaciones no implica que no podamos generar procesos de relativa autonomía, caminos de transformación: las racionalidades políticas pueden funcionar como esquemas normativos en base a los cuales los sujetos se constituyen como tales en un doble movimiento –pliegue, diría Deleuze (2015)–: entre la sujeción, como el modo que sostiene, enfatiza o mantiene las relaciones de dominación y la subjetivación, que pone el acento en los márgenes de transformación, de autonomía, de capacidad de hacer otras cosas que lo que la normatividad (racionalidades políticas) dicta. Cuál de estas dimensiones será la que predomine va a depender de la especificidad situacional de cada momento histórico: al decir de Grimson (2011), la relación entre agencia y estructura es contingente, y debe ser abordada a través de análisis empíricos y situados.

3. La antropología y el abordaje empírico

¿Cómo poner en juego las categorías conceptuales que venimos trabajando? ¿Cómo abordarlas de manera situada, operativa, capaz de contribuir a comprender dimensiones fundamentales de la realidad? Ante estos interrogantes, aparece nuevamente el imperativo de la interdisciplina y, en este caso, podemos retomar provechosamente algunas herramientas de la antropología y la geografía crítica. En antropología existe una línea de trabajo fundamental que retoma el estudio de los fenómenos de los que tradicionalmente se ocupa la ciencia política: antropología de la política, antropología del Estado, antropología de la ciudadanía, etc. Estos no son campos –está en discusión tal cuestión–, pero sí constituyen aspectos o dimensiones de la práctica antropológica que retoman estos tópicos.

En línea con lo dicho más arriba, es claro que el enfoque que estamos presentando resulta

plenamente coherente con una perspectiva antropológica: afirmar que no podemos pensar exclusivamente desde las instituciones por sí mismas, sino que necesitamos dar cuenta de las formas particulares en que el poder se instancia, los modos en que el poder condiciona las prácticas, constituye subjetividades, etc. es consistente con el enfoque etnográfico propio de la antropología. Teniendo en cuenta la articulación entre racionalidades y procesos de subjetivación, ¿cómo podemos operacionalizar esa conceptualización para comenzar a analizar algunas dimensiones de lo real? Al respecto, adquiere centralidad una categoría –podríamos llamarla “categoría intermedia”– que propone la antropóloga Mabel Grimberg: *campos de transacción*, que tiene la virtud de permitir pensar cómo en un determinado espacio-tiempo se instancian, adquieren una forma específica las diversas racionalidades políticas que se entraman, los dispositivos concretos de ejercicio del poder, y cómo en ese espacio y tiempo están generándose procesos de negociación y producción subjetiva en la vida cotidiana (Grimberg, 2009).

La segunda categoría, en estrecha relación con la de campos de transacción, tiene su origen en la geografía crítica e implica pensar a los lugares como un anudamiento específico de relaciones sociales: el lugar no es algo neutro o inerte, sino que se configura a través de la articulación de una multiplicidad. Esta noción es central para una perspectiva como la de Donna Haraway, que para enfrentar el problema de la imposibilidad de vivir y morir juntos en comunidad en este mundo propone la construcción de parentescos raros, la articulación con otro tipo de entidades, y esto debe llevarse adelante desde un lugar particular. En sus palabras, debemos ser capaces de construir una semiótica material situada, una construcción significativa articulada con el mundo material en base a la cual enlazarnos con otros entes desde nuestro lugar –que está vinculado con todos los demás lugares, en tanto no es más que un entramado concreto de relaciones específicas– (Haraway, 2019). Por supuesto, esto no puede dejar de lado la cuestión del poder, por lo cual es importante seguir teniendo en cuenta los campos de transacción y pensar que en estos lugares están operando ciertas racionalidades políticas y aparecen formas de subjetivación condicionadas, aunque no determinadas. Todo lo anterior marca un panorama analítico interesante e invita a definir espacios de análisis, lugares para la indagación que permitan poner a jugar en situaciones concretas este complejo andamiaje conceptual.

Finalmente, otras dos cuestiones que quedaron por fuera de este somero recorte en tres dimensiones para pensar el problema del neoliberalismo y la pandemia, pero son de interés y pueden aportar al pensamiento sobre las posibilidades de construcción de mundos otros: el deseo y la inter-pasividad. El problema del *deseo* es complejo, y vuelve necesarios los aportes del psicoanálisis: es urgente construir un deseo poscapitalista. Si estamos pensando en la posibilidad de avanzar hacia configuraciones sociales otras, tratando de tensionar con esta suerte de capitaloceno de corte neoliberal, necesitamos que aparezca cierto deseo colectivo de un mundo otro, de una realidad otra, de otras formas de relaciones sociales. Y esto ha mostrado ser sumamente difícil de lograr. Desde las posiciones críticas, de izquierda, ha sido y sigue siendo problemático construir lo que Fisher (2016) llama una “contra libido anticapitalista”. Lo que debería pasar para poder considerar una transformación profunda es que las personas deseen una vida, una existencia no capitalista, lo cual es por demás dificultoso cuando, como dijimos con Foucault, la subjetividad está configurada en base a racionalidades políticas, entre las cuales hoy ocupa un lugar hegemónico la lógica neoliberal, que forma por tanto parte de nosotros. Teniendo en cuenta el pliegue que mencionáramos entre sujeción y subjetivación, este es un camino posible pero, indudablemente, sumamente laborioso e intrincado.

En segundo lugar y relacionado con lo anterior –algo que también es clave para los posicionamientos de izquierda– debemos asumir que el sostenimiento del capitalismo o el neoliberalismo no depende de la creencia. En efecto: desde la tradición iluminista, pareciese que es “porque creemos” en este sistema que el mismo se sostiene, lo cual se asocia al supuesto de que la denuncia o el develamiento de la manera en que las cosas funcionan en realidad es clave para que cierto orden deje de existir o sea cuestionado decisivamente. No obstante, como afirma Fisher (2016), si la denuncia por sí misma fuera efectiva para combatir el capitalismo, este no existiría desde hace 200 años. La denuncia es, en este sentido, condición necesaria pero no suficiente, pues capitalismo y neoliberalismo se apoyan en la *inter-pasividad*. El orden neoliberal tiene la capacidad de exhibirse desnudamente, pero del hecho de existir la denuncia, el develamiento e incluso podríamos decir la conciencia, no deriva necesariamente una transformación.

A pesar de todo, para Isabelle Stengers (2014), en lo que refiere al problema de las inca-

pacidades que sostenemos para pensar otros mundos posibles, es necesario y urgente negar el olvido y la indiferencia como un camino para volver intolerables las lógicas mundanas que están acabando con la posibilidad de vivir y morir con dignidad y en comunidad en el mundo en que vivimos. En efecto: son las lógicas de olvido, indiferencia e incluso de naturalización lo que está en la base del problema que, como afirma Haraway, estamos enfrentando y está en camino a llevarnos a nuestra autodestrucción, no solo como seres humanos sino también en tanto vida sobre la tierra. Así, el hacerse preguntas, cuestionarse, darse tiempo para el pensamiento puede contribuir, según Stengers, a construir una sensibilidad diferente a los problemas que enfrentamos, incluso ralentizando el hacer, aminorando la marcha de destrucción de este mundo común y creando un espacio de validación respecto de lo que hacemos. Es así que aparece la interpelación de la pandemia que no podemos eludir: esta aceleración nos está llevando al desastre, y es urgente avanzar en la reflexión, la discusión y dar un sentido transformador a la construcción conjunta de este mundo.

4. El Aislamiento Social Preventivo y obligatorio (ASPO)

En Argentina, el 20 de marzo del año 2020 el presidente de la nación Alberto Fernández dispuso el inicio del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO), que se prolongaría durante 37 días. Luego, este sería reemplazado por una instancia más flexible, el Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio, que se extendería hasta bien entrado el año 2021. Por su parte, el anuncio del ASPO fue acompañado de una fuerte intervención presidencial, afirmando su carácter de dispositivo de cuidado y advirtiendo sobre la inflexibilidad de los controles y sanciones. Ya el 22 de marzo se anunciaron las primeras medidas económicas (Ingreso Familiar de Emergencia –IFE–, incentivos a las empresas para sostener los empleos), y comenzó a gestarse una disputa de sentidos que enfrentaba el sostenimiento de la actividad económica con el cuidado de la vida. Este proceso estuvo acompañado, tanto a nivel nacional como subnacional, por la creación de organismos ad hoc, conformados por “personas idóneas” que legitimaban las decisiones gubernamentales (Comité de Expertos a nivel nacional, Comité de Operaciones de Emergencia –COE– en Córdoba, por citar un ejemplo). Teniendo en

cuenta esta situación, puede resultar interesante pensar cómo tres desplazamientos teóricos implicados en el pensamiento foucaultiano ayudan a enfocar la situación de maneras novedosas. Escogimos centrar la atención en esta dimensión, de entre las que propusimos para la reflexión en torno al neoliberalismo y la pandemia, pues entendemos constituye una de las perspectivas más heterodoxas y susceptibles de apropiación interdisciplinaria, capaz de habilitar un pensamiento innovador sobre este inédito conjunto de fenómenos.

Al respecto, retomaremos cuatro ejes o movimientos propios de esta perspectiva que permiten una mirada analítica particular. En primer lugar, el descentrar la mirada del Estado para comenzar a enfocar en las prácticas de gobierno y las lógicas a través de las cuales estas se desenvuelven. Esto marca un punto de vista específico a partir del cual, si bien no dejamos de reconocer la centralidad del Estado —en tanto la pandemia también puso de manifiesto que la retórica en torno a la impotencia de los Estados nación era bastante relativa, pues de hecho pudieron tomar importantes medidas e incluso el hecho de que nos encontremos en una situación pospandémica se vincula con lo que los Estados pudieron hacer o conseguir—, el desplazamiento de la mirada hacia las prácticas de gobierno o las operatorias de ciertas tecnologías de poder nos permite tematizar dispositivos como el aislamiento, la implementación de políticas de distanciamiento y formas de control social específicas que son fundamentales para comprender la circulación del poder en este momento. Así, se vuelve central pensar no solo en el aislamiento como una política pública, sino que surge la invitación a reflexionar qué formas de conducción de la conducta aparecen en el marco de esos dispositivos y, sobre esa base, cómo se desarrolló la vida social, qué efectos tuvieron en nuestra vida cotidiana, cómo afectaron y afectan nuestra subjetividad, nuestras formas de relacionarnos, etc.

Un segundo desplazamiento en la forma de pensar lo político que tiene una importancia medular para pensar la pandemia en general y la situación de aislamiento en particular se vincula con el saber y la cuestión de la verdad. La perspectiva foucaultiana sobre el poder y lo político implica que las relaciones de poder se configuran de modo concomitante y solidario, como dijimos, con formas de subjetividad, pero también con ciertos juegos de verdad, que desplazan la idea de consenso científico. Esto se vuelve muy importante dada la situación específica de pandemia y lo que implican en esa coyuntura el discurso médico y científico.

Al respecto, aparece la idea de eludir el sentido común o la mirada un tanto ingenua del campo de producción científica: la comunidad de científicas y científicos como un espacio en el cual personas absolutamente desinteresadas trabajan para aumentar el saber para el bien de la humanidad, buscando solución a los problemas del mundo. Por supuesto, esto no quiere decir que tal cosa no exista en las motivaciones de buena parte de las y los trabajadores de la ciencia, pero es necesario asumir que existen relaciones de poder que atraviesan esos procesos de construcción de verdad y de sentido. Esto no debe derivar en un discurso anti-científico, anti-vacunas o semejante: es solo una invitación a la mirada no ingenua y a tener en cuenta los efectos de estos saberes, nunca neutrales ni inofensivos. Un caso paradigmático son los expertos de los comités mencionados, quienes estaban en disposición del saber autorizado para tomar decisiones. Y si bien tendemos a tomar una posición que sostiene estos saberes, pues las y los científicos sociales somos parte de la comunidad científica y creemos en esas lógicas de producción de conocimiento, debemos reconocer los atravesamientos de relaciones de poder en ese campo, cómo esos regímenes de verdad se están articulando con las formas de ejercicio del poder dominantes en este momento histórico.

En tercer lugar la cuestión de los problemas de subjetivación implica el necesario desplazamiento del humanismo hacia la foucaultiana “ontología histórica de nosotros mismos”. Esta frase tiene una centralidad muy particular hoy, por ejemplo, cuando se piensa en los efectos de la ubicua digitalización de la vida, la creciente mediación técnica de nuestra forma de estar en el mundo, en nuestra constitución como sujetos. Este proceso, acelerado por la pandemia, conlleva consecuencias importantes que no pueden separarse de las relaciones de poder y dominación en base a las que se configuran.

Así, se vuelve central evitar el humanismo como posición teórico-epistemológica vinculada a la instrumentalidad de la técnica, para comprender que nuestra constitución como sujetos está condicionada por nuestro entramado constitutivo con artefactos tecnológicos. Debemos trascender, en efecto, la concepción instrumental, comprendiendo que a lo largo de nuestra humanización siempre devinimos con los artefactos: somos híbridos, en tanto humanos somos y siempre hemos sido Cyborgs pues hemos estado siempre entramados con lo técnico, y este vínculo constitutivo es cada vez más claro. Por caso, en lo que refiere al proceso

de perfilización cada vez más acentuado y el complejo vínculo que este guarda con los procesos de constitución identitaria, vinculado al hecho de que muchas de nuestras prácticas económicas, políticas, sociales, sexoafectivas están hoy técnicamente configuradas, con fuertes efectos en nuestra constitución subjetiva.

En definitiva, son estos tres desplazamientos, en el marco de la segunda dimensión propuesta para pensar las relaciones entre pandemia y neoliberalismo, los que permiten enfocar un fenómeno sui generis como el aislamiento y distanciamiento obligatorios de forma novedosa: *del Estado a las prácticas de gobierno*, dirigir la atención a las técnicas a través de las cuales se ejerce el poder; *de la idea de consenso científico abstracto y desinteresado a la idea de los juegos de verdad* desde una mirada no ingenua; *del humanismo a la forma de subjetivación* y sus condiciones, en particular el fuerte impacto de las mediaciones técnicas y la digitalización de la vida.

Para terminar, y continuando con la motivación que se halla en la base de este escrito, vamos a recuperar algunos aportes de autores vinculados con perspectivas un tanto heterodoxas del pensamiento político, retomando ciertas ideas en torno a la praxis política, las posibilidades y el potencial de transformación que puede estar asociado a una situación tan novedosa como la pandemia del Covid-19. Si bien es cierto que en sus inicios hubo cierta explosión de diagnósticos que oscilaban entre un optimismo extremo y un pesimismo absoluto, aparecen en medio posiciones que es interesante considerar.

En primer lugar, cabe pensar en cómo la pandemia obligó a *empujar los límites de la imaginación política*. Si, como mencionábamos siguiendo a Fisher, hoy pensar el fin del capitalismo parece ser más difícil que pensar el fin del mundo, esta situación tan inesperada y transformadora de nuestra experiencia cotidiana impulsó e impulsa a buscar nuevas fuentes de creación política y maneras novedosas de construir futuros otros. Como afirma Haraway, o devenimos con otros de nuevas maneras o no vamos a devenir en absoluto y, en línea con la autora, podemos pensar en la revalorización de la ciencia ficción como fuente de imaginación política, como herramienta para construir imaginarios políticos interesantes.

Asimismo, hay otros autores y autoras que pensaron la pandemia y las posibilidades de transformación de maneras que vale la pena recuperar. Por un lado, Bifo Berardi, que introdujo

la noción de *psicodeflación* (Berardi, 2020) para poner en el centro la pregunta sobre los efectos de la detención repentina del mundo en las formas de configuración psíquica y social. Esto va en línea con el planteo de Bruno Latour (2020), para quien este proceso de detención del mundo podría suponer la emergencia de interruptores de la globalización, bloqueadores del neoliberalismo. El derrotero esperable del mundo se ha visto interrumpido, y eso abre la oportunidad histórica de repensarlo, de habilitar gestos anti-neoliberales, para lo cual invita de manera individual –como una técnica del yo, diría Foucault– a hacer una lista de cómo nuestras actividades cotidianas podrían ser pensadas de otra manera en las nuevas condiciones.

Por otro lado, un conjunto de conceptos con gran potencial para pensar la posibilidad de transformación se halla en la recuperación del trabajo de Roberto Espósito (2012) sobre la *comunidad* y su relación con la idea de *inmunidad*, que abre un espacio para investigar y jugar con los conceptos. En este sentido, la pregunta gira en torno a los efectos asociados a que la idea de comunidad, de cuidarnos entre todas y todos, haya estado ligada a mantener nuestra distancia, nuestra individualidad, la cerrazón de nuestro círculo más íntimo. Para sostener los lazos comunitarios debimos, paradójicamente, aislarnos, y esa relación tensa es interesante en tanto también involucra cuestiones vinculadas a la dimensión neoliberal del individualismo: ¿cómo podemos pensar en una construcción de comunidad que no sea una suma de individuos atomizados reunidos, si no más bien en trascender nuestras fronteras individuales y construir algo que nos excede? En este punto podemos volver a Haraway: la posibilidad de pensar en construir parentescos raros, lazos con otros y con otras especies en el marco de lo que Espósito denomina una biopolítica afirmativa, siendo ahora la vida sujeto de la política, es un camino no solo potencialmente fructífero sino urgente de tomar.

Finalmente, quizás quepa retomar la pregunta por el lugar de la democracia a la hora de pensar en estos problemas (cuestión que se aborda en otro artículo del presente volumen, escrito en coautoría con María Susana Bonetto). Si bien cuando hablamos de las teorías sobre democracia nos introducimos, hasta cierto punto, en un registro discursivo diferente al que venimos transitando, debemos apelar a la conocida diferenciación entre democracia como sistema político y democracia como lógica política. En este sentido, la democracia como sistema político se vincula de una manera muy próxima a las discusiones sobre los procesos de

subjetivación, pues está claro que a lo que nos enfrentamos en los últimos años es al desafío de comprender ciertas conductas políticas, el modo en que se construyen las identificaciones. La pregunta clave es qué está detrás de las decisiones colectivas, los procesos de construcción subjetiva que están en su base y las racionalidades políticas en función de las cuales esos procesos se configuran. Por otro lado, y en un registro más filosófico, podemos retomar la perspectiva ranciereana y asumir a la democracia como un movimiento a través del cual aquellos que no tenían parte en la comunidad, los excluidos y las excluidas, comienzan a reclamar su participación. Quizás el movimiento de incorporación del mundo natural al pensamiento de lo político puede entenderse de este modo: había un actor que no formaba parte central de lo político, de la discusión por lo comunitario, y hoy se vuelve protagónico y vital.

Bibliografía

- Abélès, Marc (2017). “Michel Foucault, la antropología y el problema del poder”. *Revista del Museo de antropología*, Vol. 1, N°10: 139-148.
- Berardi, Franco (2020). “Crónica de la psicodelfación”. *Cajanegraeditora.com.ar* [En línea] <https://cajanegraeditora.com.ar/cronica-de-la-psicodelfacion/>
- Crutzen, Paul J. (2002). “Concepts: Geology of mankind”. *Nature*, Vol. 23, N° 415: 23-35.
- Crutzen, Paul J. & Stoermer, Eugene F. (2000). “The Anthropocene”. *Global Change Newsletter*. N° 41: 17-18.
- Dean, Michael (1991). *The constitution of poverty: toward a genealogy of liberal governance*. New York: Routledge.
- Deleuze, Gilles (2015). *Foucault*. Buenos Aires: Paidós.
- Esposito, Roberto (2012). “Inmunidad, comunidad, biopolítica”. *Las torres de Lucca*, N° 1: 101-114.
- Fisher, Mark (2016). *Realismo capitalista*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Foucault, Michel (1988). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión moderna* México: Siglo XXI.

- Foucault, Michel (2006). *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France: 1977-1978*. Buenos Aires: FCE.
- Foucault, Michel (2007). *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France, 1978-1979*. Buenos Aires: FCE.
- Grimberg, Mabel (2009). “Poder, políticas y vida cotidiana. Un estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el área metropolitana de Buenos Aires”. *Revista de sociología e política*, N° 17: 83-94.
- Grimson, Alejandro (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Haraway, Donna (1984). *Manifiesto Cyborg*. Santa Cruz: Universidad de California.
- Haraway, Donna (2015). “Anthropocene, Capitalocene, Plantationocene, Chthulucene: Making Kin”. *Environmental Humanities*, N° 6: 159-165.
- Haraway, Donna (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Edición Consonni.
- Latour, Bruno (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Latour, Bruno (2020). “Imaginar los gestos-barrera contra la vuelta a la producción anterior a la crisis”. *CTXT, Contexto y acción*, N° 259, abril. [En línea] <https://ctxt.es/es/20200401/Politica/31797/economia-coronavirus-crisis-produccion-gestos-barrera-empresas-medioambiente-bruno-latour.htm>
- Moore, Jason W. (2014). “The Capitalocene, Part II: Abstract Social Nature and the Limits to Capital” (Unpublished paper). Fernand Braudel Center, Binghamton University.
- Mussetta, Paula (2009). “Foucault y los anglofoucaultianos: una reseña del Estado y la gubernamentalidad”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Vol. 51, N° 205: 37-55. México.
- Rose, Nikolas and Miller, Dean (1991). “Political power beyond the state: problematics of government”. *British Journal of Sociology*, Vol. 1, N° 61: 271-303.

- Rouvroy, Antoinette y Berns, Thomas (2016). “Gubernamentalidad algorítmica y perspectivas de emancipación. ¿La disparidad como condición de individuación a través de la relación?”. *Adenda filosófica*, N° 1: 88-116.
- Stengers, Isabelle (2014). “La Propuesta Cosmopolítica”. *Revista Pléyade*, N° 14: 17- 41.
- Toscano López, Daniel (2016). “Cartografía de algunas “recepciones” actuales en biopolítica”. *Anales del Seminario de Historia de la filosofía*, Vol. 33, N° 2: 619- 657. Madrid.

El lugar de la verdad en las subjetividades neoliberales contemporáneas. En torno al caso de lxs negacionistas en la pandemia del coronavirus

Jorge Foa Torres
CONICET/CCONFINES - UNVM
Juan Manuel Reynares
CONICET/CCONFINES - UNVM

Introducción

A fines del siglo XX, aires triunfales rodeaban al discurso de la ciencia en su sínfisis con el capitalismo neoliberal. Aun en medio de debates sobre su fundamentación epistemológica, en medio de la espesura de las muy mentadas crisis de investiduras, la combinación con la democracia liberal y la economía de mercado conformaba un tridente incuestionable para grandes mayorías. Si la verdad es un efecto del discurso, en cada uno de los puntales de la terna esta parecía ponerse en juego de un modo específico: la verdad del diálogo entre representantes tecnocratizados, la verdad de la competencia convenientemente promovida entre agentes económicos, la verdad de unos métodos estandarizados, globales y abiertos entre especialistas. Aunque los resultados no eran inmediatos, serían, con el tiempo, irrefutables tras la garantía de estas narrativas.

No obstante, a poco de andar, las dinámicas de estos grandes relatos fueron trastocadas al tomar fuerza un cambio fundamental en el modo de institución del lazo social ya en curso. Al punto que, en la pasada década, la emergencia masiva de nuevas derechas, impugnando la democracia liberal en nombre de una gestión nacionalista excluyente y austera, ha transformado el panorama político occidental. De un modo similar, la aparición central de movimientos negacionistas exhibe las limitaciones del discurso científico y su monopolio performativo de la veridicción.

El reciente film *Don't look up* (*No miren arriba*, en su traducción al castellano) muestra, en un marco de sarcasmo y cinismo, la paradoja de una ciencia capaz de evidenciar los signos palpables de una crisis –la llegada inminente de un meteorito capaz de destruir la vida humana en el planeta– pero impotente para movilizar a cambios que impidan su consumación. La trama de la película apunta al hecho de que un grupo de científicos puede anunciar con lujo de detalles tal descubrimiento o la crisis ecológica desatada con el calentamiento global, pero de todos modos la presidenta de los EEUU o un ultra millonario tecnológico pueden al mismo tiempo conminar con éxito a la población a “no mirar para arriba” o no hacer caso a los cambios climáticos.

La pandemia de Covid-19 y las medidas de cuidado y aislamiento desplegadas por los Estados catalizaron estos negacionismos. Ya a mediados de 2020, pocos meses después de decretadas las aislamientos obligatorios, manifestaciones callejeras rechazaban aquellas medidas. Si bien las posiciones involucradas eran muy variadas, dos focos concentraban muchas de ellas: la defensa a ultranza de la libertad individual ultrajada por las restricciones estatales en nombre de la salud pública, y la puesta en duda del carácter genuino de la pandemia, su origen y las características de la enfermedad.

Como se hace evidente, ambos focos estaban estrechamente relacionados, ya que la arbitrariedad de las medidas de aislamiento se debía a un argumento científico considerado espurio, al perder sustento las referencias de autoridad de todo tipo. La veridicción de representantes públicos y científicos es desplazada por relatos proteiformes de conspiraciones ocultas en las más altas esferas del poder mundial. El negacionismo de la pandemia, así como otros de diverso cuño –desde el terraplanismo hasta el desconocimiento del calentamiento climático, las dictaduras del siglo XX, o la organización QAnon– dejan ver algunos rasgos del modo en que los lazos sociales se producen hoy. En este capítulo exploraremos las relaciones entre sujetos y discursos (distinguibiles solo analíticamente) que se traman entre los negacionistas, a partir del tipo de *verdad* que se pone en juego en cada caso.

Trayendo a cuenta aportes de la izquierda lacaniana y avances de una investigación en curso (Foa Torres y Reynares, 2019; Reynares y Foa Torres, 2020), nuestra conjetura es que el cambio de época experimentado en las últimas décadas tiende a la disolución del lugar de

la verdad en favor de la profusión de certezas. La forclusión de la Ley, característica de esta transformación estructural del lazo, da lugar a un circuito ilimitado donde cada vez hay menor espacio para lazos sociales que alojen al sujeto del inconsciente en función de una verdad siempre medio-dicha o a medio-decirse —es decir, una verdad no toda—. Por el contrario, la promesa del acceso directo e inmediato a un goce irrestricto y primordial que trae el tiempo del pseudo discurso capitalista, conlleva la liberación de los impulsos más oscuros y mortíferos. En ese marco, nos serviremos del film arriba mencionado y de las afirmaciones de manifestantes negacionistas de todo el mundo para sostener nuestro argumento. Lo haremos mediante un ejercicio analítico intertextual, basado en una epistemología post-estructuralista (Barros y Reynares, 2018; Foa Torres, 2016a).

Certezas por verdad

La verdad y la política parecen estar muchas veces en polos opuestos. No solo en el lugar común del repertorio anti-político actual, que descrea y reniega del representante político por mentiroso, falaz o interesado. Si nos retrotraemos al imaginario origen de la teoría política occidental, allí se aloja *el* problema que habría movilizó a un Platón: la verdad es un bien demasiado precioso para dejarlo en manos del demos, y más aún, de la turba indistinta y manipulada por los demagogos de comienzos del siglo IV a.C. en Atenas. Tal como Rancière ha señalado en gran parte de su obra, la democracia evidenció el rasgo desfondado de la verdad y frente a ella se puso en marcha una vasta maquinaria filosófica para anular, acotar o reemplazar la distorsión fundante de la política mediante la figura de una base filosófica inmovible (Rancière, 2007).

En sus últimas investigaciones, Foucault percibió la centralidad de esa relación verdad-política en la dramaturgia ateniense de la época, como un síntoma de las tensiones de esa democracia en crisis, a través de la noción de *parresía*. Este término griego significa, literalmente, “decir todo” y suele traducirse como “hablar franco” o “veraz”. Según subraya Foucault a lo largo de un estudio de los modos de subjetivación en la Antigüedad clásica, en esa época la *parresía* política aludía a una toma de la palabra pública que buscaba, a partir de la exposición

de una verdad, incidir en la ordenación de la ciudad, aun arriesgando la propia posición de quien la profería. Este término permite visibilizar, por un lado, que en una constitución democrática (es decir, en un régimen cuyas reglas abren la posibilidad para cualquiera de participar en la definición de la vida pública) siempre habrá un desnivel incómodo, una tensión, entre la distribución igualitaria de la palabra y la siempre desigual pretensión de verdad de quien al gobernar ejerce un ascendiente sobre los demás. La capacidad de dar sentido a la propia situación en el espacio público se yuxtapone con la prerrogativa de tomar esta interpretación particular como parámetro general para la toma de decisiones colectivamente vinculantes.

En una línea adyacente a la rancièrana, la experiencia democrática que analiza Foucault ya deja ver que no hay modo de hacerse con la verdad en tanto esencia, sino que aparece, en cambio, como el resultado histórico de una forma de veridicción que se impone contingentemente e introduce un escalón en la llanura de la plaza pública (en contextos de apertura de la palabra como los regímenes formalmente democráticos) para marcar la diferencia de aquella persona que se arroga ser capaz de decidir por el resto (Barros, 2017).

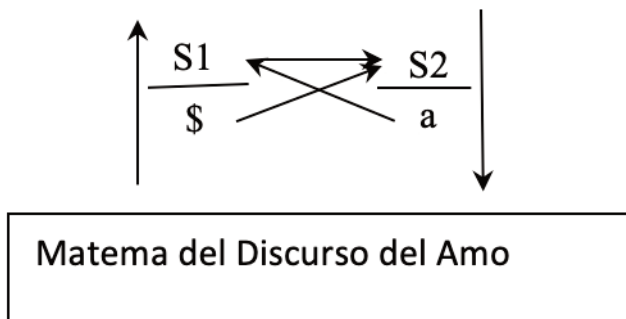
Por otro lado, al analizar la parresía en las tragedias griegas, Foucault rescata que la definición del lugar de enunciación verídica en una comunidad establece un reparto de voces válidas, lo que instaaura también una “posicionalidad simbólica”, una topografía que discrimina entre quiénes pueden hablar con la verdad y quiénes no. Toda relación entre régimen institucional y práctica de gobierno trae aparejado un orden de veridicción en función de la posición que ocupe quien dice la verdad en esa comunidad.

En el horizonte del giro lingüístico, quedan claras dos cosas: primero, que la verdad no puede reducirse a un contenido privilegiado en su esencia que adecúe el pensamiento a la realidad como pura referencia; y segundo, que la verdad es una relación siempre tensa en torno a una realidad social ontológicamente inaprehensible. Su estatuto privilegiado es señalado por Lacan, en este contexto intelectual, al desarrollar los matemáticos como fórmulas para el lazo social: “la verdad, para Lacan, dejará de pertenecer a un significante para tornarse un lugar. De acuerdo a lo que ocupe ese lugar, tendremos una relación con la verdad diferente” (Salamone, 2014).

Forzando ciertos parecidos familiares entre lo planteado por el último Foucault, y el

Lacan del Seminario 17 al introducir los matemas y los discursos, la verdad es una función formalmente necesaria de todo lazo social, pero cuya complexión definitiva es imposible. Ahora bien, con Foucault parece factible rastrear las coordenadas del orden de veridicción en momentos y espacios específicos, relacionándolo con las instituciones y las prácticas gubernamentales, y los efectos de conjunto que ello visibiliza. Por su parte, Lacan ubica al lugar de la verdad en relación con otros tres lugares que conforman el lazo social como discurso –el agente o semblante, el otro o goce y el de la producción o del plus-de-goce– de una manera específica.

En el matema mediante el cual Lacan formula el lazo social, una barra separa el registro superior, visible, del inferior, latente. Desde allí queda claro que la relación social, allí donde se articulan significantes en torno a uno que ejerce de amo, se apoya sobre una dimensión fuera de esa escena, obscena, que no obstante es constitutiva. Tanto la verdad como el plus-de-goce son graficadas por debajo de la barra, dando lugar al Discurso del Amo, que para Lacan grafica la relación de los elementos en la época moderna:



De este modo, Lacan interviene, aunque de manera oblicua, en el debate sobre la constitución de un orden social simbólicamente mediado, que ocupaba el centro de la escena francesa de los 60. La interpelación ideológica, la hegemonía, e incluso el orden de veridicción tal como lo venimos planteando, implican cierta estabilización del flujo discursivo al estable-

cerse la sobredeterminación de la multiplicidad por parte de un significante que “acolcha” el sentido contingente de todo el resto. Ahora bien, esa relación, graficada $S1 \rightarrow S2$, está soportada por dos lugares subyacentes –y por ende, en el lugar del sujeto en tanto condición de posibilidad– que están, al mismo tiempo, fuera y dentro de la escena. O, más bien, están fuera de ella sosteniéndola en sus propios límites. En el lugar de la verdad está el sujeto del inconsciente, \$, y en el lugar de la producción o del plus-de-goce está el objeto *a*. Esto implica que el sentido social no es sin un sujeto dividido, barrado, deseante, y tampoco es sin aquel resto inasimilable, atravesado de goce, que es el objeto *a*.

Quedándonos con una sola de las derivas abiertas por este planteo, nos interesa destacar cómo el orden de veridicción requiere esta configuración discursiva, en donde el $S1$ sobretermina al sujeto, en tanto significante representado para otro significante, con la producción de un resto ineliminable. De alguna manera, podemos arriesgar que la postulación de un orden de veridicción asume la configuración de la realidad social tal como la formaliza el Discurso del Amo. Esa enunciación *verdadera*, productora de un sentido considerado válido, termina por producirse en la identificación del sujeto, dejando un resto productivo en el camino. Productivo porque, en tanto el tiro nunca da plenamente en el blanco, da lugar a nuevas identificaciones, movilizándolo el deseo. Al quedar el lugar de la verdad desconectado del resto, el proceso identificatorio no culmina, sino que se ve atraído a continuar.

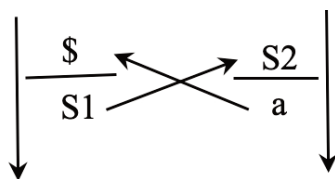
Esto permite señalar un punto central de nuestro argumento, en el modo en que se relacionan los sujetos con la pretensión de clausura del sentido que subyace en las identificaciones sociales. El objeto presupuesto en el Otro, el objeto *a*, ese centro en última instancia ausente de su estructura, moviliza la narrativa que asigna al sujeto su lugar en el orden de los significantes, y establece una dinámica pulsional de esa definición. Por ejemplo, tanto la fórmula lacaniana del fantasma como el matema lacaniano del Discurso del Amo grafican la circunvalación significativa de la relación entre sujetos y objetos *a*: respectivamente, el losange del fantasma, y el juego entre $S1$ y $S2$ en los lugares del agente y del otro, con una doble barra entre el \$ y el objeto *a*. Para que pueda funcionar la identificación fantasmática, no puede haber una conexión inmediata entre el sujeto del inconsciente y aquella partícula excesiva que auguraría la plenitud total. Ya ha sido dicho que, si eso sucede, lejos de alguna ex-

perencia extática o de la bienaventuranza, nos encontraremos con la depresión y la angustia. Porque el deseo se sostiene sobre esa brecha inabordable, sobre el silencio ante la pregunta por el deseo del Otro (McGowan, 2004). Por último, en el matema del Discurso del Amo también podemos despejar la función de la verdad, alojada en el sujeto que es solo tal como un significante para otro significante (Amo).

La desconexión de un lugar en cada uno de los cuatro discursos implica una acción simbólica sobre lo real que imposibilita un sentido último o cierre final al orden de los discursos en cuanto tal. Esto se desprende del mismo hecho de que la verdad para Lacan adquiera el estatuto de lugar y no de un contenido específico. En el discurso analítico ese lugar es ocupado por el saber (S2) como aquello que el sujeto del inconsciente es capaz de producir a partir de la experiencia analítica. En el discurso universitario el lugar es ocupado por el significante amo (S1) en tanto es aquello que trae como consecuencia la operación científica: la represión del \$ del inconsciente no se apoya en ninguna verdad absoluta o certeza científica incontrastable, sino en determinado axioma de orden –en última instancia– político. En el discurso de la histórica el lugar de la verdad está ocupado por el objeto *a* en tanto efecto de la demanda al S1, siempre imposible de satisfacer y, por ende, causa de su deseo¹.

Sin embargo, ¿qué sucede si esta correlación de lugares y elementos se ve radicalmente trastocada? El mismo Lacan lo dejó entrever cuando, apenas esgrimidos los matemas, mencionó un quinto discurso, que no era rigurosamente un discurso, sino un pseudo-discurso. El Discurso del Capitalista grafica, para Lacan, un cambio radical por el que el Sujeto ya no aloja su división constitutiva en el orden significante sobredeterminado por el S1, sino que pretende manipular a este último, y acceder de manera directa e inmediata a un goce prometido como irrestricto.

¹ Estos tres discursos –del Analista, de la Universidad, de la Histórica– son presentados por Lacan como rotaciones de un cuarto de circunferencia del matema del Discurso del Amo. De ese modo, cada uno de los lugares –semblante, Goce, Plus-de-Goce, Verdad– son ocupados sucesivamente por los elementos invariables del lazo –Significante Amo, Saber, objeto a y sujeto barrado– (Lacan, 2012; Alemán y Larriera, 1996).



Matema del Discurso del Capitalista

Más allá de todos los efectos de este trastocamiento, nos enfocamos en uno. La verdad se conecta ahora con el resto de los lugares y componentes del matema. Si con el funcionamiento predominante del Discurso del Amo, la verdad era una función imposible pero necesaria, objeto de disputas en torno a un orden de veridicción, con el actual influjo del Discurso del Capitalista la verdad se torna certeza. Y lo hace de un modo circular y acelerado, sin cortes.

El trastocamiento del capitalista implica que el lugar de la verdad ocupado en el discurso del amo por el sujeto dividido, es desplazado por el significante amo, el S1. El motor de esta operación puede ser ubicado en la ilusión del individuo de ocupar el lugar predominante en el orden de los discursos, desde el cual parece dominar o poner a jugar el circuito. Pero lejos de ello, en el discurso capitalista el sujeto se ve comandado por el imperativo al goce ilimitado o irrestricto que lo interpela. En una interpelación que es ya-siempre pasada por alto por el sujeto, percibiéndose a sí mismo como capaz de manipular la verdad echando mano a los significantes disponibles. Veamos brevemente dos ejemplos de los efectos de esta operación clave en el cambio de época. En la emergencia y profusión del terraplanismo –y otros circuitos de goce afines– no interesa ya cuán creíbles, serios y/o profundos sean los argumentos o las referencias de autoridad que sostienen cierta teoría, concepción del mundo o cosmovisión: lo que importa es que la adscripción del individuo aparezca, al menos en algún momento, como efecto de su propia acción o decisión individual, antes que como efecto de su inscripción en cualquier colectivo o lazo social.

Del mismo modo, el alcance de las *fake news* o noticias falsas ya no puede ser visto tan solo como un fenómeno de engaño cometido por tales o cuales medios de comunicación a la población en general o a ciertos grupos sociales escasamente ilustrados. Redescrito con los términos teóricos que aquí presentamos, podemos comprenderlo como un fenómeno de consumo en donde la veracidad de la información es desplazada por la demanda de goce del consumidor. No interesa ya entonces, si tal o cual líder cometió o no actos de corrupción o el peso de las teorías y estudios científicos que dan cuenta del origen antropogénico del calentamiento global. Lo que importa es la voluntad de goce irrestricto del individuo, es decir no limitado por orden significativo o referencia alguna de autoridad.

Podemos decir que, con el discurso capitalista, hay un trocambio cínico de la posición del sujeto que a partir de ello se postula como conociendo todo del otro, al nivel de poder manipular el orden signifiante a su antojo. Si en el discurso del amo, el sujeto del inconsciente con su medio-decir a costas aparecía como “efecto de verdad” del discurso, en el capitalista la verdad puede ser toda dicha, escudriñada y producida por el individuo. Aquí, entonces, ya no estamos hablando de la verdad en su estatuto tal como fue postulado por Lacan. Sino de una verdad reducida a la certeza, despojada de cualquier carácter enigmático y de la duda acerca de su veracidad. Esto podemos apreciarlo con claridad en el éxito contemporáneo de los discursos de autoayuda y coaching que prometen la posibilidad al individuo de autoconstituir su subjetividad sin barradura ni falta alguna. El individuo autoconstituido y el orden de la certeza son elementos consustanciales a nuestra época. No hay verdad alguna a ser descubierta allá afuera del propio interior del individuo.

Pero la gran consecuencia paradójica de todo esto es que en su afán de abandonar la sobre-determinación de los significantes amo del otro social, el individuo queda emplazado o determinado por ellos. El movimiento del \$ al S1 no debe hacernos perder de vista uno anterior: el sujeto al colocarse por encima de la barra queda expuesto al imperativo de goce irrestricto de la época que proviene del objeto *a* ubicado en el lugar de la producción o del plus-de-goce: $a \rightarrow \2 .

² En la célebre fórmula del fantasma, en la enseñanza lacaniana, se vinculaba al sujeto con el objeto mediante el símbolo del losange: $\$ \diamond a$. En cambio, el acceso al objeto en la época actual se promete como inmediato y directo, superando el juego de conjunción/disjunción implicado en el losange: $a \rightarrow \$$.

La ilusión de suprimir toda subordinación al amo alimenta la instauración de un sometimiento más primordial.

Al ocurrir la pandemia, la incertidumbre se hizo presente de modo proliferante, e igual de acuciante surgió la incógnita: ¿quién puede encarnar la enunciación de lo verosímil? ¿Quién puede sostener el orden de la veridicción y emitir entonces la palabra pública válida? En última instancia ¿quién puede decirnos qué hacer como comunidad ante tamaña dislocación? La emergencia de múltiples manifestaciones públicas poniendo en duda las más elementales definiciones sobre la pandemia, el asidero que relatos fantásticos sobre su origen y sus “verdaderos” propósitos tuvieron en amplios sectores de la población generaron estupor en la comunidad científica bien pensante. Pero si observamos al trastocamiento en la conformación del lazo social con las coordenadas de la izquierda lacaniana, se vuelve posible producir una redesccripción teórica que no deje del lado de la pura necesidad e ignorancia a las conspiraciones paranoicas que han arreciado. Por el contrario, esta redesccripción da cuenta de los cambios contemporáneos y la intensidad y profundidad con que calan en la subjetividad política.

Una vez (híper)conectado³ el lugar de la verdad al resto del circuito, y con la pretendida manipulación del Sujeto sobre el significante amo, la cuestión no pasa por la producción de una verdad metodológicamente –y simbólicamente– garantizada, sino por la circulación de narrativas que aseguren una satisfacción lineal de certezas ya establecidas. Al trastocarse la temporalidad del *après coup* o de la producción retroactiva del sentido con que se producían las identificaciones sociales, estableciendo grillas de inteligibilidad, la verosimilitud deja de ser un rasgo necesario en favor del golpe de efecto.

De la caída de la ciencia

El Discurso de la Universidad, según Žižek el discurso predominante de nuestra época (Žižek, 2004), grafica el carácter aparentemente neutral del agente, el saber, que se dirige al otro, allí donde se aloja el objeto *a*, pretendiendo gobernarlo plenamente. Para este autor, el significante amo en el lugar de la verdad, bajo la barra y por ende en el registro de lo latente, puede leerse,

³ Acerca del concepto de híperconectividad, ver: Reynares y Foa Torres, 2022.

casi literalmente, como el poder que manda al saber en las sombras: son los intereses económicos y geopolíticos del tecnócrata, del experto que sustrae su deseo y solo enuncia un saber sin sujeto⁴. En este punto es factible acompañar la reflexión de Žizek: la ciencia requiere de un sujeto que se suprima a sí mismo, como planteó Lacan, “la ciencia es la ideología de la supresión del sujeto” (Alemán y Larriera, 1996: 168). Pero a partir de allí comienza la digresión con el planteo žizekiano. Quien “hace ciencia” pone en funcionamiento una verdad formal, un S1 englobando una presunción de regularidades que permitan modelar la realidad sin resquicios ontológicos. Bastaría con esa garantía de veridicción para promover en los sujetos la obediencia a sus órdenes.

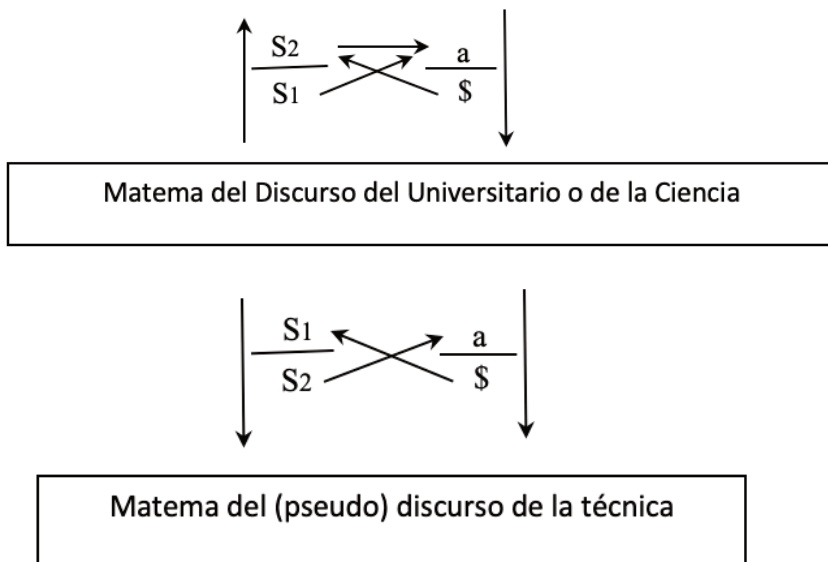
Sin embargo, no ha sido ese el caso con las medidas de cuidado y aislamiento, donde múltiples manifestaciones rechazaron la figura de los científicos, como rezaba un cartel que pretendía exhibir el fascismo velado tras la autoridad de la ciencia:

~~“Gobierno de científicos. Gobierno de fascistas.~~
No al nuevo orden mundial”⁵.

⁴ Para Žizek, el Discurso de la Universidad es la forma del tardocapitalismo contemporáneo en tanto es la forma de la biopolítica de raíz agambeniana, es decir, el saber que se dirige al mero cuerpo de la población para gobernarlo, produciendo un sujeto como resto, y teniendo al S1, del poder, como verdad en el registro latente. Sin embargo, Žizek lee el hiato entre S1 // \$ como crisis de investidura: la época es la de un sujeto incapaz de relacionarse con un significante amo. Žizek, entonces, deduce que la biopolítica de los expertos sobre las poblaciones, en el registro de lo manifesto, se sostiene sobre la crisis de las identidades, de las investiduras, en el registro de lo latente. En el Discurso de la Universidad, el semblante del saber (S2) pretende dominar lo ingobernable (objeto *a*) de manera neutra, aunque esconda el “superyó [que es] el S1 del S2” (Žizek, 2004: 48). La erosión del orden simbólico, la “crisis de la investidura”, no supone el avance del multiculturalismo tolerante sino diversos saberes-haceres con ese goce comandado, que el sujeto experimenta como un imperativo impersonal. Identifica ese imperativo en la convocatoria a vivir una vida larga y sana, siempre plena y feliz, sin lugar para los problemas o inconvenientes. Las reacciones anticuarentena han evidenciado que, “en línea” con el DU, el S2 busca imponer medidas para agotar lo Real, pero encuentra obstáculos en sujetos que, lejos de ser producto de esa operación, buscan manipular los saberes para acceder inmediatamente al objeto de goce. Allí radica, quizás, nuestra principal diferencia con Žizek: en la época no hay solo una brecha entre el sujeto y las identificaciones con el S1, sino más bien la pretensión de manipularlo para echar a andar el circuito capitalista.

⁵ Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/277576-las-fotos-del-banderazo-anticuarentena>

En las expresiones negacionistas de la pandemia, podemos ver cómo la caída del discurso del amo en favor del capitalista embarga al resto de los discursos. En el caso que nos ocupa, es relevante advertir la declinación del discurso del universitario o científico, donde el trastocamiento entre los elementos que ocupan los lugares del matema configura la emergencia de la técnica capitalista.



Si en el discurso del universitario el movimiento se orientaba a dar sentido a lo real reprimiendo al sujeto barrado de la enunciación, en la técnica capitalista el propósito ya no es dar sentido sino provocar a lo real. Y la figura ya no es la de la represión del sujeto del inconsciente sino el de la producción de una subjetividad sin sujeto del deseo, sino centrada en el individuo narcínico determinado por el mandato al goce irrestricto. El $S1$ que ocupaba el

lugar de la verdad en el discurso universitario, una verdad formal y metodológicamente garantizada, ya ha perdido su valor como referencia de autoridad para pasar a ser objeto manipulable por el sujeto entronizado del pseudo discurso del capitalista.

El individuo narcísico –neologismo con que Soler conjuga la posición narcisista del cínico en la época actual (Soler, 2011)– ya no solo no cree en la ciencia, sino que tiene una postura perversa frente a ella: aunque pueda no entender nada de las ciencias médicas o biológicas está convencido de “saber todo” acerca de ellas. Ese “saber todo” supone tener acceso a las fuerzas oscuras que operarían detrás de la ciencia, dándole su consistencia. La actitud cínica se trata justamente de ello, de mostrarse como quien devela sistemáticamente las manipulaciones ocultas del otro social. En el universo cínico ya no hay enigmas. Es todo demostrable bajo alguna narrativa paranoide, su goce está orientado por un saber espúreo: un saber que se basa en afirmar la falsedad de todo saber. Es en tal sentido un falso saber –correlativo del carácter falso del discurso capitalista– que carece de la intención de introducir otro orden argumental sino más bien de señalar la ilegitimidad o falta de validez estructural de todo orden simbólico.

Pero la operación cínica se detiene allí donde reconoce la falta estructural del orden simbólico, negándola inmediatamente al imputarla a tales o cuales fuerzas manipulatorias. La paradoja del cínico, en consecuencia, es que su desmentida es impotente para cuestionar al orden establecido: lejos de hacer de las inconsistencias del orden simbólico el motor para la transformación social o la acción política, las mismas son superadas mediante narrativas conspiranoides capaces de proveer un sentido último a lo social.

El significante amo, de ocupar el lugar de la verdad, pasa a comandar el circuito demandando al saber (S2) para que asegure lo real ($S2 \rightarrow a$) mediante la producción de subjetividad ($a \rightarrow \$$). La subjetividad producida por la técnica se dirige a los significantes amo como manipulables en tanto se concibe como capaz de producir conocimiento a su antojo. Un saber que ya no se presenta como pasando por el otro, sino que está ya-siempre en poder –un poder de cierto modo primordial– del sujeto. Ya no hay nada por fuera del individuo digno o con la relevancia para influir en su constitución subjetiva. En tal sentido, el individuo intrínsecamente libre no se opone a la técnica, sino que es su consecuencia y motor a la vez.

El guión conspiranoide

En la comedia *No miren para arriba* (*Don't look up*) se escenifica sarcásticamente esta caída del discurso de la ciencia. Mientras los astrónomos Kate Dibiasky (Jennifer Lawrence) y Randall Mindy (Leonardo Di Caprio) intentan hacer llegar la evidencia científica del acercamiento de un cometa para colisionar con el planeta a las más altas esferas de la política estadounidense y a la población en general, su saber es sistemáticamente puesto en cuestión hasta el punto de ser dejado de lado y humillado. Por mayúscula que sea la evidencia, los medios y la población en general toma la noticia “con humor”, rechazando aquello que implica. La renegación del hecho mortal es paradigmática en los presentadores del show televisivo al que acuden Dibiasky y Mindy, el lugar donde la joven doctoranda, primero, y el investigador senior, después, sufren un ataque de nervios. Durante esas crisis reclaman que los periodistas y televidentes asuman lo trágico de la situación, subrayando que nuestra existencia en este planeta es frágil y breve.

De hecho, el descubrimiento científico es utilizado por el megamillonario y CEO de la Empresa tecnológica BASH Peter Isherwell (Mark Rylance) para imponer su propuesta técnica: la implosión del cometa mediante drones que se posarían sobre la superficie del asteroide para luego explotar y, de ese modo, fragmentarlo de modo tal de poder aprovechar sus minerales en su caída a la Tierra. El objetivo ya no pasa por hacer lo posible para destruir al cometa sino en provocarlo para generar la acumulación mediante la extracción de sus materias primas. A su vez, los científicos que trabajan para BASH, a pesar de haber obtenido recientemente el Premio Nobel, no sostienen su teoría pasando por los cánones científicos tradicionales —la evaluación por pares—. Es la lógica técnico empresarial la que logra imponerse no solo sometiendo a la política —en las figuras tanto de la presidenta Janie Orlean (Meryl Streep) de los EEUU como de su hijo Jason (Jonah Hill), Jefe de Gabinete— sino de la población en general.

“No miren para arriba” se convierte en la consigna para negar lo evidente: la aproximación apocalíptica del cometa que ya todos pueden ver con solo mirar al cielo. Si el pseudo discurso capitalista se sostiene en el goce irrestricto del todo es posible, aquí se devela en su rostro más fiel: la negación ilimitada que es capaz de liberar lo mortífero. La paradoja inquietante del

film se despliega en su escena final: los mismos protagonistas que combatieron al negacionismo técnico viven sus últimas horas de vida como si nada pasara en el marco de una reunión familiar y de amigos, como si fuese una más.

Así como el cometa acentuaba la precariedad de nuestra existencia en la Tierra, la pandemia de Covid-19 funcionó como un recordatorio de los diversos desequilibrios que nos atraviesan. Mayores niveles de desigualdad, pauperización, segregación y violencia acompañan al desarrollo constante de la tecnología. Aquello que aumentaría, supuestamente, la calidad de nuestra vida se presenta en el trasfondo de sucesivas “crisis humanitarias”. Así, al tiempo que se prometen largas y provechosas vidas, proliferan peligros, en la forma de inmigraciones masivas, catástrofes naturales, nuevas enfermedades, o incluso guerras nucleares. En el marco de esta saturación, breves son los intervalos para la producción de un sentido retroactivo sobre lo que nos sucede, y a partir de ahí sobre lo que sería posible hacer para transformarlo o, al menos, ralentizarlo.

Muy por el contrario, la creciente circulación de relatos conspirativos sobre un nuevo orden mundial planeado por millonarios en connivencia con los gobiernos centristas y las organizaciones mundiales como la OMS o la ONU ha servido para justificar la reacción a diversas crisis en los últimos años. Por ejemplo, en diversas entrevistas, adherentes del partido de ultraderecha español Vox sostienen que un número difuso de megamillonarios, entre los que descolla George Soros, financia las campañas de inmigración norafricana a Europa, el reconocimiento de los derechos de las minorías sexuales y la legalización del aborto, como medios para reducir y pauperizar las poblaciones “nativas”. En el caso de la pandemia, esta sería una excusa –ya sea por su origen humano o por ser directamente una ficción– para desensibilizar a las ciudadanías ante medidas restrictivas totalitarias:

“Es todo un plan orquestado por una elite que quiere dominar el mundo y ya lo está haciendo”, alertó un muchacho con un cartel con la leyenda “Plandemia. Falsa epidemia”. “En la Argentina no hay patriotas. ¿Dónde están los diputados? Los únicos que dicen la verdad son Maldini (sic) y Javier Milei”, agregó. A sus espaldas, una bandera del “Partido Libertario. CABA”⁶.

⁶ Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/269294-los-anticuarentena-marcharon-al-obelisco>

El dominio mundial surge como una amenaza latente contra las libertades individuales, y solo quienes esgrimen estos mensajes son quienes “dicen la verdad”. El mismo hecho de ser los “únicos” que se arriesgan a decirlo los auto-justifica⁷. Los relatos con estructuras conspirativas han existido en sociedades muy variadas desde hace siglos (Gallo, 2021) y también son muy diversas las perspectivas para comprender los factores involucrados en esa proliferación y persistencia, aún en el Occidente ilustrado moderno autopropalado desde fines del siglo XVIII. Como mucha literatura asume, la conspiración como estructura narrativa de lo social aparece ya en las mitologías antiguas. También fue un tipo de narrativa central para los autoritarismos del siglo XX (Butter and Knight, 2020).

Ahora bien, ¿cómo es posible la proliferación paranoide de las últimas décadas? Con herramientas del psicoanálisis de raíz lacaniana, Žizek ensaya un intento de respuesta al sostener que el recurso de la paranoia permite afrontar la caída contemporánea de aquellas referencias de autoridad que estabilizaban el sentido de la vida y limitaban sus riesgos (2004). Avanzando sobre ese registro, la conspiración ofrece una clave de certeza ante la presencia siempre amenazante del Otro y la incertidumbre ante qué es lo que este quiere.

Como ya había planteado Lacan, el tipo de relación paranoica con el Otro es constitutivo de la identificación en su registro imaginario: al identificarse con aquel Otro que garantiza la plenitud del cuerpo en su imagen unificada, lo imagina también completo. Es luego en su incorporación al orden simbólico que el sujeto da cuenta de los impasses del Otro, en la constitución fantasmática del lazo social. No obstante, la erosión del orden simbólico trae a la palestra una dinámica binaria típica del registro imaginario (Reynares, 2021). La conspiración narra la paranoia que funciona en ese registro, ubicando al objeto último del sentido, aquel que se presupone en el centro del Otro, como algo absolutamente presente de manera inme-

⁷ En este punto queda por revisar, en el marco de un trabajo en proceso, la reubicación teórica de la parresía, tal como la tematizó Foucault, en el marco de esta época del Discurso del Capitalista: lo arriesgada de la posición de quienes propalan versiones conspiranoides no se justifica por la franqueza de sus intenciones aun en contra de la hegemonía imperante, sino por la capacidad para proveer respuestas inmediatas que avalan certezas previas. Si la parresía en clave foucaultiana auguraba un sujeto ante el rasgo desfondado de la verdad, la pseudo parresía capitalista clausura la subjetivación y da paso a la certeza clínica.

diata en un relato sencillo y maniqueo. Entonces lo que trae el trastocamiento del discurso capitalista y el de la técnica no son fenómenos completamente novedosos pero sí formas de extremar tendencias ya conocidas de un modo inédito.

Aquí también prestar atención al trastocamiento contemporáneo del Discurso Universitario nos permite re-describir teóricamente la eficacia de las narrativas paranoides de las conspiraciones. Si en el Discurso de la Universidad el saber en tanto agente imponía cierto mandato sobre el sujeto, sostenido en una neutralidad asegurada por el carácter formal de la verdad, en el panorama desplazado por la erosión del orden significante, ese saber pretende la compleción de la realidad a partir de un significante amo manipulado por el sujeto de manera desembozada. La conspiración de base paranoica que, como vemos, prolifera entre lxs negacionistas, pone en acto esa conexión entre los lugares del pseudo discurso así dispuesto. En el relato conspirativo, el sujeto da crédito de una narración cuya única función es clausurar el sentido de una situación disruptiva, por parte de un referente que no posee ninguna credencial específica o establecida. Ni Biondini, ni Milei poseen un ascendiente para hablar con verosimilitud sobre un difuso “Nuevo Orden Mundial”. En este caso no es la verdad formal, en tanto S1 latente, la que inviste al saber, un saber construido por un (no)sujeto de la ciencia. En el matema del Discurso de la Técnica, el S1 es develado al tiempo que es manipulado por el sujeto en pos de renegar de la división constitutiva del inconsciente.

Si remitimos nuestra atención al lugar que ocupa el S2, el saber opera como catalizador de certezas previas, en tanto es producto de una manipulación del S1 por parte de un sujeto que forcluye toda imposibilidad. Esas certezas delimitan una imagen de plenitud que tiende, como en el momento narcisista del registro imaginario, a visualizar al Otro como una entidad completa, amenazante. Emerge así la “subjetividad troll” (Foa Torres y Reynares, 2020) como aquella que habilita a los individuos a proferir teorías y acusaciones sin límites, es decir, sin responsabilidad subjetiva alguna:

Una supuesta médica dio su teoría sobre la creación del virus en un laboratorio y explicó que “no se transmite por aire, se transmite por vacunas porque fue inyectada en vacunas”. “Ahora vamos a tener los hospitales llenos. ¿Eso querían? ¡Lo vas a lograr, Fernández, te van a dar las

estadísticas hasta que venga la vacuna de Bill Gates!” rugió, y reclamó “soberanía para la Argentina”⁸.

Fernández, o Gates, en un desplazamiento metonímico infinito, encarnan una posición intimidante para la “supuesta médica”⁹. Sus intenciones ocultas son ahora expuestas, y así el sujeto puede, finalmente, descifrar el deseo del Otro, al saber finalmente aquello que ese presidente y ese magnate estadounidense quieren. La clave conspirativa describe una realidad sin falla en el sujeto, que todo lo sabe. Pero tampoco hay falla en el objeto que, al mismo tiempo, lo sabe todo y es todo sabido. Esta obturación de sentido, correlato de la conexión ininterrumpida de los lugares constitutivos del lazo social, relega a la subjetividad allí constituida —una subjetividad narcínica y conspiranoica— al lugar del grito impotente. El grito de quien sabe todo lo que sucede pero no actúa más que en un pasaje al acto superfluo¹⁰.

Algunas notas para concluir

Como en muchos aspectos, la pandemia de Covid-19 funcionó como un catalizador de procesos sociales ya en curso. En este sentido, negacionismos varios tienen décadas o siglos de existencia, paradigmáticamente aquellos movimientos que desconocían el holocausto judío o el plan sistemático de desaparición en Argentina. No obstante, las prácticas negacionistas

⁸ Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/269294-los-anticuarentena-marcharon-al-obelisco>

⁹ El fenómeno de médicos cuestionando la veracidad de la información sobre el Covid-19 fue notable en el caso de Médicos por la Verdad. Esta organización, con llegada a diversos países como Alemania, España o Argentina, promovió fake news que abarcaban desde el origen de la enfermedad y su modo de propagación hasta los modos de combatirla (Consultar: <https://chequeado.com/investigaciones/el-entramado-internacional-de-medicos-por-la-verdad-una-marca-negacionista-registrada-por-la-espanola-natalia-prego/>). Sirva el ejemplo para subrayar que la posición subjetiva narcínica no es cuestión de mayor o menor erudición o formación profesional, sino que implica un modo de establecer el lazo social que reniega del carácter incompleto de la realidad social, en pos de alguna certeza incontestable.

¹⁰ Al respecto de la impotencia de las demandas irrestrictas o rizomáticas en la época ver: Reynares y Foa Torres, 2022.

contemporáneas no siguen aquellos carriles: no desconocen la evidencia histórica o científica en nombre de un proyecto político específico, aunque totalitario, sino que rechazan el principio de realidad en pos de una satisfacción inmediata, garantizando una certeza ya establecida y renegando, a su vez, de cualquier imposibilidad, incertidumbre u obstáculo capaz de hacerles mella en aquellos individuos.

Abrevando en desarrollos recientes del lenguaje teórico de la Izquierda Lacaniana, que dialoga con la Teoría Política del Discurso en el horizonte epistémico post-estructuralista, re-describimos algunos rasgos de estos negacionismos de nuevo cuño. Hemos hecho hincapié en el lugar que pasa a (des)ocupar la verdad allí, en el marco de transformaciones estructurales de los lazos sociales. Los órdenes de veridicción modernos se han sostenido sobre una relación entre sujeto y trama significativa donde se implica la falta de uno y otra. En esa tensión constitutiva se posibilitan identificaciones en pos de saldar aquella brecha, componiendo un saber siempre parcial e incompleto en torno a una verdad –aquella del sujeto del inconsciente– que solo puede ser medio-dicha.

Precisamente los negacionismos proliferantes con la pandemia exhiben el trastocamiento estructural de esta dinámica de identificaciones parciales. La erosión de los órdenes significantes mediante la saturación simbólica propia de nuestra época ha convulsionado el modo en que se instituye el lazo social. Las lecturas negacionistas se montaron, como hemos planteado a lo largo de este capítulo, sobre un guión conspiranoico cuya dinámica desplaza a la verdad por la certeza. Contenidos absurdos son propalados por profesionales de disciplinas médicas o biológicas, aludiendo a complots opacos a nivel mundial para desplegar la dominación de las poblaciones. Estos sujetos narcínicos manipulan desembozadamente las referencias de sentido de un modo tal que toda incertidumbre sea clausurada. De este modo, se impide el debate político en torno a cualquier estrategia de transformación, quedando solo la reacción iracunda de quienes ya conocen el secreto alojado en el centro de una realidad cuya complejidad es cada vez más evidente.

Quizás allí resida el mayor peligro de los movimientos negacionistas. En su re-negación, en última instancia, de la diversidad social que nos constituye como sujetos, cerrando el camino de una construcción colectiva movilizadora por el deseo. Lejos de constituirse en rebeldes

o revolucionarios que cuestionan el orden establecido, los negacionistas y la subjetividad troll solo logran acelerar al circuito rizomático y destructivo del discurso capitalista. Al modo de “No miren para arriba” solo allanan el camino a la destrucción, aunque de manera más veloz. La paradoja es que lo que se destruye no es el capitalismo sino aquello que le sirve de sostén o condición de posibilidad. Ni siquiera el film producido por Netflix es capaz de imaginar el fin del capitalismo, desde el momento en que el magnate Peter Isherwell junto a un grupo de personas llega a otro planeta para extender la vida. Tal como Isherwell lo sabe todo, incluso el modo en que cada quien morirá, la vida que se extiende no es la de la especie humana en sí, sino la del capitalismo encarnado en el más exitoso de los empresarios de sí.

Bibliografía

- Alemán, J. & Larriera, D. (1996). *Lacan: Heidegger*. Buenos Aires: Ediciones del cifrado.
- Barros, S. (2017). “No todo el mundo puede decir la verdad. Foucault, la parrhesía y el populismo”. *Las Torres de Lucca*, 6 (11): 241-270.
- Barros, M. y Reynares, J.M. (2018). “Tras las huellas del problema. Notas sobre el devenir analítico de la teoría política del discurso”. En M. Barros *et al.*, *Métodos: aproximaciones a un campo problemático*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Butter, M. y Knight, P. (2020). *Routledge handbook of conspiracy theories*. New York: Routledge.
- Gallo, A. (2021). *Crítica de la razón paranoide. Teorías de la conspiración: de la locura al genocidio*. Madrid: Reino de Cordelia.
- Foa Torres, J. (2016a). “Posmarxismo y análisis de políticas públicas: fundamentos ontológicos, bases epistemológicas y estrategias metodológicas para el estudio de políticas desde la teoría política del discurso”. *Postdata*, 20 (2): 353-385.
- Foa Torres, J. (2016b). “Acerca de la revolución capitalista de lo jurídico. Izquierda lacaniana y teoría crítica del derecho”. *Revista Derecho PUCP*, N° 77, pp. 85-105. [En línea] <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/derechopucp/article/view/15631>

- Foa Torres, J. y Reynares, J. (2019). "Historización radical y teoría política del discurso. Hacia una epistemología de las memorias del antagonismo". *Athenea Digital*, 19 (1): e2462.
- Foa Torres, J. & Reynares, J. (2020). "La emergencia de la subjetividad troll en la época del Discurso Capitalista". *Anacronismo e Irrupción*, Vol. 10, N° 18: 280-306.
- Lacan, J. (1972). "Conferencia en Milán", 12 de mayo de 1972. Inédito.
- Lacan, J. (2012). *El Seminario, libro 17: El reverso del psicoanálisis* (texto establecido por J-A Miller). Buenos Aires: Paidós.
- McGowan, T. (2004). *The end of dissatisfaction? Jacques Lacan and the Emerging Society of Enjoyment*. Albany: State University of New York Press.
- Rancière, J. (2007). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Reynares, J.M. (2021). "La ideología en tiempos de imaginarización. Notas para un estudio de los actores políticos contemporáneos". *Las Torres de Lucca*. Revista internacional de filosofía política, 10 (19): 105-116.
- Reynares, J.M. & Foa Torres, J. (2022). "La impotencia de la demanda rizomática: desafíos a la emancipación en la época del discurso capitalista". *Desde el jardín de Freud*, 21.
- Salamone, L.D. (2014). "El parentesco entre la verdad y el goce". I Jornada Anual "De la verdad al goce. Reformulaciones de la práctica", EOL Sección La Plata, 25 de octubre de 2014; Jornadas y Congresos Noches de Directorio - La formación del analista Número 4 - diciembre 2014. [En línea] <http://www.eol-laplata.org/blog/index.php/el-parentesco-entre-la-verdad-y-el-goce/>
- Soler, C. (2011). *Los afectos lacanianos*. Buenos Aires: Ed. Letra Viva.
- Zizek, S. (2004). "El homo sacer como objeto del discurso de la universidad". En Y. Zarka (comp.), *Jacques Lacan. Psicoanálisis y política*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Discurso científico y neoliberalismo en pandemia: comunicación y poder en los *think tanks* liberales

Felipe Etkin
FCS-UNC

Introducción

En los últimos años de su vida, Francis Bacon escribió una novela en la que se imaginaba una sociedad gobernada por los intelectuales y la producción de conocimiento. Publicada en 1627, *La Nueva Atlántida* plantea la existencia de un mundo utópico en el que los saberes técnicos y científicos se utilizan como moneda de cambio, comercio y columna vertebral de un sistema que pone a disposición de los ciudadanos el conocimiento y las innovaciones prácticas y utilitarias que este asegura. Motor del bienestar colectivo y las buenas decisiones políticas, el saber científico imaginado por Bacon es fruto del trabajo de un grupo de expertos reunidos en la “Casa de Salomón” –principal institución de esta sociedad– que almacena las ciencias, artes e industrias de todo el mundo para crear realidades útiles que mejoren la calidad de vida. Más allá del mérito literario, la novela sirve como un manifiesto del autor en particular, y de toda la modernidad occidental en general, sobre el faro redentor y guía que representa la aplicación del conocimiento científico en nuestras sociedades. Sobre todo, cuando la nuestra suele autodenominarse orgullosamente *sociedad del conocimiento* y este imaginario inunda las pantallas del cine, las horas de periodismo y la esperanza del fin de la pandemia. Si bien el vínculo entre conocimiento y poder puede rastrearse y remontarse en el tiempo

hasta mucho antes de la modernidad, la idea de la “Casa de Salomón” ilustra una trama en la que la ciencia experimental, la política, la comunidad de expertos y la aplicación práctica se ubican en continuidad al mismo Estado para incidir en todo lo común. Sucede que, desde la modernidad, la producción de conocimiento científico se redefine como un campo de poder específico con sus actores protagonistas, reglas de juego, escenarios y pugnas determinadas. La línea del horizonte empieza a ser iluminada con la luz clara del discurso de la razón, el saber, la ciencia y las cosechas fecundas que esto traerá para los pueblos del mundo. Discursos que habitarán nuestras contradicciones –acentuadas en el contexto de pandemia– entre el manto emancipador del progreso tecnológico y el tornado apocalíptico del desarrollo capitalista.

A su vez, en el último lustro la consolidación a escala global del neoliberalismo impuso una reformulación no solo de los modos de gobernanza internacional, las políticas económicas y las relaciones sociales; implicó también la aparición de formas novedosas de diálogo entre el saber, el poder y el espacio público. Si bien la historia del Estado moderno revela que detrás del gobierno y los ejercicios de poder siempre han existido entidades, organismos o personas encargadas del conocimiento, el saber, la consejería, la investigación, etc., no fue hasta mediados del siglo XX que surgieron organizaciones de la sociedad civil que encarnan de manera específica y explícita la producción de conocimiento científico con interés en incidir en el campo de la política.

En este sentido, en el presente artículo indagaremos sobre un conjunto de instituciones que ofician como una “Casa de Salomón” parecida a la imaginada por Bacon. No obstante, fuera de la ficción iluminista, podemos decir que en nuestro mundo la producción de conocimiento responde más a un espacio de disputa por los sentidos, de tensiones y redireccionamiento de la agenda política que a un manantial de consenso absoluto que nos guía a un progreso indiscutido. De esta manera, abordaremos el caso de los denominados centros o usinas de pensamiento (comúnmente llamados *think tanks*), organizaciones que se sitúan en el centro de la escena de la producción de conocimiento aplicado con el objetivo de promover políticas públicas, construir agenda mediática y marcar líneas de acción política. Actores que se ubican entre el campo del saber y el campo del poder y tienen un parentesco temporal y en muchos casos ideológico con el neoliberalismo.

Como punto de partida conceptual, los antecedentes de investigaciones exhaustivas ofrecen diferentes caracterizaciones de los *think tanks* entendidos en su juego dialéctico entre saber-poder: como instituciones abocadas a la “producción de conocimiento aplicado con pretensión de incidencia” (Acuña, 2009); como “intermediarios de ideas” (Rabadán y Onofrio, 2005); como protagonistas de un nuevo modelo político que combinan módulos de conocimiento experto, consulta, lobby o apoyo activo (Fischer y Plehue, 2013); como circuitos socio-comunicacionales que despliegan estrategias comunicativas para la construcción de sentido internacional (Mato, 2007), entre otras. No obstante, más allá de las diferentes orientaciones teóricas, consideramos que el grado de especificidad práctica de estas instituciones se justifica en que las usinas de pensamiento construyen sentidos y discursos, pero a diferencia del poder mediático no tienen, ni pretenden, una infraestructura periodística abocada a la difusión masiva. A su vez, asumen explícitamente su pretensión de incidencia política local, pero, a diferencia del poder estatal, no implementan acciones concretas en territorios particulares ni persiguen constituirse como partidos políticos tradicionales. Medvetz (2008), por ejemplo, ubica a los centros de pensamiento entre los campos político, mediático, económico y científico de forma equidistante.

El terreno de los tanques

Para abordar la problemática sobre la producción y difusión de ideas y conocimiento científico en el contexto de la pandemia a partir del caso de los centros de pensamiento, es necesario comenzar con una radiografía del vínculo entre estas instituciones y el neoliberalismo, para en una segunda instancia poder comprender específicamente el rol que desempeñan en dicho contexto. Si bien en la actualidad advertimos una gran pluralidad de perspectivas ideológicas en diferentes *think tanks* (que a su vez se especializan en temáticas específicas, interactúan con actores de todo el espectro político y desarrollan su incidencia de modos diferentes), desde su ascendencia, prácticas y actores protagonistas estas instituciones han estado emparentadas con el neoliberalismo. Sucede que si analizamos la historia institucional y génesis de los primeros *think tanks* junto con las instituciones que actualmente ejercen mayor inci-

dencia observamos que el concepto se encuentra ligado a la defensa explícita de ideas y doctrinas liberales o conservadoras y que han actuado con importantes recursos financieros o un estrecho vínculo con el capital económico (ver Cristofolletti, 2021; y Mato, 2007). En consonancia, el geógrafo británico David Harvey (2010) señala en su *Breve Historia del Neoliberalismo* cómo históricamente los *think tanks* funcionaron como artífices necesarios para el establecimiento de la hegemonía del modelo neoliberal. Harvey subraya que estas instituciones lograron “ensamblar estudios empíricos y técnicos con argumentos filosóficos-políticos neoliberales” para ponerlos a circular entre distintas ONG, universidades empresariales y medios masivos (Harvey, 2010: 52). En la misma medida los ponderan Laval y Dardot (2010) cuando señalan que tras el hito fundacional del neoliberalismo que significa el coloquio Walter Lippmann de 1938, estas organizaciones, junto con otras entidades académicas bien financiadas, asumieron la tarea estricta y específica de “refundar la doctrina para asegurar su victoria contra los principios adversos” (Laval y Dardot, 2010: 68). El punto central es comprender de qué modo el neoliberalismo logró establecerse a escala global como modo de gobernanza de las economías y las subjetividades; ver que más allá de las causalidades políticas, electorales, militares y económicas existió un proceso de conquista ideológica en el que entidades concretas —que perviven en la actualidad— agenciaron. De hecho, los principales exponentes de la doctrina como Hayek, Von Mises, Stigler o Friedman fueron explícitos en la necesidad de asumir batallas pedagógicas y publicitarias como estandarte para lograr hegemonía. En perspectiva histórica, puede observarse cómo los *think tanks* pudieron acaparar espacio en los círculos académicos, empresariales, mediáticos y copar en primer lugar a los partidos de derecha, apoyándose en la prensa dependiente del sector financiero, y luego avanzar sobre la socialdemocracia (Laval y Dardot, 2010: 206). Más allá de que en la actualidad el modelo institucional de las usinas de pensamiento no solo se vincula a la defensa del neoliberalismo ya que existen entidades con una gran diversidad de perspectivas e ideologías, esta relación histórica de parentesco pone de relieve la necesidad de comprender cómo este modelo ha podido sostenerse desde una pregnancia técnica y cómo inciden en el campo de la política estas instituciones, mediante qué recursos y estrategias vinculan lo científico con lo político, de qué modos penetran en el ámbito público y qué lugar ocupan en las disputas de poder frente al Estado

y la sociedad. Se trata de subrayar el tejido que se despliega entre las redes del poder y las redes del saber.

Asimismo, podemos dar un paso más para comprender el vínculo sustancial entre estas instituciones y el neoliberalismo mediante el estudio de las trayectorias y prácticas de sus actores protagonistas: los expertos Morresi y Aronskind (2011) argumentan que el neoliberalismo exige teóricamente el protagonismo político de los expertos y, a su vez, requiere que, en la práctica, estos no se limiten a un rol técnico, sino que subordinen el campo de lo político (Morresi y Aronskind, 2011: 378). Por tanto, en alguna medida el carácter despolitizador del neoliberalismo no sería un síntoma o un resultado sino más bien la condición de posibilidad. Asimismo, existe una particularidad en la evolución del neoliberalismo que fortalece este nexo referida a la importancia creciente de la dimensión financiera como centro de la economía que puede observarse

tanto en el comportamiento organizativo e inversor de las empresas, como en el orden de prioridades y la agenda pública de los Estados, y en la visión de la misma sociedad, que comenzó a considerar la actividad financiera como un área de superlativa importancia (Morresi y Aronskind, 2011: 391).

Es el mismo proceso por el cual autores como Laval y Dardot sostienen que el neoliberalismo ocupa el lugar de una racionalidad, producto de esa lógica financiera que irradia desde el campo de la economía al campo de las subjetividades. “El nuevo capitalismo –indican los autores– está profundamente ligado a la construcción política de un mundo financiero global regido por el principio de la competencia generalizada” (Laval y Dardot, 2010: 203). De esta manera, sostenemos que la hegemonía neoliberal y el lugar central que ocupa la financiarización de la economía, implica un protagonismo creciente (en múltiples campos) de la *expertise*, entendida como “una intervención en el campo del poder que supone la movilización de dispositivos técnicos que colaboran en la construcción de discursos y narrativas con pretensión de validez ligado a una disciplina científica o campo profesional” (Morresi y Vommaro, 2011: 14).

Asimismo, analizar el rol de los *think tanks* y sus actores protagonistas en el contexto actual obliga atender a dos cuestiones evidentes: por un lado, la existencia del neoliberalismo

como un orden hegemónico mundial consolidado y firme desde la Guerra Fría; y por otro, las sucesivas transformaciones en las que este orden ha navegado y por las cuales existen coyunturas específicas como la del mundo pandémico inaugurado en Wuhan 2019.

Sin apresurarnos a realizar conclusiones tempranas sobre el impacto de la pandemia en la sociedad, quedó claro que desde la emergencia de este novedoso contexto mundial se produjo una redefinición de las prácticas institucionales tanto en el sector público como en el privado y de la sociedad civil. Las dinámicas de las disputas de poder económico, político y simbólico debieron aprender a moverse en un terreno desconocido que, sin poner en jaque al capitalismo, tornó difuso el mapa de acción. En el caso argentino, como especificaremos más adelante, miembros de diferentes *think tanks* advirtieron que en sus instituciones este contexto abrió una serie de “desafíos” que pueden resumirse en dos niveles de impacto sobre su agenda de intereses. Proponemos entender de manera hipotética que estas redefiniciones operan sobre su forma de incidencia política y la intervención comunicacional. Se trata de dos ejes estratégicos de acción que algunas de las usinas de pensamiento con mayor presencia en el país evalúan como elementales y prioritarios en el contexto de emergencia.

Si bien en el 2020 no se vino abajo el andamiaje del sistema capitalista ni se dinamitaron las estructuras de la gobernanza neoliberal como marco regulatorio, el mundo inaugurado por la pandemia significó un estado de emergencia frente al cual las sociedades debieron responder. En ese marco, la producción de ideas se reveló como un espacio estratégico y fundamental; tanto en el campo sanitario y epidemiológico, como económico, político y ciudadano. En cualquiera de esas áreas, aparecieron distintos dispositivos específicos que pretendieron esbozar soluciones, hojas de ruta, respuestas y senderos posibles reivindicando una posición privilegiada de acceso al saber y desde una autoridad técnico-científica. Múltiples potenciales “Casas de Salomón” publicaban *papers*, organizaban vivos de Instagram y tendían puentes de acción para esbozar respuestas frente al Covid-19 y asirse a la verdad. La reconfiguración del mapa demandaba experticia y nuevos lugares de enunciación. Asistimos a un escenario fangoso en el que pueden disputarse nuevos *horizontes de visibilidad* —utilizando la terminología de Zabaleta Mercado— para referirnos a la pregunta sobre las condiciones de posibilidad del conocimiento social. El autor propone la idea de que las condiciones de posibilidad del

conocimiento social “están dadas por el tipo de configuración histórico-política de cada país, en cada momento” (Zabaleta Mercado, 2021: 25). Con esto podemos considerar que, durante los momentos de emergencia y crisis, más allá del valor explicativo de ciertas teorías y perspectivas sobre el conocimiento es necesario considerar el tipo de constitución de sujetos sociales y cómo estos actúan como parte de la dinámica de estructuras, reproduciéndolas y reformándolas. Nuevamente, lo interesante del caso de los centros de pensamiento es que el modelo institucional asume esta lógica de forma explícita.

Es en este sentido que la indagación sobre la actuación de los *think tanks* en contextos de crisis, emergencias y transformaciones internacionales es relevante por su accionar en lo que podemos llamar una doble hélice. Por un lado, este conjunto de instituciones ha demostrado históricamente un agenciamiento explícito sobre las condiciones de crisis asumiéndolas como oportunidades (término prestado del universo empresarial). En muchos casos, como Heritage Foundation, la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL) o Fundación Mediterránea, ha sido de la mano de periodos de crisis que las organizaciones experimentaron períodos de crecimiento, consolidación o estrechamiento de lazos perdurables con el Estado o poderes fácticos. Es decir que existen elementos concretos en su intervención que los constituye como actores particularmente proclives a expandirse frente a las emergencias. En segunda medida, sucede que la metáfora bélica del tanque de guerra (por su acepción inglesa *think tank*) posibilita, a su vez, estudiar a estas instituciones y sus prácticas como *dispositivos* de saber/poder. Podemos pensar los dispositivos como una *tecnología* que se construye para responder a un acontecimiento determinado. Frente a la emergencia de escenarios adversos, críticos, un territorio ríspido y complejo, los tanques permiten abrirse paso tanto en el plano militar como en el epistémico. No obstante, no estaríamos hablando de una máquina material. Más bien, retomando la noción foucaultiana, con dispositivo nos referimos a una red heterogénea de relaciones de saber/poder tanto discursivas como no discursivas (Foucault, 1984). Se trata de un entramado de relaciones complejas, pero no abstractas, sino relaciones históricamente situadas. Como indica García Fanlo, la emergencia de un dispositivo siempre responde a un acontecimiento que es el que lo hace aparecer, de modo que para hacer inteligible un dispositivo “resulta necesario establecer sus condiciones de aparición en tanto acon-

tecimiento que modifica un campo previo de relaciones de poder” (Fanlo, 2011: 2). Al respecto, vemos que la aparición del concepto de *think tank* tiene un origen en la jerga militar de la Segunda Guerra Mundial, donde primeramente aludía a una habitación segura en la que podían discutirse planes y estrategias de defensa y ataque, pero ya para la década del 50 se utilizaba para describir a organizaciones de investigación por contrato que surgieron del entorno militar tras el fin del combate (Rabadan y Onofrio, 2005). Con el paso del tiempo fue mutando hasta llegar a la actualidad en la que designa a un conjunto sumamente diverso y heterogéneo de instituciones a veces difíciles de encasillar. Diversidad en su composición, en su financiamiento, objetivos, vínculos con otras entidades y alcance. De manera general como señalamos, asumen su tarea mediante la realización, fomento o financiación de investigaciones con pretensión de cientificidad para luego desplegar estrategias comunicativas que permitan incidir en decisiones políticas y estatales. Ni el origen de estas entidades, ni su nombre, ni las tareas que desempeñan son casuales. De hecho, la metáfora bélica del tanque de guerra como espacio de construcción de ideas y discursos permite visualizar la advertencia foucaultiana de que tanto las ideas como los discursos son producto de una relación de violencia. Es decir, si observamos la cadena de montaje sobre la que se producen los saberes y el conocimiento podemos comprender no solo los resultados finales sino también todo lo desechado, rechazado, prohibido y desmembrado. Michel Foucault indica en esta línea, que entre el conocimiento y las cosas que este tiene para conocer “no puede haber ninguna relación de continuidad natural”, sino tan solo “una relación de violencia, dominación, poder y fuerza” (Foucault, 1996: 17). Existen, por lo tanto, fuerzas en pugna en torno a los saberes. Fuerzas históricas, modificables e institucionalmente coactivas. Si bien el filósofo francés está pensando en términos epistemológicos sobre el saber, podemos trasladar esta noción para resaltar que los *think tanks* asumen de manera profesional y explícita esta pugna en la producción de conocimiento.

En las dos agendas a las que nos referíamos anteriormente puede observarse cómo esa profesionalización implica redireccionar el volante de acuerdo con los cambios de coyuntura. Instituciones, formas de comunicarse e incidencia en la política delimitan los ejes de acción en los que aparentemente se concentrarán a nivel interno las usinas de pensamiento durante

los próximos años para reformularse y mantenerse vigentes. Claro está que se trata de dos agendas en las que la mayoría –si no todas– las instituciones públicas o privadas encuentran desafíos bajo el actual panorama global. En lo que sigue veremos cómo estas tensiones son pensadas y proyectadas por algunos *think tanks* que actúan en territorio argentino. A tales fines, tomamos como base empírica un *corpus* compuesto por diferentes publicaciones, intervenciones y entrevistas realizadas por referentes de centros de pensamiento radicados en Argentina en las que reflexionan sobre el rol, los desafíos y las prácticas de sus instituciones frente a la pandemia.

Construcción de narrativas

Observar la dinámica de lo comunicacional en los *think tanks* implica una operación mayor que explicitar sus prácticas de comunicación interna y externa a nivel institucional. Como toda organización, se trata de espacios que se construyen y constituyen discursivamente en vinculación con sus prácticas de acción política (en sentido amplio) y una voluntad de ejercicio de poder. En este sentido, proponemos comprender la comunicación no de forma instrumental ni aislada, sino en íntima relación con los objetivos políticos, institucionales y la identidad misma de las organizaciones. Washington Uranga señala que para comprenderla cabalmente debe ser entendida como la compleja trama de estrategias, medios y productos que es “uno de los escenarios donde se dirime la lucha política y dentro del cual todos los actores buscan desarrollar acciones que aporten a sus propósitos posicionándose como protagonistas de la lucha por el poder” (Uranga, 2014). Se trata, entonces, de subrayar la dimensión de la comunicación como espacio de disputa por los sentidos y la producción de significados. En el tipo de organizaciones que nos interesan, esto será elemental para ver la radiografía de su juego con el saber-poder y la construcción de discursos con pretensión de cientificidad para lograr incidir en el campo de la política y la opinión pública. En suma, la comunicación se compone de todas aquellas prácticas discursivas que ejercen las instituciones y que aparece tanto como un escenario de acción, como estrategias y como una planificación orientada a medios y a productos determinados (Uranga, 2014).

La apertura del periodo pandémico impuso nuevas reglas a este campo, sobre todo con las sucesivas versiones de confinamientos y límites a la circulación. El virus, los cuerpos y lo material parecieron fronteras para la comunicación que debían traspasarse de forma mediada y tecnológica. Desde la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL)¹ destacan que la innovación técnica debió realizarse rápidamente y que esto, sumado al contexto de crisis, los posicionó en un lugar privilegiado que muchas empresas —que definen como *so-cias*— exigían una cercanía con las ideas y análisis que producían desde la organización.

Inmediatamente pasamos a adaptarnos a la comunicación. Uno tiene que adaptar su agenda de investigación a las condiciones que le tocan. (...) Hubo una demanda muy importante por parte de las empresas que son socias de FIEL con la inquietud y la misma ansiedad que había a nivel de todo el mundo. Tuvimos que adaptar nuestras reuniones y había una convocatoria importante de empresas. (...) Nos pedían que estemos más cerca, no sé si para hacerles psicoanálisis o qué, pero algo de eso pasaba. La ventaja de la pandemia fue contar con especialistas internacionales participando de estas conferencias (Luis Bour en CARI, 2021).

Aquí se revela uno de los aspectos más característicos de las lógicas de los *think tanks* específicamente liberales y es la de una íntima relación con los sectores empresariales y el poder económico. Se trata de uno de los ejes fundacionales: vincular la producción de conocimiento con el capital y la incidencia política. Es decir que se despliega todo un repertorio discursivo que funciona como un engranaje que opera sobre lo simbólico y también sobre lo material de manera coordinada. Lazzarato señala que los agenciamientos de enunciación pueden asumir la misma lógica que otros aparatos de poder: “Los regímenes de signos, las máquinas de expresión, los agenciamientos colectivos de enunciación (el derecho, los saberes, los lenguajes, la opinión pública, etcétera) actúan como ruedas de los agenciamientos, del mismo modo

¹ FIEL fue fundada en 1964 y actualmente es una de las organizaciones liberales con mayor incidencia y proyección internacional. Si bien mantienen un perfil orientado a la producción académica, desarrollan actividades y vínculos estrechos con empresas patrocinantes que demandan servicios de consultoría. En su creación formaron parte la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, la Cámara Argentina de Comercio, la Sociedad Rural Argentina y la Unión Industrial Argentina.

que los agenciamientos maquínicos (fábricas, prisiones, escuelas)” (Lazzarato, 2006: 83). De hecho, la conformación de redes empresariales y el trabajo conjunto funcionan muchas veces, a nivel de lo comunicativo, como un espacio y estrategia de legitimación de estas organizaciones. A diferencia de otros espacios dedicados al conocimiento y la investigación como pueden ser las universidades y los organismos públicos de investigación, los *think tanks* construyen y determinan sus propios estándares de certificación de los saberes que parecen más ligados a conceptos financieros como el *éxito*, la *eficacia* y la *convergencia* del capital que a cuestiones del orden científico, epistemológico y académico.

Por ejemplo, una de las principales banderas de publicidad de Fundación Libertad² se construye a partir de la larga lista de asociados que apoyan explícitamente su proyecto. Entre ellos podemos encontrar empresas de primera línea en diversas áreas estratégicas como la salud, las finanzas, alimentos, vivienda y desarrollo que, según la entidad, suman más de 400 actores del sector privado. Algunas son: Allianz Argentina, Banco Hipotecario, Banco Macro, BBVA Banco Francés, Berkley Internacional Seg. SA, Federación Industrial de Santa Fe, Grupo Gamma, Inalpa SA, Secco y Osde. Lo mismo sucede en FIEL que exhibe con logos e imágenes en su página web a todos sus patrocinadores definidos como “empresas y cámaras empresarias que reciben los servicios de la Fundación, participan de sus actividades, y colaboran asesorando al directorio en el establecimiento y definición de los planes de investigación y difusión” (FIEL, 2012).

Por parte de la Fundación Libertad, su presidente Gerardo Bongiovanni señaló que el contexto de emergencia les obligó a repensar cómo mantener la presencia, las empresas socias y poder dar testimonio de lo que vivía la sociedad:

En marzo comenzó esa cuarentena tan larga y desde luego nos preocupaba mantenernos vigentes de cara a nuestro público y sponsors, pero también dar testimonio no sólo sobre la crisis de la pandemia sino las repercusiones que la pandemia y la cuarentena podían tener

² La Fundación Libertad fue creada en la ciudad de Rosario en 1988 por un grupo de empresarios y profesionales. A su vez, son impulsores de Refundar (Red de Fundaciones Argentinas), la Red Federal de Políticas Públicas y forman parte de la Fundación Internacional para la Libertad.

sobre la economía y sobre las libertades. Decidimos abocarnos a estar presentes y vigentes en este tema. Sorprendentemente no tuvimos pérdida de sponsor ya que tenemos un formato de trabajo con muchos de ellos (Bongiovanni en CARI, 2021).

Como decíamos anteriormente, la comunicación de las instituciones implica considerar necesariamente su intervención y acción política; sus modos de vincularse con el entorno y otros actores; en suma, recorrer el tejido de las prácticas y comprender cuáles son las decisiones e implicancias que las sostienen. Al cotejar las publicaciones difundidas en medios de comunicación, redes sociales, conferencias y debates puede constatarse cómo las usinas de pensamiento construyen narrativas que buscan sostenerse en argumentos empíricos para concluir con argumentos políticos. Se trata de un constructo de enunciaciones que navegan entre las fronteras difusas del discurso científico y el discurso político; o del conocimiento y los posicionamientos. Enunciaciones que a su vez irradian en una cadena de actores mediáticos, políticos y empresariales que nos obligan a considerar cómo se traza específicamente esa frontera. Es decir, cuáles son los límites y porosidades posibles entre lo ideológico frente al conocimiento científico y técnico que reclama este conjunto de instituciones. En *La Semiosis Social*, Eliseo Verón (1993) advertía que afirmar una diferencia absoluta entre estas dos nociones resultaba siempre “más fácil” que comprender sus relaciones necesarias. Negando una grieta infranqueable, Verón considera que “lo ideológico es una dimensión constitutiva de todo sistema social de producción de sentido” (1993: 16) y acierta al señalar que la ciencia y la ideología no son comparables en tanto no se sitúan en el mismo nivel de funcionamiento. Mientras que la ciencia es un tipo de discurso, lo ideológico responde a las “huellas” de una formación social. La pregunta válida, siguiendo a Verón, sería entonces plantearse en qué consiste aquella científicidad del discurso científico, cuáles son sus propiedades discursivas y cuáles son las huellas ideológicas que la marcan. Parecería que, en la producción de sus discursos, los centros de pensamiento pretenden más bien borrar esas huellas ideológicas reclamando una científicidad en sus postulados que gracias a ciertas operaciones técnicas provenientes del campo de las ciencias económicas y la matemática universaliza el saber.

En este sentido, si observamos el contexto de las luchas de poder asumidas por los actores

que representan los *think tanks* podemos considerar que en el contexto de la pandemia funcionaron más como pequeñas industrias de la retórica política coyuntural que como centros de investigación. Probablemente el caso más evidente sea el de Fundación Libertad que, desde la asunción de Alberto Fernández a la presidencia, utiliza sus canales de comunicación oficiales para publicar cifras, artículos de opinión, rankings y gráficos ilustrativos sobre tópicos centrales de la agenda mediática y política en contrapunto directo con medidas adoptadas por el oficialismo. La Ley de Alquileres, el acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, el precio de los impuestos entre otros temas de coyuntura fueron objeto de posicionamiento y difusión por parte de la institución. Por la inmediatez, el nivel de análisis, el lenguaje utilizado y la forma de difusión se trata de una lógica diferente a la de la construcción de conocimiento científico estándar. En una investigación sobre economistas e institutos de *expertise*, Mariana Heredia indica que en estos casos el modo de elaborar las preguntas de investigación y cómo buscar responderlas, los plazos acordados para la elaboración de resultados, los géneros discursivos utilizados, la publicidad de los hallazgos, las formas de validación de las hipótesis, el sentido de las conclusiones “presentan desafíos específicos que no se ajustan a las lógicas convencionales de producción del conocimiento científico sino a nuevas formas de fabricación de datos y proposiciones susceptibles de traducirse inmediatamente en decisiones prácticas” (Heredia, 2011: 323).

Por otra parte, esto inaugura una nueva pregunta sobre el rol que asumen los *think tanks* en este contexto. Si bien históricamente —como señalamos— la finalidad de estas instituciones es la incidencia política, existen indicadores observables en su intervención pública que permiten pensar que existe un viraje hacia las lógicas mediáticas y la sociedad civil. Claro está que en el proceso de incidencia política es fundamental construir narrativas y consenso, no obstante, la evidencia apunta a que, frente a la pandemia y a la actual etapa del neoliberalismo, sus discursos y prácticas buscan de forma más pronunciada influir en la opinión pública que lograr una incidencia tradicional sobre políticas públicas concretas.

Dimensiones de la incidencia

Lo anterior no significa que estas instituciones hayan renunciado a su objetivo central, sino

más bien un cambio de estrategia en el plano de la comunicación para aggiornar sus dispositivos de incidencia. Definimos esto último como una “combinación de acciones sociales diseñadas para conseguir compromiso político, apoyo a determinadas políticas, aceptación social y apoyo sistémico en favor de un determinado objetivo o programa” (Servaes, 2011: 2). Se trata de todo el proceso que implica recopilar y estructurar diferente información de forma persuasiva, comunicar y difundir a los poderes de decisión y a otros potenciales partidarios, influir sobre el público y la sociedad civil en general a través de diversos canales interpersonales y mediáticos, así como estimular la acción de instituciones sociales, políticos e interesados en general en apoyo del objetivo o el programa (Servaes, 2011: 3). En el caso de las usinas de pensamiento, la construcción de narrativas científicas y técnicas desempeña un papel preponderante a lo largo de este proceso y a la vez marca una frontera con el mundo de la academia y la ciencia propiamente dicha. Es aquí donde los expertos movilizan ese capital simbólico para legitimar sus discursos y recomendaciones de políticas de tinte neoliberal fuera del ámbito académico o científico. Como indican Morresi y Vommaro, el conocimiento experto está elaborado para ser aplicado y busca por sobre todas las cosas legitimar y moralizar un curso de acción, le da sustento a una mirada que se torna así paradigmática sobre todas las otras opciones de acción disponibles (Morresi y Vommaro, 2011: 24).

Analizando el rol del Estado sobre el contexto pandémico, Luis Bour, director de FIEL, resalta que “el punto central” es salir de las miradas de corto plazo y avanzar en reformas estructurales como las que plantea su organización vinculadas a la reducción del gasto público, la eliminación de subsidios, la apertura y competitividad de los mercados.

Si pensás en materia de salud tenés que pensar que esta es una pandemia que te va a requerir durante mucho tiempo una estrategia anual intensiva y en la parte económica, si estás pensando en cosas como la deuda, en realidad no estás pensando las cosas básicas de estabilizar la economía que tiene este problema desde hace 70 años. (...) En FIEL se hacen, desde hace 40 años, trabajos sobre la ineficiencia del gasto público y las reformas que son necesarias hacer y muy de vez en cuando te escuchan y se tienen en cuenta estas recomendaciones y se cae en el corto plazo. Hay que levantar la vista, pedirles a los políticos y a los argentinos que miren un poco más alto (Luis Bour, en CARI, 2021).

Es elemental tomar en consideración que, desde su concepción, este conjunto de entidades asume como tarea institucional la propagación y defensa de diferentes nociones claves de la doctrina neoliberal, y que en dicha tarea –luego de explicitado este objetivo– el saber científico y el conocimiento experto funcionan como un amparo académico y simbólico; y hasta muchas veces como una confirmación necesaria de aquellos axiomas o postulados ya asumidos como válidos. Existe, además, un fuerte apego al programa y consensos del sector financiero internacional y a los lineamientos de los grandes centros de poder. Como indica Heredia (2011), la particularidad de estas instituciones es que reivindican cierta capacidad para acceder a lo “real”, a partir de un “lenguaje de verdad” –la ciencia o el derecho–, del reconocimiento público de un saber –por el Estado o por la comunidad de especialistas– y de un conjunto de herramientas técnicas de medida, como pueden ser las estadísticas (Heredia, 2011: 299).

En términos históricos, puede observarse que la incidencia política de los *think tanks* liberales en la sociedad argentina se vehiculizó de tres formas diferentes. Se trata de tres estrategias sincrónicas que, dependiendo de la coyuntura y otros factores externos, se han ido priorizando. En primer lugar, ya nombramos la formación de opinión pública como uno de los factores de incidencia por el cual se pretende construir un consenso y clima social a favor de cierto programa de gobierno, política pública u horizonte. Supone la movilización de recursos simbólicos en medios de comunicación, redes sociales y eventos públicos con un discurso que se mueve entre lo político y lo científico pero que busca salirse del terreno más exclusivo de los informes o análisis especializados para tener una difusión masiva. Fundación Libertad es un ejemplo elocuente en la medida que, durante la pandemia, fortaleció su intervención en canales digitales como Instagram con un perfil más “amigable” y mediático asumiendo las lógicas de la interacción virtual características de esta plataforma como la realización de vivos, las historias, emoticones, encuestas y uso de un lenguaje sencillo no académico. Más allá de lo habitual y cotidianas que nos parezcan estas formas de comunicarse, en el caso de una institución abocada a la investigación e incidencia, se trata de decisiones políticas orientadas a la influencia de diversos públicos concretos y un viraje en la estrategia político-comunicacional. Agenciar sobre la opinión pública implica, a su vez, un proceso en el que actúan múltiples grupos desde medios de comunicación y sus audiencias, los partidos

políticos, el sector privado y otras organizaciones, creando un espacio de interacción (que puede ser virtual o físico), para tematizar un aspecto de interés compartido y frente al cual un público debe asumir o expresar una posición determinada.

En segundo lugar, otro de los mecanismos de incidencia es el de las trayectorias individuales. En este caso nos referimos a la penetración de actores concretos dentro del mundo de la administración estatal. Se trata de observar cómo ciertos expertos (generalmente provenientes del ámbito académico de las ciencias económicas) lograron impulsar desde el gobierno la implementación de sus ideas. En la historia de la imposición del neoliberalismo como modo de gobernanza global existen sobrados ejemplos e investigaciones exhaustivas que revelan el vínculo entre expertos y técnicos en economía, su inclusión en la burocracia estatal y la posterior ejecución de políticas ortodoxas. Morresi y Aronskind (2011) consideran que las ideas neoliberales tienen bases teóricas que las hacen especialmente compatibles con las reformas comandadas por expertos en economía³ y que la labor de estos actores ha sido la de difundir y enmarcar esas ideas, de modo tal de naturalizar sus decisiones para que parezcan como incuestionables (Morresi y Aronskind, 2011: 377). Es decir, los expertos logran vincular su acervo simbólico y las redes profesionales para vincularse con sectores de poder, lo que les posibilita movilizar recursos materiales que hacen aparecer a sus decisiones como naturales, independientes de intereses puntuales e inobjetables (Martin, 1996). Tanto la Fundación Mediterránea como la Universidad del Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (Ucema) han representado casos paradigmáticos de la llegada al gobierno por parte de expertos de primera línea de sus instituciones. Si bien en los últimos años, y durante un gobierno como el de Alberto Fernández, no podemos hablar de una inclusión de los *think tanks* en el Estado argentino, sí es una realidad que estos actores mantienen canales directos de diálogo. Referido a la gestión de la pandemia desde FIEL aseguraron ser recibidos por el Gobierno

³ Los autores realizaron una investigación sobre las trayectorias individuales de los principales encargados de las negociaciones financieras internacionales a cargo de la Secretaría de Financiamiento del Ministerio de Economía y los presidentes del Banco Central de la República Argentina. El objetivo de su trabajo es el de entender de qué modo llevaron adelante algunas de las demandas de “despolitización” de la teoría neoliberal mediante el estudio de sus trayectorias formativas, políticas y profesionales.

nacional en una mesa de diálogo, aunque su evaluación señala que es insuficiente para lograr una incidencia política determinada:

Hubo reuniones, pero son reuniones que no trascienden porque te piden que no trasciendan y esas son las reuniones más productivas. Las reuniones son al máximo nivel (en relación al cargo jerárquico). Lo relevante es que no trasciendan. La pregunta es con lo que se quedan los gobernantes en esas reuniones, si es revulsivo para repensar estrategias o por ahora *no quiero saber nada* (Luis Bour en CARI, 2021).

Finalmente, una tercera vía de incidencia refiere a la conformación de redes con otros actores del plano local o internacional tanto del sector político, como mediático, académico o con otros *think tanks*. Actualmente, a nivel regional, la mayor red se encuentra bajo el auspicio de la fundación estadounidense Atlas⁴ que asegura funcionar como una red de 500 *think tanks* en 100 países con el objetivo de “fortalecer el movimiento mundial por la libertad (“freedom”, en el original) al expandir y energizar la red global de líderes y personal de *think tanks* para inspirar y redefinir continuamente la excelencia en el avance de la causa de la libertad (“liberty” en el original)” (Atlas Network, s.f.). La institución cuenta con recursos económicos provenientes –en su enorme mayoría– de aportes voluntarios. En su balance financiero para el año 2020 Atlas declaró 15 millones de dólares en concepto de ingresos anuales por donaciones. En el mismo informe señalan que 11 millones se destinaron para el desarrollo de los programas institucionales. A diferencia del acaudalado presupuesto, la red cuenta con una planta de empleados reducida que apenas llega a 30 personas. En el plano latinoamericano, Atlas actúa en vinculación con entidades como la Fundación Libertad, la Red Liberal para América Latina (Relial)⁵ y la Fundación Internacional para la Li-

⁴ Fue fundada en 1981 por Anthony Fisher, un joven británico que –de acuerdo con la historia oficial consignada en el sitio web de la fundación– quedó “consternado” al ver que tras el fin de la Segunda Guerra el pueblo británico eligió un gobierno del Partido Laborista que “puso al país en un curso socialista”.

⁵ Relial fue fundada en 2004 con la ayuda de la Fundación Friedrich Naumann para la Libertad, una organización alemana. Con sede en la ciudad de México, nuclea a 45 instituciones liberales de 16 países latinoamericanos.

bertad⁶, presidida por el escritor Mario Vargas Llosa. Esta última tomó reciente notoriedad por un manifiesto que expresaba preocupación por los avances “frente a la libertad” de algunos gobiernos de centro y centro-izquierda durante la gestión de la pandemia:

A ambos lados del Atlántico resurgen el estatismo, el intervencionismo y el populismo con un ímpetu que hace pensar en un cambio de modelo alejado de la democracia liberal y la economía de mercado (FIL, 2020).

En relación a la evaluación sobre la gestión de esta emergencia sanitaria por parte de los diferentes países de Latinoamérica es interesante analizar el caso de Relial. Esta organización publica todos los años un “índice de calidad institucional” en el que pondera a los diferentes Estados del mundo con el objetivo de “medir” el desempeño de sus instituciones políticas y de mercado a partir de ocho indicadores diferentes. El índice es básicamente un puntaje que mientras mayor sea, mayor es la calidad institucional lo que redundaría, según Relial, “en mayor seguridad para el resguardo de los derechos de sus habitantes” (Relial, s/f). Este se construye a partir de dos subíndices: uno para instituciones de mercado y otro para instituciones políticas. Los indicadores que componen cada uno de estos grupos fueron tomados de diferentes entidades y actores de poder transnacional que analizan estos fenómenos desde una orientación ideológica muy específica (y desde una lógica diferente a la de la investigación académica) como el Banco Mundial, Foro Económico Mundial y Heritage Foundation. En concreto, el subíndice de instituciones políticas se mide en función de los siguientes indicadores: a) Respeto al Derecho del Banco Mundial; b) Governance Matters; Voz y Rendición de Cuentas, del Banco Mundial; c) Índice de Libertad de Prensa de Reporters sans Frontières; y d) Percepción de la Corrupción, Transparencia Internacional. Mientras que para las instituciones de mercado son: a) Competitividad Global, del Foro Económico Mundial; b) Libertad Económica de Heritage Foundation; c) Libertad Económica de Fraser Institute; d) “Haciendo Negocios” del Banco Mundial.

⁶ FIL fue creada en octubre de 2002. Su constitución ha sido una iniciativa de un grupo de intelectuales y referentes de *think tanks* de ambos lados de Estados Unidos, Iberoamérica y Europa.

En la propia sección metodológica de la publicación, Relial señala que la cantidad de indicadores es arbitraria y que se fundamentan en que seleccionaron “aquellos que entendíamos mejor reflejaban las instituciones que mejor permitían a los individuos reflejar sus preferencias y alcanzar los fines que quieran tener” (Relial, s.f.: 48). A su vez, en el mismo documento, la presidenta de la organización, Bertha Pantoja, analiza que existe una relación recíproca entre el índice construido y cómo estos respondieron frente a la pandemia:

Los países de Latinoamérica, en particular, resultaron tener algunas de las respuestas más arbitrarias a la situación sanitaria, desde decretar una cuarentena forzada que paralizó a sus economías, hasta el manejo de la vacunación, estas acciones dejaron en evidencia que los países con mejores instituciones manejaron la crisis de mejor manera. Chile y Uruguay, quienes aparecen en este índice en las posiciones 25 y 38, y quienes son los mejor calificados de Latinoamérica, fueron también los dos países que destacaron por el mejor manejo de la pandemia (Relial, s.f.: 5).

En ambos casos se trata de dos países que, a la fecha de la publicación del estudio, mantenían regímenes de gobierno de un tinte marcadamente liberal comandado por los gobiernos de Sebastián Piñera y Luis Lacalle Pou, quienes a su vez mantienen estrechos vínculos con estas redes internacionales que se ha cristalizado en intervenciones públicas, encuentros compartidos y publicaciones. De esta manera puede observarse, a modo de hoja de ruta, la dinámica con la que actúan y construyen sus narrativas los *think tanks*; cómo se condensa en un mismo producto la forma de comprender el mundo según las entidades transnacionales, la construcción de un discurso científico, la doctrina neoliberal y el establecimiento de un ranking de países según la “calidad” de sus instituciones.

Estas redes funcionan en definitiva como plataformas intermedias de incidencia que actúan sobre el plano regional. Tanto en sus publicaciones como en sus intervenciones mediáticas el eje central se encuentra en la oposición al “populismo” frente a la libertad, entendida según los lineamientos clásicos de la teoría neoliberal. En definitiva, la incidencia en políticas públicas consiste tanto en actividades confrontativas como cooperativas que implican interactuar con gobiernos, otras instituciones públicas y del sector privado. Como toda organi-

zación de la sociedad civil, los *think tanks* y sus redes “no tienen autoridad para tomar decisiones de política pública (...) sin embargo, puede proveer información, ejercer presión y buscar persuadir al público y a los tomadores de decisiones para influir activamente en la orientación, representación y efectividad de las políticas públicas” (Tapia Álvarez *et al.*, 2010: 13).

Asimismo, otro de los recursos que condiciona la dinámica de la incidencia es el plano institucional. Es que, junto con las transformaciones señaladas, este aspecto de las usinas de pensamiento modificó su orden del día en lo que definen como un cambio de estrategia producto del impulso a la virtualidad y las nuevas lógicas de vinculación durante la pandemia: “esto obliga a replantear muchas cosas de recursos humanos y espacio físico... Menos edificios, más tecnología” (Bongiovanni, 2021).

Implica, en definitiva, que las lógicas tanto comunicativas como referidas a la incidencia política están a las puertas de una modernización tecnológica que las usinas pueden asumir tomando los modelos empresariales y del mercado. Es decir, planteándolo en términos de eficiencia, éxito, recursos humanos, competencia y productividad. En este sentido, cuando antes señalamos que autores como Medvetz (2008) los ubican entre los campos político, mediático, económico y científico de forma equidistante, no es solo para resaltar la dificultad de encajarlos en una definición definitiva, sino también para subrayar la capacidad de los tanques de pensamiento de recorrer esos campos de manera simultánea, asumiendo sus lógicas particulares y utilizando refinados estandartes de batalla de acuerdo con cada contexto de disputa específico.

Conclusión

El saldo de la pandemia aún está pendiente. La distancia temporal, el refinamiento de los análisis y una adecuada visión de paralaje podrán darnos con elocuencia un mapa sobre el que pararnos para comprender cuáles fueron en profundidad los cambios en la gobernanza neoliberal global y sus nuevos productos. En lo inmediato, con este artículo buscamos sacar una foto que permita inteligir cómo un conjunto de organizaciones piensa y actúa en un contexto determinado. Como señalamos, la estrecha relación de parentesco ideológico e institucional entre los *think tanks*, su particular predisposición a incidir y expandirse en momentos de crisis, la centralidad

del saber financiero en la economía y los imaginarios y su proyección actual sobre la región latinoamericana hacen que su indagación sea elemental para anticiparnos y conocer la dinámica productiva de la estrategia neoliberal. Nos referimos justamente a develar la lenta construcción de las redes de poder y de saber que logran, con “éxito”, la conformación de sujetos, instituciones, relaciones sociales, políticas públicas y reglas de funcionamiento económico vinculados a los objetivos de esta doctrina. Esta idea de la *estrategia* no implica pensar en un complot o un proyecto elaborado puesto al servicio de objetivos explícitos. Retomamos, junto con Laval y Dardot (2010), el concepto foucaultiano de “*estrategia sin sujeto*” para entender que existen ciertas prácticas que ponen en funcionamiento técnicas de poder y con la multiplicación y generalización de las técnicas se imprime una dirección global “sin que nadie sea el instigador de este avance hacia un fin estratégico” (Laval y Dardot, 2010: 193). En nuestro caso, esto nos permite ubicar, histórica e institucionalmente, a los *think tanks* dentro del marco más amplio de la lucha ideológica y las técnicas de poder desplegadas por el neoliberalismo a lo largo de su desarrollo para lograr imponerse y mantenerse vigente.

Como vimos, tanto al analizar el espacio de la comunicación como las dinámicas de la incidencia es imprescindible considerar las disputas de poder dentro de las que se encuentran inscritas dichas prácticas. De forma general, son dos los aspectos que nos gustaría resaltar en la actualidad que ponen en tensión la acción de estas instituciones. En primer lugar, la cuestión sobre las fronteras entre el discurso científico y el discurso político y cómo se logra sintetizar en los *think tanks* conformando un novedoso dispositivo de poder. Como indicamos, los modos de plantear el diseño de las investigaciones, las metodologías seleccionadas, los plazos para la elaboración de resultados, las formas de validación de las hipótesis y la forma y sentido de las conclusiones se diferencia radicalmente del caso de otras entidades dedicadas a la producción de conocimiento científico, ideas e investigaciones como las universidades, centros de estudios y organismos públicos. En segundo lugar, estos discursos logran una incidencia concreta y coordinada sobre tres dimensiones ya descritas referidas a la opinión pública, las trayectorias individuales y la conformación de redes internacionales; tres grandes vehículos prioritarios en la construcción de poder que la historia de los países latinoamericanos conoce de primera mano en relación a la penetración del neoliberalismo.

De manera análoga, si partimos del supuesto de que la producción de ideas, conocimiento, investigaciones técnicas y empíricas es un recurso valioso para identificar y resolver problemas de política pública, tomar como objeto de estudio los dispositivos de producción de conocimiento científico de los *think tanks* liberales significa acercarnos a comprender cómo inciden en el campo de la política estas instituciones, mediante qué recursos y estrategias vinculan lo científico con lo político, de qué modos penetran en el ámbito público, qué lugar ocupan en las disputas de poder frente al Estado y la sociedad y cómo el neoliberalismo se produce y reproduce.

Bibliografía

- Acuña, C. (2009). *Análisis comparativo de cuatro estudios de caso sobre institutos de investigación de políticas (o think tanks) en México, Brasil, Ecuador y Uruguay*. Buenos Aires: CIP-PEC.
- Atlas Network (s.f.). *Our Story*. [En línea] <https://www.atlasnetwork.org/about/our-story> [Consulta: 10/04/2021].
- Bongiovanni, G. (2021). En “La pandemia y el rol de los think tanks argentinos”, CARI Consejo, video. [En línea] <https://www.youtube.com/watch?v=R0p61qRTzIU> [Consulta: febrero del 2022].
- CARI (2021). “La pandemia y el rol de los think tanks argentinos”. Video. [En línea] <https://www.youtube.com/watch?v=R0p61qRTzIU> [Consulta: febrero del 2022].
- Cristofolletti, E. C. (2021). *Disputando Hegemonía No Ensino Superior E Na Universidade: A Atuação Das Think Tanks Liberais*. Tesis doctoral. Universidade Estadual De Campinas.
- FIEL (2012). *Patrocinantes* [En línea] <http://www.fiel.org/sponsors#:~:text=Los%20patrocinantes%20de%20FIEL%20son,planes%20de%20investigaci%C3%B3n%20y%20di%20fusi%C3%B3n> [Consulta: 07/03/2022].
- FIL (2020). *Manifiesto FIL*. [En línea] <https://libertad.org.ar/web/wp-content/uploads/2020/04/FIL-Manifiesto-Mario-Vargas-Llosa.pdf> [Consulta: 07/03/2022].

- Fischer, Karin y Plehwe, Dieter (2013). “Redes de think tanks e intelectuales de derecha en América Latina”. *Nueva Sociedad*, 245, mayo-junio 2013, ISSN: 0251-3552. [En línea] <https://nuso.org/articulo/redes-de-think-tanks-e-intelectuales-de-derecha-en-america-latina/>
- Foucault, M. (1984). *El juego de Michel Foucault. Saber y Verdad*. Madrid: Ed. de la Piqueta.
- Foucault, M. (1996). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Fundación Libertad (2019). “Quienes somos”. [En línea] <https://libertad.org.ar/web/quienes-somos/> [Consulta: abril de 2021].
- García Fanlo, L. (2011). “Qué es un dispositivo: Foucault, Deleuze Agamben”. *A Parte Rei*, N° 74.
- Harvey, David (2010). *Breve historia del Neoliberalismo*. Buenos Aires: Ediciones Akal SA.
- Heredia, M. (2011). “Los centros privados de expertise en economía”. En S. Morresi y G. Vommaro (comps.), *Saber lo que se hace. Expertos y política en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo libros.
- Lazzarato, Maurizio (2006). *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Laval, C. y Dardot, P. (2010). *La Nueva Razón de Mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Martin, B. (1996). *Experts and Establishments. Confronting the experts*. Sunny Press.
- Mato, D. (2007). *Think tanks, fundaciones y profesionales en la promoción de ideas (neo)liberales en América Latina*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Medvetz, T. (2008). “Think Tanks, un campo emergente”. *Social Science Council*.
- Morresi, S. y Aronskind, R. (2011). “Los expertos en economía y las reformas neoliberales”. En S. Morresi y G. Vommaro (comps.), *Saber lo que se hace. Expertos y política en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Morresi, S. y Vommaro G. (comps.) (2011). *Saber lo que se hace. Expertos y política en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo libros.

- Rabadán, D. y Onofrio, M. (2005). “Poder e ideas. El papel de los Think Tanks en el diseño y ejecución de la política”. *Revista electrónica de estudios internacionales*, N° 10.
- RELIAL (s/f). “¿Cuál es la utilidad de un Índice de Calidad Institucional?”. [En línea] <https://re-lial.org/sitio/indice-de-calidad-institucional#:~:text=El%20%C3%8Dndice%20de%20Calidad,los%20derechos%20de%20sus%20habitantes> [Consulta: 07/03/2022].
- Servaes, J. (2011). “Comunicación e incidencia política para la construcción de la paz”. *IC Revista Científica de Información y Comunicación*, Vol. 8, pp. 51-74.
- Tapia Álvarez *et al.* (2010). *Manual de incidencia en políticas públicas. Alternativas y Capacidades*. Ciudad de México.
- Uranga, W. (2014). “Comunicación para la incidencia política”. Ponencia en ALAIC-PUCP.
- Verón, E. (1993). *La Semiosis Social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Zabaleta Mercado, R. (2021). *Horizontes de Visibilidad. Apuntes Latinoamericanos Marxistas*. Editorial Traficantes de Sueños.

Populismo y racionalidad neoliberal. ¿Hay alternativas al neoliberalismo?

Lucas Ezequiel Bruno
Facultad de Derecho, UNC

Introducción

En este artículo sostendremos una tesis muy precisa. Argumentaremos sobre las posibilidades y límites del *populismo* para contrarrestar la permeabilidad de la racionalidad neoliberal en las esferas de la vida social. Lo haremos principalmente desde el desarrollo de categorías teóricas de la Teoría Política del Discurso, promovida por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe principalmente. No pretendemos describir la racionalidad neoliberal ni rastrear los estudios que se detuvieron en ella. Damos por supuesto que la misma es una forma de gobierno de la conducta de los sujetos, las comunidades y los gobiernos y es ubicua a cualquier sistema político contemporáneo (Laval y Dardot, 2013). En esta instancia global del capitalismo financiarizado donde los sujetos son convertidos en capital de inversión para mejorar su competencia en el mercado (Brown, 2016), ¿hay alternativas a la racionalidad neoliberal? ¿Existen categorías conceptuales que disputen la omnipresencia del neoliberalismo?

La Teoría Política del Discurso adquiere cierta centralidad en el debate de la ciencia política luego de la publicación conjunta de Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, a fines de la década de los 80. La caída del muro de Berlín, así como también la disolución de la URSS, marcaron cierto agotamiento de la era moderna con sus múltiples consecuencias. Durante la Guerra Fría el enfrentamiento y la disputa política de dos sistemas de organización social, el capitalismo —encabezado por los Estados Unidos— y el socialismo —encabezado por la URSS—, se disolvió luego de 1991 en un capitalismo infinito que a lo largo de todos estos años fue mutando

sus formas. En un mundo unipolar, luego de la derrota de los socialismos realmente existentes, las certezas del marxismo y sus derivaciones perdieron gravitación y consistencia. La cultura global, y cierta teoría política también, rechazaron los metarrelatos fundantes de la modernidad: el racionalismo, cualquier tipo de esencialismo, el economicismo, los sistemas totales, entre otros. La *clase*, como fundamento último de la transformación social, no podía dar cuenta de la complejidad del mundo post Guerra Fría. Como una respuesta posible a la pérdida de rumbo de las izquierdas y a cierto esencialismo marxista, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe lanzan *Hegemonía y estrategia socialista*. Más tarde, Laclau se centró en los estudios sobre el populismo recuperando la deconstrucción del marxismo que tuvo ocasión en la obra conjunta con Mouffe. *La razón populista* (2005) es una defensa práctica y una exhaustiva argumentación teórica-analítica sobre una categoría ampliamente bastardeada como lo fue y lo es el *populismo*.

Desarrollaremos algunas categorías teóricas centrales de la Teoría Política del Discurso (TPD) para luego introducirnos en el debate sobre el populismo y sus límites y potencias contra la racionalidad neoliberal.

Revisitando la TPD

Partiremos de las categorías con mayor grado de abstracción para llegar a aquellas más específicas. A partir de lo que se conoce como giro lingüístico, Laclau y Mouffe (2011) colocan la noción de *discurso* como un presupuesto ontológico, es decir el *discurso* es toda materialidad lingüística o extralingüística que constituye la realidad social. El *discurso* se constituye como un sistema siempre abierto de relaciones complejas entre diferencias, las cuales cobran su significado en la misma relación —de similitud y/o oposición— con las otras diferencias. Es decir, que no existe algo así como una esencia, o un principio subyacente o un sujeto trascendente que proporcione el significado último de las diferencias o de la realidad social. El sistema está siempre abierto y esto ubica el pensamiento laclausiano dentro del posestructuralismo. De esta noción posestructuralista del *discurso* se deduce la inscripción de la TPD en el posfundacionalismo, en tanto que la ontología de lo político implica un vacío constitutivo, es decir que no hay un fundamento último del orden social.

Sin embargo, para ser más estrictos, no sería cualquier vacío sino un vacío signado por la proliferación desordenada de las diferencias, es decir por la pura conflictividad, por el *antagonismo*. Pero al ser ese vacío imposible y necesario al mismo tiempo, lo que se requiere de la política no es la acción de “llenar” ese vacío constitutivo como si fuera un recipiente sino, más bien, de trabajar con eso, un “hacer con” más que un colmar, ya que al ser constitutivo es imposible de ser rellenado. La política puede operar sobre ese vacío a través del cierre precario que proporcionan los *discursos*. El *discurso*, en este sentido, vendría a intentar domesticar la inerradicable conflictividad de las diferencias. La noción de *antagonismo* remite a ello, es decir, el conflicto que de tal intensidad no tiene manera de conciliación ni de ser resuelto por mecanismos racionales. Laclau (2010) define al *antagonismo* como el “límite de toda objetividad social” (p. 34), es decir como un tipo particular de relación que muestra la contingencia de la estructura descentrada. La relación antagónica implica la intervención de una exterioridad constitutiva a la totalidad social, es decir de otra totalidad fallida que amenaza y, al mismo tiempo, es condición de posibilidad de la propia existencia.

A diferencia de ciertas teorías modernas en donde había un fundamento sólido que daba coherencia y sentido al orden social, en esta perspectiva ese lugar está vacío y cualquier intento de colmarlo está destinado al fracaso —por ello, las suturas del orden social siempre son precarias y contingentes—. En el marxismo, y en la gran mayoría de los autores posmarxistas, este lugar era ocupado por la economía. El motor y la certeza última del orden social reposaba en el desarrollo económico que, para los más ortodoxos, se convertía en una ley histórica y necesaria. En el pensamiento liberal el fundamento último estaba dado por la ley del mercado y, en algunas versiones más progresistas, por la racionalidad especulativa: la Razón daba consistencia y sentido al orden. La praxis política de las izquierdas también estaba guiada por el esencialismo marxista y en respuesta a estas determinaciones es que Laclau y Mouffe postulan una ontología radical para el pensamiento político. De aquí en adelante muchas categorías marxistas van a ser reformuladas y otras abandonadas. Sin embargo, la TPD recupera del marxismo la indisolubilidad de la *praxis* y la *teoría*, es decir, también pretende ser una guía para la acción política de las izquierdas.

En este marco, una categoría central de la TPD es la de *hegemonía*, la cual es tomada y

resignificada del autor posmarxista Antonio Gramsci (2014). La relación hegemónica es aquella por la cual un contenido particular pasa a ser el significante de una universalidad fallida –es decir, de la plenitud ausente y necesaria–. Es la operación política por excelencia por la cual un particular asume la encarnación de un universal imposible. En la *hegemonía*, según Laclau y Mouffe (2011), están implicadas dos lógicas de actuación en constante tensión: la *lógica de la diferencia* y la *lógica de la equivalencia*. Si por la primera se afirma la particularidad de cada diferencia, es decir su contenido singular, su reivindicación concreta y gremial, la segunda subvierte a la primera posibilitando la equivalencia de todas las diferencias en función de la antagonización con el exterior constitutivo excluido de la comunidad. La equivalencia de las diferencias está posibilitada por una negatividad, por aquello que todas las diferencias no son en relación a lo excluido, es decir por la oposición al sistema o bloque del poder.

Analizaremos un caso empírico que también nos permita reflexionar de manera anticipada sobre la relación entre un populismo realmente existente y la racionalidad neoliberal. Cuando el proceso político kirchnerista receptó la demanda de las organizaciones piqueteras de la década de los 90, operó en el sistema político una operación hegemónica. Los movimientos sociales emergidos al calor del menemismo tomaron la escena pública poniendo en evidencia el hambre, la desocupación y la pobreza producto de las políticas neoliberales. Luego fueron protagonistas en el estallido de fines de 2001 que hizo tambalear la institucionalidad argentina. En el 2003 llegó a la presidencia de la Nación Néstor Carlos Kirchner con una deuda social sin precedentes en la historia del país. El movimiento piquetero representaba una particularidad dentro del sistema político argentino, es decir eran una *parte* del mismo y no la *universalidad*. El discurso kirchnerista al articular la demanda de los piqueteros y al definir como la exterioridad constitutiva al neoliberalismo, logró la universalización de dichas demandas y reclamos al sistema. Es decir, el discurso tomó una demanda particular y concreta –por la redistribución de la riqueza, por empleo digno y por una mayor igualdad– y la convirtió en una universalidad fallida. *Todos eran desocupados/piqueteros* –este *todos* siempre precario, ausente y contingente–. Al ser todos desocupados la comunidad política se suturaba parcialmente y adquiría legitimidad en esta demanda. Al mismo tiempo, la identificación de los desocupados/piqueteros se tornó equivalente con la identificación de los Organismos de

Derechos Humanos, por ejemplo, en virtud de la antagonización con el discurso neoliberal.

Es necesario especificar otra categoría importante en la TPD: las *demandas* o *identificaciones*, términos que en nuestra interpretación son sinónimos. Una *identificación* es una diferencia dentro del sistema de significaciones, es decir del discurso, que se constituye como una negatividad relacional —es lo que *no es* en relación a otras diferencias—. Como ya observamos, estas identificaciones o diferencias van a estar subvertidas en su particularidad por cierto lazo equivalencial a partir del cual se oponen a la exterioridad constitutiva que posibilita el movimiento y la fluctuación de la estructura al mantenerla siempre parcialmente abierta. En la TPD si podemos hablar en algún sentido de *sujeto* es a partir de enfocarnos en los actos de *identificación* y *desidentificación*. Las identificaciones o diferencias se expresan de dos formas muy distintas. Una forma es en tanto reclamos en contra del sistema general de significaciones o del bloque del poder¹. Un ejemplo de estas demandas puede ser las relativas a Memoria, Verdad y Justicia por parte de los Organismos de Derechos Humanos que impugnaban todo el sistema político en cuanto a tal, es decir su propia legitimidad de origen. La otra forma de expresión es integrada en la propia estructuralidad relativa sin poner en cuestión el sistema en su generalidad —es decir, sin ningún tipo de reclamo—, ocupando así, cómodamente, el lugar que les es asignado. Un ejemplo de estas identificaciones podría ser gran parte del sindicalismo durante los gobiernos de Carlos Menem. La mayoría de las estructuras gremiales habían conformado un sindicalismo menemista que no cuestionaba radicalmente al sistema político ni al discurso neoliberal. En el primer caso estamos ante una identificación susceptible de ser articulada de manera populista —o de otra forma—, en el segundo estamos ante una identificación mucho más ligada a la mantención del orden social, con poca o nula potencialidad disruptiva.

Ahora bien, ¿cómo se constituye una *demanda*? Laclau esto lo da por supuesto, pero algunos autores que continuaron su obra intentaron algunas respuestas. Podríamos pensar, en términos rancierianos, que a partir del *daño* que la comunidad le infringe a estas identificaciones surgiría una reacción o demanda anti-sistema, pero es una respuesta que no nos satis-

¹ Aquí estaríamos próximos a la noción de *demandas populares* de Laclau (2013) en *La razón populista*.

face porque presupone un nexo causal entre la posición de una determinada diferencia y una respuesta política ante esa posición que, en definitiva, es contingente. Si invertimos el razonamiento y pensamos en términos de las posiciones y los lugares que ocupan las partes o las diferencias, podremos acercarnos a una respuesta. El orden policial distribuye los lugares de las diferencias y, en función de esos lugares, la capacidad de poner el mundo en palabras que a ciertas identificaciones les es negada (Ranciere, 2012). ¿Cómo se produce en una identificación el salto del lugar asignado por el orden policial al cuestionamiento de dicho lugar o a la elaboración de un reclamo anti-sistema? Lo primero que podemos decir es que debe mediar un proceso dislocatorio, es decir la pérdida de los parámetros de inteligibilidad que sirven como guía de acción de todas las identificaciones —la crisis de diciembre de 2001 en Argentina fue una *dislocación*—. Siguiendo a Sebastián Barros (2013) encontramos tres posibilidades luego de la dislocación: que la identificación sea integrada nuevamente al sistema de diferencias en el mismo lugar que antes del proceso dislocatorio; que un significante arranque a dicha identificación del lugar asignado por el orden policial; o, por último, que dicha identificación logre ciertos lazos equivalenciales con otras identificaciones que ocupaban el mismo lugar y, a partir de allí, cuestionen los lugares y los límites del sistema de diferencias en cuanto a tal.

El funcionamiento del campo de lo heterogéneo es bastante similar a lo descripto en el párrafo anterior. Hay una categoría imprescindible, y poco explorada en la obra de laclausiana, para pensar la relación del populismo con la racionalidad neoliberal: la de *heterogeneidad social*. La pista que nos proporciona Laclau para comprender una heterogeneidad social es que la exterioridad que presupone es de tal radicalidad que se posiciona en los límites del espacio de representación en cuanto tal. Mientras el antagonismo presupone cierta interioridad en relación a la comunidad política y, por lo tanto, los discursos antagónicos tienen alguna inscripción simbólica compartida, en el caso de la heterogeneidad social la exterioridad sería mucho más radical y, en este sentido, la heterogeneidad social sería aquel resto inasimilable e irrepresentable por parte del discurso hegemónico. Es la amenaza constante a la frontera antagónica, al sistema en sí mismo. En este marco, podríamos decir que la heterogeneidad social es lo anterior a la demanda o diferencia; antes que una demanda sea una demanda susceptible de ser articulada en un proyecto hegemónico es una *heterogeneidad social*. La misma

no puede ser articulada políticamente porque es *ruido estrepitoso*, una *turba*, una *legión amenazante* (Bataille, 1985). El paso de ser una *heterogeneidad social* a una demanda o identificación es un paso estrictamente político y, siguiendo a Barros (2013), tiene la forma de un *arrancamiento del lugar*, de un *desgarro del lugar asignado*, para pasar del ruido a la voz, de la turba a la organización, es decir, para adquirir un status político en tanto identificación política. El movimiento piquetero antes de la emergencia del discurso kirchnerista constituía una heterogeneidad social que luego del *arrancamiento del lugar asignado* por el orden policial llevado a cabo por el significante Kirchner se convirtió en una demanda o identificación susceptible de ser articulada políticamente.

Existen determinadas identificaciones o significantes con características y funciones especiales. Laclau le pone nombre a este tipo especial de significantes, los *significantes tendencialmente vacíos*, que de alguna manera la función que cumplen ya estaba presente en la obra de Gramsci al estudiar la cuestión meridional en Italia y argumentar que la clase proletaria para ser capaz de gobernar debía desparticularizarse y asumir la representación de algún tipo de universal. En la perspectiva de Laclau, el funcionamiento de la hegemonía se produce a través del despliegue de la lógica de la equivalencia por medio de los *significantes tendencialmente vacíos*, es decir, significantes que a partir de ciertos desplazamientos de los significados representan la imposibilidad de la sociedad, la falta constitutiva, el vacío. Estos significantes están dispuestos a, fallidamente, representar y encarnar la exclusión antagónica y su anverso, la plenitud ausente. Un particular, al representar un universal fallido, vacía parte de su significado para encarnar la universalidad imposible y necesaria, es decir la sutura parcial y precaria de la comunidad. Los *significantes tendencialmente vacíos* –porque siempre queda un resto o residuo de particularidad– se convertirán en el locus o superficie de inscripción del resto de las diferencias o demandas particulares y, mientras más demandas se inscriban, más vacío se tornará el significante. Durante el proceso político kirchnerista el significante “Nacional y popular” operó como un *significante tendencialmente vacío*, permitiendo que una heterogeneidad de demandas se inscribiesen dentro de él a partir de los lazos equivalenciales, como por ejemplo, gran parte del movimiento piquetero, los Organismos de Derechos Humanos, cierto sector del movimiento obrero organizado, la comunidad LGTBIQ+, entre otras. Estas

demandas o identificaciones en muchos casos tenían poco en común entre sí, estaban ligadas solamente por la inscripción dentro de lo “Nacional y popular”.

Habiendo llegado a este punto, estamos en condiciones de preguntarnos, ¿cuál es el *sujeto* del populismo? Mientras que en el marxismo el proletariado era el sujeto predilecto para encarar la transformación social, en el populismo no existe tal cosa. Es el *pueblo*, producto de un proceso articulador de diferentes demandas e identificaciones, el sujeto que contingentemente puede encarar la tarea de la transformación social. El *pueblo* del populismo no se identifica con una clase, o con una élite gobernante o con determinados movimientos sociales —por ejemplo, el movimiento de mujeres o el ecologismo—, sino que implica un proceso de articulación de una heterogeneidad de identificaciones políticas como mencionamos en el ejemplo del párrafo anterior. Cualquier identificación que se transforme en un significativo tendencialmente vacío puede encarnar la *función pueblo*.

El *pueblo* del populismo se constituye en la tensión entre el *populus* y la *plebs*. Si el primero remite a todos los miembros de la comunidad, la segunda refiere a la parte excluida o menos favorecida de dicha comunidad, es decir a aquellos que no son miembros plenos de la misma. Para que haya un *pueblo populista* según Laclau (2013), “necesitamos de una *plebs* que reclame ser el único *populus* legítimo”. Es decir, cuando los excluidos y marginados se arroguen el derecho de pensarse como el todo comunitario.

El *populismo* es entonces una forma de articular lo social a partir de la construcción de un *pueblo*. ¿Qué más presupone una articulación populista de la política? Dos aspectos importantes. En primer lugar, la delimitación de una frontera interna antagónica que divida al campo social en dos polos dicotómicos, lo que implica que el conflicto entre las dos partes no puede ser superado de manera dialéctica o racional. En segundo lugar, el acto de nominación de la cadena de equivalencias, es decir la función del significativo tendencialmente vacío que al privilegiar la lógica de la equivalencia por sobre la diferencia permite cierto efecto totalizador o de cierre precario. Este nombre se desprende de los contenidos particulares que se inscriben en él. Entonces el populismo presupone un *pueblo* que encuentra existencia en el acto de nominación de toda la cadena articuladora de las demandas heterogéneas y que está enfrentado antagónicamente al bloque del poder o a la exterioridad constitutiva. El po-

pulismo en la obra de Laclau es una categoría *formal*, es decir hace referencia a la *forma* que adquiere la política en un proceso articulatorio, independientemente de los contenidos concretos que pueda asumir –es en este sentido que el populismo según Laclau puede ser de izquierda o de derecha–. Una articulación populista no tiene una ideología preasignada, sino que va a depender de las identificaciones políticas que articule.

Sin embargo, tomando las recepciones locales del pensamiento de Laclau, podemos matizar este último argumento al comprender que el populismo no es la forma *per se* de la política. El populismo es una forma de articular las identificaciones dentro de otras formas posibles. Sebastián Barros (2013) distingue tres formas de articulación política –el populismo sería solo una posibilidad y no la ontología misma de lo político–. Las tres formas son la *autoritaria*, la *democrática pluralista-liberal* y la *populista*. En el caso de la primera se extiende la lógica de la equivalencia hasta suturar prácticamente todo el espacio comunitario, es decir expulsando el antagonismo por fuera de los límites de la comunidad política. Se produce una anulación de la diferencialidad-particularidad de cada identificación. En la segunda sucede exactamente lo contrario, es su reverso: la expansión de la lógica de la diferencia se extiende de tal manera que oblitera cualquier posibilidad de emergencia del antagonismo. Cada identificación o diferencia es reducida a su particularismo sin apelación a ningún tipo de universal. Una articulación populista, como dijimos, supone la construcción de un *pueblo*. Mientras que una articulación autoritaria presupone la expansión de la lógica de la equivalencia expulsando el antagonismo por fuera del espacio de representación, una articulación populista actúa *sobre* el antagonismo buscando canales de representación del mismo –siempre fallida–. Dicha frontera política antagónica es constitutiva, a la vez que permeable, porosa y constantemente desplazada de su lugar originario.

Ahora bien, ¿podríamos plantear la posibilidad de la eliminación lisa y llana de la exterioridad constitutiva en una articulación populista de la política? No cabría dicha posibilidad porque, en ese caso, el antagonismo sería expulsado por fuera del campo de la discursividad y estaríamos ante una articulación autoritaria de lo social que, como ya hicimos mención, se distingue de una articulación populista en que deja poco lugar a la lógica de la diferencia. Un ejemplo de articulación autoritaria que puede ayudar a ilustrar el argumento es la dicta-

dura cívico-militar argentina entre los años 1976 y 1983 en la que la eliminación lisa y llana del Otro era parte constitutiva de su discursividad y de sus prácticas.

Populismo y racionalidad neoliberal

Para poder desentrañar la relación entre el populismo y la racionalidad neoliberal debemos distinguir la diferencia entre una articulación populista de la política y la emergencia de una identificación política popular, tal cual lo propone Barros (2013). Dice el autor:

Es decir que un discurso hegemónico (Laclau) o una partición de lo sensible (Ranciere) no sólo ordena las diferencias a partir de prácticas con algún grado de generalidad, sino que también define cuáles son las diferencias pasibles de ser articuladas. La política no es entonces meramente la articulación de partes de la vida comunitaria, sino que es también la definición de una matriz que habilita la existencia de las diferencias articulables y determina así quienes son los miembros plenos de esa comunidad (p. 2).

Este argumento de Barros nos cambia el enfoque del análisis. Ya no solo se hace necesario observar las prácticas articulatorias, es decir la construcción de lazos equivalenciales entre diferencias excluidas de la comunidad, sino también el momento previo, es decir la posibilidad de la existencia misma de una diferencia susceptible de ser articulada políticamente. La política, a través de la operatoria del *arrancamiento*, podría hacer emerger las identificaciones y diferencias que pueden ser articuladas de manera populista. Entonces necesitamos hacer foco en la emergencia de este tipo de identificaciones.

Las identificaciones políticas populares son aquellas que, por un lado, *imprecán* el lugar del poder y, por otro, se presentan como víctimas de un daño que la comunidad ha infringido sobre ellas. En relación a lo primero, Barros toma dicha idea de Derrida, por la cual una *imprecación* es un tipo de práctica que no se satisface con brindar argumentos para explicar cómo son las cosas, sino que pretende gritar una verdad, provocar una verdad más allá de la posibilidad de la racionalidad. Entonces, una identificación política popular grita y vocifera cómo es la realidad más allá de la corrección o no de los argumentos. Respecto a la segunda

característica, refiere a la *plebs* que pretende ser el único *populus* legítimo, es decir la parte menos favorecida –o dañada– de la comunidad que tiene vocación de presentarse como la comunidad toda –es decir, con vocación hegemónica–. Por último, las identificaciones políticas populares presuponen la igualdad en la palabra negada, es decir ese paso del ruido a la *voz* y, por tanto, se produce un cambio en la estima de sí de aquellos sectores marginalizados.

El principal efecto de la emergencia de las identificaciones políticas populares es que producen una dislocación en la comunidad política –dislocación aquí está equiparada al antagonismo–. Laclau sostiene que el efecto de frontera política antagónica, y de partición comunitaria, es propio de una articulación populista, es decir, el populismo presupone la dicotomización de la sociedad en dos polos irreconciliables. Con Barros observamos que ese efecto de partición comunitaria también puede ser producto de la emergencia de una identificación política popular, que impreca el lugar del poder, que se presenta como víctima de un daño y que presupone igualdad en la palabra negada. Esto es importante porque trae varias consecuencias para la comprensión del populismo y, principalmente, su relación con el neoliberalismo.

Cuando la presencia dislocatoria que suponen estas identificaciones populares se multiplica, se asiste a una ampliación conflictiva del *demos* legítimo. Se multiplican los desplazamientos de esas demandas que se salen del lugar que les corresponde, transformándose en elementos que son heterogéneos al campo de la representación. Estos elementos, que sobreviven con independencia de la distribución de lugares legítimos, ponen en juego una nueva subjetividad. Este último aspecto novedoso es importante en relación a las articulaciones populistas que pueden llegar a producirse ya que estas operan sobre esa novedad (Barros, 2013: 8).

De este argumento de Barros surgen dos posibilidades que ya hemos enunciado, pero aquí cobran más sentido. Una posibilidad es que toda una serie de identificaciones políticas populares se perciban como ilegítimamente excluidas de la comunidad y una de ellas, al suspender cierto contenido particularista, se convierta en la superficie de inscripción del resto generando lazos equivalenciales a partir de una exterioridad constitutiva –significante tendencialmente vacío–. O, la otra posibilidad, es que el discurso que estructura la vida comunitaria produzca

la operación de *arrancamiento* del lugar asignado por el orden policial de esos elementos heterogéneos a la representación, es decir radicalmente exteriores y los incluya como miembros plenos del *demos* legítimo –lo que Barros denomina *inclusión radical*–. Podríamos decir que en ambos casos hay *populismo*. En la primera posibilidad más cercano a la noción de populismo de Laclau, y en la segunda posibilidad desplegando efectos mucho más allá de Laclau.

Cuando la opción es el arrancamiento del lugar asignado por el orden policial por parte del discurso que estructura lo social, se produce un *desborde* o *desmesura* en relación a lo que las identificaciones heterogéneas venían reclamando: el discurso estructurante responde con un *plus* o un *más allá* de la demanda original, lo que podemos denominar *lógica del exceso*. El Matrimonio Igualitario fue un ejemplo de esto. La comunidad LGTBIQ+ venía reclamando por la unión civil, entre otras reivindicaciones. El discurso kirchnerista articuló esta identificación con un *plus* o un *más allá* al sancionar la posibilidad de que dos personas del mismo sexo contraigan matrimonio y puedan adoptar niñas y niños. Este efecto desbordante amplía el *imaginario de lo posible* de la comunidad política, extendiendo el *demos* legítimo y forzando sus límites. En simultáneo, trastoca los componentes liberales que portaban aquellas identificaciones al percibirse parte de un nosotros que las trasciende.

En este punto es donde se produce cierto *desarreglo* o *erosión* a la lógica de repetición y absorción que impone la racionalidad neoliberal. Comprender al populismo en tanto *inclusión radical* de una identificación política popular que hasta ese momento era heterogénea al campo de representación, permite dotar a dicha *forma* de la política de cierta especificidad que *erosione, lime, y suspenda* ciertos tópicos propios de la racionalidad neoliberal.

Esta racionalidad neoliberal posee una lógica estrictamente política –más allá de los lineamientos u orientaciones de la política económica– que comparte en algunos aspectos con una articulación democrática pluralista-liberal. Como existe un privilegio de la lógica de la diferencia por sobre la equivalencia, cada demanda o identificación es reducida y tratada como una diferencia más dentro del sistema de diferencias, es decir que no habría, en principio, jerarquización de las diferencias sino que todas tendrían el mismo valor obturando la posibilidad de la emergencia de cualquier antagonismo. Al encorsetarse cada particularidad como una diferencia más se obtura el potencial político-disruptivo de una identificación po-

lítica popular, es decir, en estas condiciones y bajo el discurso neoliberal no podrían emerger ya que la política no procedería a la operatoria de *arrancamiento* del lugar asignado por el orden policial. Entender al populismo en tanto *inclusión radical*—más allá que esto no excluye entenderlo como un proceso articulatorio también—, nos permite situar a esta *forma* de la política en las antípodas de la racionalidad neoliberal ya que la matriz existente posibilitaría el *arrancamiento* de las heterogeneidades sociales del lugar asignado por el orden neoliberal y la posterior emergencia de identificaciones políticas populares que disloquen la comunidad y construyan un *pueblo*.

Más allá que el populismo pensado en términos de *inclusión radical* de lo heterogéneo trastoca la lógica estrictamente política de la racionalidad neoliberal, hay otra forma en que pone en cuestión a la misma. Como decíamos antes, al incluir radicalmente a identificaciones políticas populares, que son aquellos que no eran parte de la cuenta de las partes o los que no tenían voz pública sino solo ruido, se jerarquizan este tipo de identificaciones en desmedro de otras que son excluidas u ocupan un lugar accesorio. Esto posibilita la ampliación del *demos* legítimo que va a incluir a aquellas partes que no eran partes. La *inclusión radical* de las identificaciones políticas populares permite la ampliación del imaginario de lo posible de las propias identificaciones, logrando que surjan más demandas y reclamos hacia el sistema o bloque del poder, dinamizando la participación y politizando a todo el sistema político. Esta jerarquización de ciertas identificaciones suspende parcialmente algunos tópicos del discurso neoliberal. La *inclusión radical* del movimiento piquetero por parte del discurso kirchnerista operó en este sentido: amplió la comunidad hacia una identificación antes excluida, permitió que los militantes del movimiento piquetero soñaran con otras demandas mucho más allá del trabajo², y permitió poner en suspenso cierto presupuesto neoliberal de crecimiento económico a cualquier costo sin importar quienes queden fuera³.

² Por ejemplo, los militantes de Libres del Sur en un acto con funcionarios del gobierno de Néstor Kirchner vociferaban y cantaban “Por una Patria socialista”, consigna que posterior a la dictadura cívico-militar estaba vedada y era inimaginable.

³ Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner sostenían la idea de “crecimiento económico con la gente adentro”.

Sin embargo, los límites de un populismo contra la racionalidad neoliberal global son evidentes. Uno de ellos es que los populismos presuponen en la instancia hegemónica al Estado nación, los cuales, a partir de la gobernanza neoliberal, están más bien debilitados y con menos capacidad de acción. Cualquier fenómeno de las finanzas internacionales que ocurra en las grandes potencias repercute en cualquier Estado nación del mundo. Los populismos realmente existentes generan mayores efectos comunitarios a partir de cierta robustez institucional y un Estado nación sólido. Aquí el primer límite. Excede ampliamente a las posibilidades de los Estados, por más voluntad política que haya, interrumpir la dinámica de las finanzas mundiales, sus flujos e impactos en economías en vías de desarrollo y la lógica especulativa imperante. La conversión en *capital* de los sujetos y los gobiernos, como indica Wendy Brown (2016), lleva invariablemente a la atadura de los Estados a los fenómenos globales, especialmente en lo atinente al mercado financiero.

Un segundo aspecto es que los populismos realmente existentes en Latinoamérica de la década pasada se desarrollaron bajo el presupuesto de “crecimiento económico con inclusión social”. Si bien el postulado de la “inclusión social” muchas veces mutaba en *inclusión radical*, es decir, en la interrupción de ciertos tópicos de la racionalidad neoliberal a partir del arranque del lugar asignado de una heterogeneidad social, en otros aspectos el imperativo del crecimiento de la economía condicionaba dicha inclusión. Lo que observamos en procesos como el kirchnerista o el PT en Brasil es que actuaron bajo el supuesto de que el crecimiento de la economía —con “inclusión social”— iba a permitir, en una instancia posterior, distribuir los beneficios y las riquezas de dicho crecimiento. Muchas veces estos procesos ingresaron en un cuello de botella ya que el PBI de las economías se amesetó; en consecuencia, no había nada para redistribuir y los excluidos y marginados seguían esperando que llegara su momento. En definitiva, como efecto indeseado de la inserción en el capitalismo global, se favorece lo que señala Brown (2016):

(...) el objetivo es que la racionalidad neoliberal disemina el modelo del mercado a todas las esferas y actividades—incluso aquellas en que no se involucra el dinero—y configura a los seres humanos de modo exhaustivo como actores del mercado, siempre, solamente y en todos lados como *homo oeconomicus* (p. 23).

En tercer lugar, el arrancamiento de una heterogeneidad social del lugar asignado por el orden policial para hacer emerger una identificación política popular en los populismos realmente existentes de Latinoamérica, no ha tenido la potencia suficiente para dislocar y trastocar aquellos tópicos más sedimentados por parte del discurso neoliberal. La meritocracia, la conversión de los sujetos en *empresarios de sí*, la acumulación de *capital*—no solo dinero— para aumentar la competitividad, el apogeo de los discursos de odio, entre muchas otras cuestiones, siguen en un espiral ascendente. La capilaridad y sedimentación de ciertos aspectos de la racionalidad neoliberal requieren bastante más que voluntad política transformadora de un discurso con elementos populistas para ser trastocados. Aquí sí nos topamos con un punto ciego del cual es difícil visualizar horizontes posibles más esperanzadores.

Probablemente haya muchas más limitaciones y potencialidades de una articulación populista de la política para hacer frente a la racionalidad neoliberal. En este texto, provisorio y preliminar, decidimos enunciar aquellas que hemos expuesto sabiendo que los argumentos vertidos son solo una aproximación para futuros desarrollos investigativos.

Conclusiones

No obstante, incluso si muchas políticas neoliberales se abandonaran o se incrementaran, esto no reduciría el debilitamiento de la democracia provocado por la economización normativa de la vida política y la usurpación del *homo politicus* a manos del *homo oeconomicus*. (...) Por consiguiente, las políticas económicas neoliberales se pueden poner en pausa o revertirse y los efectos dañinos que la razón neoliberal tiene sobre la democracia continuarían con su veloz ritmo a no ser que se reemplace con otro orden de la razón política y social. Éste es el significado de una racionalidad rectora y es la razón por la que las ONG, las organizaciones sin fines de lucro, las escuelas, las organizaciones vecinales e incluso los movimientos sociales que se entienden a sí mismos como opositores de las políticas económicas neoliberales pueden, no obstante, organizarse a través de la racionalidad neoliberal (Brown, 2016: 211-212).

Pareciera, según el argumento de Wendy Brown, que no hay salida a la racionalidad neoliberal. Es tan ubicua, omnipresente y total que escaparía cualquier posibilidad de acción,

movimiento o resistencia de los gobiernos o, incluso, de ciertos sectores de la sociedad civil organizados como los movimientos sociales. Una racionalidad rectora y normativa, que propicia el gobierno de la conducta, seguramente para discontinuarla debe ser suplantada por otra racionalidad rectora. Sin embargo, creemos que hay grises.

Los procesos políticos latinoamericanos de la década pasada, predominantemente populistas, se ubican en esta zona gris. Los gobiernos de Lula Da Silva y Dilma Rousseff en Brasil, Néstor y Cristina Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia, Hugo Chávez en Venezuela y Rafael Correa en Ecuador –podríamos incluir otros, pero estos son los más representativos–, inauguraron una época excepcional en la política global. No solo que constituyeron sus respectivos discursos señalando la exterioridad constitutiva en el neoliberalismo, sino que en muchos sentidos fueron un faro de luz para experiencias políticas del viejo continente –Podemos en España, por ejemplo–. Estos procesos con fuertes caracteres populistas lograron, no discontinuar, pero sí *suspender*, *erosionar* y en algunos casos *interrumpir* ciertos tópicos y presupuestos de la racionalidad política neoliberal. La relación casi sin mediaciones de estos líderes, o significantes, con el *pueblo* movilizado es, a lo mejor, el elemento más importante para sostener este argumento. Dicho vínculo posibilitaba la radicalización de la democracia al soportarse en una noción ampliada de representación política. La misma no era un lazo transferencial y transparente de los representados hacia los representantes, sino que se constituía en un doble movimiento: la identificación de los representantes era constituida por los representados, pero, lo más importante, la identificación de los representados también era determinada por los representantes. Aquí radican las posibilidades de construcción de una comunidad política que a partir de la *inclusión radical* pueda fundarse en otro principio representativo, en donde lo político sea la pauta de acción de las comunidades y sus identificaciones.

Seguramente, como ya dijimos, esto no tendría la potencia y fuerza suficiente para discontinuar la racionalidad política neoliberal, pero sí para erosionarla, limarla y suspenderla en algunos aspectos. La reflexión teórica y la praxis política están ante el enorme desafío de buscar alternativas mucho más radicales, profundas y duraderas en el futuro próximo.

Bibliografía

- Barros, Sebastián (2013). “Despejando la espesura. La distinción entre identificaciones políticas populares y articulaciones políticas populistas”. En Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián E. Melo, *Las brechas del pueblo: reflexiones sobre identidades populares y populismo* (pp. 41-64). Buenos Aires: Los Polvorines - UNDAV Ediciones.
- Bataille, G. (1985). *Visions of Excess. Selected writings, 1927-1039*. Allan Stoekl, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Brown, Wendy (2016). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona: Malpaso Ediciones.
- Gramsci, Antonio (2014). *Antología: Volumen 1 y 2*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Laclau, Ernesto (2010). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Laclau, Ernesto (2013). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2011). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laval, Christian y Dardot, Pierre (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa SA.
- Ranciere, Jacques (2012). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Democracia, populismo de izquierda y alternativas al neoliberalismo desde América Latina

María Susana Bonetto
UNC-UNVM

María Luz Ruffini
CONICET/CCONFINES- UNVM

En la actualidad, es un lugar común afirmar que los valores de mercado están desplazando a los demás, al tiempo que quedan sujetas a las lógicas mercantiles cosas –dirá Wendy Brown– vulnerables, preciosas o sagradas, incluida la democracia misma. El triunfo neoliberal que conlleva la hegemonización del *homo oeconomicus* como figura excluyente y central de lo humano tiende a minar profundamente las prácticas y el imaginario de la democracia: la desaparición del sujeto que se gobierna a sí mismo a través de la autonomía moral y gobierna con otros a través de la soberanía popular lleva a la progresiva extinción del agente, la lengua y los dominios a través de los que la democracia puede materializarse (Brown, 2017).

Los principios neoliberales moldean hoy buena parte de las dimensiones de nuestra existencia social, al tiempo que transforman al *homo oeconomicus* de un sujeto de intercambio y satisfacción de necesidades –liberalismo clásico– a un sujeto de competición y permanente búsqueda de ampliación de capital humano (neoliberalismo). Asimismo, es un supuesto neoliberal clave que los mercados competitivos necesitan apoyo político, de lo que emerge la “gubernamentalización del Estado”, capaz de construir, facilitar, sostener e incluso rescatarlos cuando sea necesario. Estos elementos –la ubicuidad de los principios de mercado como racionalidad política y los estados al servicio de los mercados– son dos dimensiones que diferencian el liberalismo del neoliberalismo (Brown, 2017).

Ahora bien: la razón neoliberal se expande y profundiza, las personas y los Estados se construyen sobre el modelo de empresa y tienen por tanto el imperativo de maximizar su valor de capital presente y futuro, ¿qué ocurre, entonces, con el gobierno del pueblo y para el pueblo cuando la razón neoliberal configura el alma y la ciudad como empresas contemporáneas?, ¿qué lugar queda para los elementos constitutivos de la democracia –su cultura, sus sujetos, sus principios y sus instituciones– cuando la racionalidad neoliberal satura la vida política? Para Brown, es una tarea de primer orden el abordar los modos en que estos procesos asociados a la iteración neoliberal ponen en crisis los principios democráticos, sus instituciones e imaginario. Al respecto, la autora afirmará que un efecto importante de la neoliberalización es la derrota del *homo politicus* de la democracia liberal, que ya estaba en crisis, implicando consecuencias gigantescas para las instituciones, las culturas y los imaginarios de la democracia.

Podemos destacar en este sentido dos cuestiones: en primer lugar, es claro que la desigualdad –y no la igualdad– es el modo de relación de capitales en competencia, con lo cual la igualdad deja de ser un *a priori* o un fundamento de la democracia neoliberalizada. Y, en segundo lugar, cuando solo existe el *homo oeconomicus* y la esfera de lo político mismo se expresa en términos económicos, se desvanece el fundamento para una ciudadanía preocupada por las cosas públicas y el bien común. En este marco, la ciudadanía misma pierde su valencia y lugar políticos, desaparece la idea de un pueblo, un *demos* que afirma su soberanía política colectiva.

Los efectos desdemocratizadores del neoliberalismo –entendido como un orden normativo de la razón que se convirtió en las últimas décadas en una racionalidad rectora amplia y profundamente diseminada– son, desde esta perspectiva, sumamente graves. El neoliberalismo transforma cada dominio humano, empresa y persona de acuerdo con una imagen específica de lo económico y, en este marco, está anulando silenciosamente elementos básicos de la democracia: vocabularios, principios de justicia, culturas políticas, hábitos de ciudadanía, prácticas de gobierno y, sobre todo, imaginarios democráticos. Ante ello, surge la pregunta: ¿qué podemos hacer? ¿Cómo podemos pensar alternativas?

Por supuesto, compartimos la lúcida crítica de Erin Graff Zivin a perspectivas sobre el devenir de la historia que, aun siendo de signo contrario, tienen homólogos –y nefastas– consecuencias para el pensar y el hacer políticos. Tanto un futuro utópico –en el que se tiene

una idea clara de lo deseable y solo es necesario plantearse cómo alcanzarlo— como un futuro trágico —en el que también se tiene claridad sobre lo pretendido pero está también la certeza de que ello no se logrará—, dan forma a una “[...] política prescriptiva, por un lado, y una política que elimina la agencia o voluntad y, con ella, toda acción (es decir, toda potencia política)” (Graff Zivin, 2015: 206).

Este tipo de visiones, que clausuran el futuro en tanto inhabilitan la posibilidad de lo imprevisto, lo incalculable, lo que se desmarca de lo esperado e irrumpe en la historia rompiendo con el orden de lo dado, con la configuración de lo sensible en lenguaje ranciereano, desde ya colisionan con la perspectiva que pretendemos plantear en este trabajo. Así, será central para nosotras asumir el carácter relativamente contingente del mundo social como producto cristalizado de relaciones de fuerza históricamente configuradas, fundamento de una multiplicidad de prácticas sociales que, en función de determinadas condiciones socio-históricas, pueden converger en instancias reproductoras del orden de lo dado o bien abonar procesos de resistencia y emancipación.

La pospandemia en Argentina y América Latina, por caso, muestra la complejidad de los procesos políticos y las grandes dificultades que enfrentamos para la configuración de proyectos progresistas eficaces, que asuman un compromiso transformador con los sectores subalternos y el conjunto del campo popular. A nivel continental, a la contraofensiva de las derechas como reacción a más de una década de experiencias políticas y sociales que pusieron en cuestión la inevitabilidad del orden neoliberal siguió un incipiente retorno de gobiernos progresistas, cuyas posibilidades de acción e intervención aún se encuentran en duda. En efecto: las condiciones globales en que se desenvuelven —economía y finanzas globales, crisis ambiental, digitalización ubicua de la vida, neoliberalización diseminada, nuevas subjetividades, etc.— están lejos de las de principios de siglo, y sus efectos para el devenir de los gobiernos populares aún deben ser profundamente tematizados y comprendidos.

Ante esta situación asumimos, con Mouffe, el urgente desafío de construir una estrategia hegemónica eficaz, capaz de comprometerse con las instituciones políticas democráticas que buscan ampliar derechos rechazando, claro está, el antiguo dilema entre “reforma y revolución” (Mouffe, 2018). En efecto: desde este punto de vista, toda forma de ruptura con el

orden existente involucra ineludiblemente tanto la forma revolucionaria como la hegemónica de la política, y da pie a pensar en modos de ruptura con el neoliberalismo capaces de anidar en procesos de radicalización de la tradición democrática moderna.

Esto no implica, claro está, renunciar a una posible transformación del orden capitalista: una política de reformismo radical como la que referenciamos podría, dadas ciertas condiciones, poner en cuestión las relaciones capitalistas de producción. Y ello, partiendo de múltiples puntos de antagonismo entre el capitalismo y diversos sectores de la población: las luchas anticapitalistas podrían ser múltiples y diversas. En rigor, pensamos –junto con la autora– en el laborioso proceso de construcción de una formación hegemónica populista que abone la recuperación y profundización de la democracia de diversas maneras.

Teniendo presentes tales consideraciones, reconstruiremos aquí algunas dimensiones clave de la tradición constitutiva de la democracia en Argentina y la región desde una perspectiva no institucionalista. Asimismo –en un desarrollo que buscará recuperar la interrelación entre teoría y procesos sociales–, exploraremos algunos caminos conceptuales capaces de entamar de forma creativa y transformadora lo mejor de la tradición del pensamiento democrático con algunas de las conceptualizaciones más novedosas en torno al populismo.

1. Tradición democrática y emancipación¹

Para ser consecuentes con nuestra propuesta, recuperaremos selectivamente algunos de los más destacados aportes de la teoría democrática del siglo XX, en Latinoamérica y en los países centrales. En este último caso, se inicia el trayecto tomando algunos de los pocos análisis que se realizaron de su funcionamiento en escenarios periféricos, no sesgados por una universalización eurocéntrica.

Al respecto, un antecedente importante es la obra de C. B. Macpherson, un liberal radical

¹ Una versión preliminar de este título se encuentra en el artículo de M.S. Bonetto “Democracia y populismo”, en Nazareno-Segura y Vazquez (comps.) (2019), *Pasaron cosas. Política y políticas en el gobierno de Cambiemos*, Córdoba: Ed. Brujas.

que planteó ya en el año 1968 que la democracia no debía ser identificada única y exclusivamente con la democracia occidental liberal sino que existían otras variantes, como la democracia comunista y la de los países “subdesarrollados”. Esta última nos interesa particularmente, puesto que hace referencia a los Estados periféricos, entre los que contamos a los países de la región. El autor canadiense entiende que las construcciones democráticas del “tercer mundo” no se identifican con la liberal ni la marxista: no ha sido masivamente resignificada por el individualismo de posesión del liberalismo, ni moldeada total y exactamente según el patrón de clases del marxismo. Por el contrario, parece retrotraerse a la antigua noción inaugural de democracia, que consistía en el gobierno de y para el pueblo oprimido en el marco de la polis. En su constitución, se han incorporado elementos de ambas tradiciones, rechazando mayoritariamente la tendencia individualista de la democracia liberal: en alguna medida la igualdad dentro de la comunidad es tan o más valorada que la libertad individual. Así también, continuando con la línea de pensamiento del autor, en el escenario de estas democracias la conciencia política de los que la expresan se construye de modo nacionalista pero en el sentido defensivo de emancipación, no de expansión, y busca representar la voluntad general (Macpherson, 1968).

En definitiva, según el juicio de Macpherson, la pretensión de legitimidad de este tipo de democracia no coincide ni con la liberal ni la marxista. Sin embargo, se apoya —al igual que el modelo marxista— en el análisis crítico del capitalismo, proponiendo en lugar de la superación de clases la idea de justicia social e igualdad del pueblo. Por otra parte, estas experiencias no rechazan totalmente la institucionalidad liberal, sino que la resignifican y exceden sus estrechos sentidos, en tanto no centran su atención en las instituciones y la participación ciudadana individual, sino en la movilización colectiva que legitima las acciones políticas transformadoras desde el lugar democrático constitutivo de la soberanía popular, pretendiendo generar otra institucionalidad. La descripción de la democracia planteada se entiende como un antecedente analítico no eurocéntrico de las democracias regionales, al caracterizar sus rasgos particulares.

No obstante, frente a la emergencia de una definición democrática potencialmente emancipatoria, se advierte cómo las fuerzas políticas “neo-liberal-republicanas” recuperan elementos de la acepción liberal-individualista de la democracia para descalificar activas formas colectivas

de movilización y participación que pretenden, en nombre de la soberanía popular, transformar los marcos institucionales de esa democracia legal-liberal. En contraste, entendemos que es fundamental dar cuenta de otra tradición democrática: la que asume la inerradicabilidad del conflicto y configura, sobre esa base, un modelo adversarial.

Según el marco analítico propuesto por Mouffe (2011), los términos clave del discurso neoliberal son “buena gobernanza” frente a “democracia partisana”. Por ello, la propuesta de la autora se enfocará en la potenciación de una democracia conflictual-adversarial, que entiende como constitutiva de la política. Esta, centrada en la necesidad de producir transformaciones del orden existente, es considerada desde los discursos neoliberales como algo que debe evitarse, y en su lugar se recomienda una democracia consensual completamente “despolitizada” que permita el mantenimiento del “status quo”. Existe en este caso una negación del conflicto como constitutivo de la realidad social y política ya que, si damos cuenta de esta ontología en nuestro actuar democrático, las posibilidades de transformación del orden social son amplísimas en cuanto a la superación del único orden “racional universalmente posible”.

Luego de la crisis del neoliberalismo de los 90 en la región, que hizo estallar la viabilidad de una democracia “consensual” de gestión del mercado, asistimos a la emergencia de alternativas transformadoras, que ahondaron en la radicalización de la democracia y propiciaron la participación colectiva e intercultural a partir de la militancia y la movilización. Estas formas políticas colectivas y su lucha por superar la exclusión habilitaron a principios de siglo en la región una “movilización política de las pasiones”, con un profundo impacto dentro del espectro de los procesos democráticos.

En este marco, es claro que no se puede ignorar la dimensión antagónica de “lo político” y pensar que la política pueda reducirse a un conjunto de procedimientos técnicos y neutrales. Una formulación semejante sostiene implícitamente que la democracia liberal, entendida de un modo conservador, y sus instituciones constituyen la única solución racional universalmente aceptable para organizar la convivencia social, lo que en la región es y ha sido históricamente impugnado por la legitimación de sus alternativas.

Esta constatación nos permite, también, incluir dos dimensiones analíticas en la praxis de esta otra tradición democrática: igualdad y participación. En nuestro contexto regional

resulta, en efecto, relevante y muy pertinente recuperar la interpretación de la democracia realizada por Luis Tapia (2009), quien sostiene que la noción de democracia se ha modificado a través de las distintas épocas y sociedades, ante lo cual la vida política tiene que ser pensada en su historicidad modificando sistemáticamente el modo de conceptualización. Esto nos habilita a sostener que, para articular propuestas democráticas propias de la región, es necesaria una revisión de la estructura conceptual de las definiciones de democracia instauradas hegemonícamente desde el pensamiento, sobre todo, norteamericano, en tanto sirven como discurso de legitimación de un solo tipo de democracia: la liberal.

Tapia (2009) da cuenta con gran solvencia argumentativa de cómo en la mayoría de las transiciones democráticas latinoamericanas se adoptó el concepto de poliarquía de R. Dahl, con lo que, si bien se restituyeron los derechos individuales y políticos que permitieron la renovación de los regímenes políticos y la selección de nuevos gobernantes, al mantenerse la institucionalidad liberal y no reformularse las formas de regulación socioeconómica, se incrementó la desigualdad en cada uno de los países y en toda la región. Esto ha tenido, claro está, consecuencias sumamente negativas, reduciendo las posibilidades de autogobierno y, en consonancia, de generación de políticas tendientes a la igualdad en base a la continuidad de la institucionalidad liberal que protege la propiedad regulada por el mercado y la no intervención del Estado para modificar situaciones de inequidad.

En este sentido, la democracia fue definida como un método de selección de gobernantes y un conjunto de instituciones jurídicas que constituyen sus condiciones de posibilidad. De este modo, la democracia es explicada solo por una parte de la misma, su método y condiciones institucionales de implementación, quedando sin teorizar el proceso de decisión político-gubernamental –en el caso de la democracia, el autogobierno con todas sus implicancias transformadoras–, cuestión que solo en algunos casos se referencia en la democracia liberal –de una manera débil– a través de mecanismos de representación.

Sin embargo, no solo la dimensión de decisión política es definitoria de la democracia: su reconceptualización debe considerar también a la igualdad. En efecto: este elemento tampoco forma parte del núcleo central de la democracia liberal, salvo en su versión lábil: la igualdad de derechos para participar de la selección de representantes. Así, una definición

alternativa a la democracia liberal implicaría sostener que la democracia es una forma de autogobierno entre sujetos políticos iguales que tienen la finalidad de ampliar áreas de igualdad socioeconómica y participación ciudadana (Tapia, 2009).

El pensamiento de Tapia y su articulación con las expresiones democráticas regionales constituye una imprescindible referencia en tanto da cuenta de cómo los análisis más sustantivos y con mayor capacidad explicativa en la Ciencia Política emergen de la implicación en espacio y tiempo, estos marcos analíticos nos permiten comprender cómo se han configurado formas políticas novedosas en determinados tiempos históricos y territorios. Así, se fortalece la emergencia de un elemento central para la región y para cada uno de los Estados que la componen: la constitución legítima de la diversidad.

En esta línea, frente a las democracias latinoamericanas versión 80-90, gerenciadoras del mercado y asentadas en la idea del consenso y la negación del conflicto propias del modelo neoliberal, las democracias representativas de “la nueva izquierda latinoamericana” surgidas a modo de respuesta a las crisis de inicio del siglo XX, volvieron a recuperar perspectivas emancipatorias y populares. Se generaron, en efecto, experiencias y prácticas acompañadas por un conjunto de formulaciones teóricas, con múltiples expresiones, que fundamentan una construcción alternativa que cuestiona y desborda la institucionalidad liberal. Por ello, es preciso dar cuenta de otra de las características de esta tradición democrática: la construcción contingente de los gobiernos de “la nueva izquierda”.

Puede tomarse como base de los procesos regionales la adopción de dos presupuestos particularmente representativos: que se dio un giro a la izquierda en nuestro continente, y que cada vez es menos claro qué se entiende por izquierda (Arditi, 2009). Indagando el sentido político de estas “nuevas izquierdas”, se advierte que no están asociadas al pensamiento político marxista, sino que resignifican las concepciones de igualdad, solidaridad y crítica al status quo como dependientes del contexto y no como un conjunto de consignas ideológicas; coexisten con la propiedad privada y el mercado, aunque desafían a la ortodoxia neoliberal como la única racionalidad económica posible. Y aunque la democracia electoral y gran parte de la institucionalidad liberal integre el imaginario de estas nuevas izquierdas, también proponen la experimentación con formatos posliberales de participación política (Arditi, 2009).

No obstante, sostener que la izquierda busca cambiar el orden existente y está orientada a impulsar la igualdad y la solidaridad no basta para producir una definición: el significado del término debe pensarse como desligado de un contenido universal, siendo efecto contingente de polémicas entre actores políticos enmarcados en contextos específicos. Por ello, en el marco de estas experiencias, aunque se sostienen valores que pertenecen a las tradiciones de izquierda, estos carecen de existencia política fuera de los casos de desacuerdo o polémica donde se hace referencia a su efectiva defensa, en el marco de fuerzas antagónicas que representan proyectos políticos alternativos. La identidad de las agrupaciones que se articulan en torno a estas polémicas se va modificando de acuerdo con los aciertos y fracasos de sus proyectos, los distintos adversarios con los que se enfrentan y las representaciones que hacen de sí mismos.

A pesar de estas “limitaciones”, parece constatarse en la región que la narrativa de izquierda se ha constituido en un importante eje del conflicto político. En todos los países, la desigualdad y la discriminación han pasado a ocupar un lugar central en la agenda pública, siendo evidente que el contenido socioeconómico del significado de la democracia no se evidencia de la misma manera en otras latitudes. Coincidiendo con Arditi (2009), esta resignificación del conflicto político nos permite interpretar que el giro a la izquierda de Latinoamérica, aún cuando en muchos casos fracase, ya ha logrado dos cosas: 1) volver a colocar la discusión de la igualdad, la redistribución y la inclusión en la agenda pública y 2) abrir el camino al crecimiento económico con equidad. Este reacomodamiento tiene una visión de continuidad, más allá de los éxitos electorales de estos gobiernos, tanto es así que obliga a ser esgrimido, por lo menos en apariencia, como fundamento de las políticas de “los otros”.

Como dijéramos, a diferencia del marxismo tradicional, esta izquierda tiende a exigir la igualdad y dar respuestas a las demandas redistributivas, sin necesariamente abolir el capitalismo. En este caso, en su dimensión político-institucional, se trata más de un post-liberalismo que de un anti-liberalismo, en tanto remite a algo que no puede ser totalmente contenido en la forma liberal.

En este sentido, Arditi lleva la tesis post-liberal más allá de la argumentación de Macpherson y propone la imagen de un pensamiento político que incluye, pero a la vez rebasa, su formato institucional. Se insiste en que el Estado debe promover una agenda progresista e im-

pulsar nuevas formas de hacer política pero, a diferencia del consumismo y la pasividad ciudadana del desarrollismo bienestarista, la recuperación del Estado para limitar los efectos de las lógicas destructivas del capital y promover mayor equidad va acompañada de un compromiso de participación política y militancia, una identificación en la construcción colectiva de otro proyecto político-institucional. Esto es lo que caracterizó como el “reencantamiento de la política” que se advierte en ciertos sectores en las democracias post-liberales de la región.

Esta nueva realidad muestra que América Latina, aunque respetando la institucionalidad liberal, se encuentra altamente movilizada. Pero la movilización es, desde hace varias décadas, no convencional: estos grupos están interesados en el destino de sus sociedades “[...] pero están negando las formas tradicionales de hacer las cosas, inventando nuevas maneras de expresarse” (Latinobarómetro, 2008 citado en Arditi, 2009). En este sentido, cabe poner en discusión la perspectiva de Mouffe (basada en las experiencias democráticas europeas), que tiende a situar en el marco de la tradición liberal a la democracia radical: para nosotros, se trata de construcciones post-liberales (Arditi, 2009).

Recientemente, no obstante, asistimos en la región a una serie de procesos que pusieron en jaque las transformaciones democráticas regionales de principios de siglo, expandiéndose y fortaleciéndose fuerzas políticas y culturales vinculadas, de formas novedosas, al neoliberalismo como lógica de constitución de lo social. Al respecto, se pueden elaborar algunas hipótesis sobre las debilidades de los gobiernos de “la nueva izquierda latinoamericana” que se encuentran, desde nuestra perspectiva, en la base de este “giro a la derecha”. Por una parte, los hechos muestran que a pesar de los avances en mejorar los niveles de inclusión y reducción de la pobreza, no se logró superar decisivamente la desigualdad estructural en América Latina, que continúa siendo el continente más desigual del mundo.

Así también, numerosos autores coinciden en que se habría perdido “la batalla cultural”, ya que en el plano político-cultural los proyectos de “la nueva izquierda latinoamericana” no lograron la construcción de una sólida hegemonía alternativa a la neoliberal. En efecto: en numerosos análisis de los procesos de “derechización” se ha constatado que este tipo de movimientos cuentan con el apoyo mayoritario de los medios de comunicación, que ponen en circulación ideas que reformulan el sentido de la convivencia social y constituyen nuevos

imaginarios. Y ello, con la intervención de redes de expertos que se han constituido como agentes poderosos en el campo del saber, capaces de interpelar con eficacia las percepciones cognitivas del sentido común.

Tanto en la década del 90 como en la actualidad, esas redes fueron y son un factor clave en la implementación de proyectos hegemónicos de derecha que se sustentan más en estructuras y organizaciones de poder transnacional que en el tradicional escenario de competencia político-partidaria de escala nacional. En este sentido, también la penetración de este poder económico-cultural ha alcanzado a las universidades y los sistemas científicos nacionales, transformándolos en transmisores o meros “explicadores”, en el sentido de Rancière (2002), de un pensamiento neoliberal transnacionalizado delineado por los intelectuales del establishment.

Estos especialistas imbuidos de concepciones neoliberales y con redes transnacionales a su disposición, cuentan con recursos materiales y simbólicos poderosos, capaces de contribuir decisivamente a la legitimación de los proyectos de cambio que impulsan las derechas. Sus argumentos, transmitidos en un lenguaje simple y de fácil aprehensión, parecen ofrecer un saber aplicado y sin contaminaciones ideológicas al tiempo que prometen producir soluciones eficaces y eficientes para todos los problemas actuales.

Es así que, ante la evidencia del riesgo de avance de la derecha en América Latina y gran parte del mundo, adquiere centralidad y urgencia el desafío del pensamiento crítico de desmontar y deconstruir estos escenarios. Para ello, se cuenta con la fortaleza de que, a pesar de los avances de la derecha en la región, se mantienen las huellas de la construcción post-liberal impulsada por los gobiernos de comienzos de siglo, que continúan funcionando como medio para generar la inclusión de aquellas partes que no estaban incluidas en la representación. En efecto: coincidiendo con Rancière, la democracia es la acción que arranca constantemente a los gobiernos oligárquicos su monopolio de la vida pública, y las acciones de quienes lucharon por la restauración emancipatoria en la región a inicios de este siglo y luego de la contraofensiva de la derecha coinciden notablemente con esta descripción.

Resta ahora vincular esta tradición emancipatoria democrática con el populismo (en especial con el populismo de izquierda), a lo cual dedicaremos el apartado siguiente. Como veremos, siguiendo a Mouffe (2018), la democracia radical y plural puede concebirse como

una profundización de las instituciones democráticas existentes, de manera que los principios de libertad e igualdad se vuelvan efectivos en un creciente número de relaciones sociales. Esto puede lograrse de un modo hegemónico, mediante una crítica inmanente que movilice los recursos simbólicos de la tradición democrática. A pesar de haber sido relegados por el neoliberalismo, los valores democráticos aún desempeñan un rol significativo en el imaginario político de nuestras sociedades, y puede reactivarse su sentido crítico para subvertir el orden hegemónico y crear otro diferente.

2. Democracia y populismo

El populismo presenta, en la conciencia de sentido común de grandes sectores sociales, una connotación profundamente negativa, inescindible del hecho de que buena parte de los medios de comunicación hegemónicos asociados al “republicanismo neoliberal” se concentran con ahínco en vincularlo con falta de cultura cívica y relaciones políticamente demagógicas que no respetan la legalidad.

Sin embargo, siguiendo a Panizza (2009), podemos observar que existen tres orientaciones dominantes en los enfoques contemporáneos sobre populismo. En primer lugar, encontramos la perspectiva *empirista*, que analiza diversos casos para tratar de dilucidar características definitorias que permitan aislar un grupo de atributos constitutivos del fenómeno populista. Esta perspectiva no construye tales especificidades en torno a un núcleo conceptual (incluso aunque construya tipologías), no puede explicar el elemento común que las liga más allá de ciertos supuestos.

El segundo enfoque, por su parte, reconoce al populismo como emergente de un determinado momento histórico. Esto fue y en alguna medida sigue siendo habitual en América Latina, y refiere a la clásica vinculación del populismo con el período que va desde la crisis de la década del 30 del siglo pasado a los años 60 —el período de modernización—.

Finalmente, la tercera perspectiva la constituye una lectura sintomática que toma algunos aspectos de las dos primeras pero se centra en la definición de núcleos analíticos, por caso, la constitución del pueblo como actor político en función de fronteras antagónicas, a partir de

lo cual la identidad de este se constituye por oposición a un “otro”. En este caso, el “pueblo” es producto del propio proceso de nominación, definiendo enemigos (élites políticas o económicas) que impiden su plenitud y al mismo tiempo dan lugar a la constitución de su identidad. El populismo es, así, “[...] un modo de identificación a disposición de cualquier actor político que opere en un campo discursivo en el cual la soberanía del pueblo y su corolario inevitable, el conflicto entre poderosos y débiles, constituyen elementos centrales de su imaginario” (Panizza, 2008: 14).

Desde nuestra posición, nos focalizaremos en el establecimiento de relaciones entre populismo de izquierda y democracia radical, reconociendo la centralidad de la tercera perspectiva. Al respecto, comenzaremos a delinear una imbricación posible entre este núcleo conceptual y aquel al que refiriésemos en el apartado anterior: la democracia regional “nacional popular”.

Margaret Canovan (1999) propone una definición de populismo centrada en la constitución de identidades populares, a lo que hay que añadir que en las sociedades democráticas este puede entenderse como una apelación al pueblo contra las estructuras de poder y los valores socialmente dominantes. Para Canovan, la apelación a la participación y la soberanía popular es parte constitutiva de la democracia, y cuando se la limita en una institucionalidad que la excluye, explota en su apelación populista. Esto es coincidente con el pensamiento de Mouffe (2011), para quien aquellos que consideran que la política puede ser reducida a motivaciones individuales y guiada solo por intereses personales, no advierten la importancia de la participación colectiva y el hecho de que la política consiste siempre en la creación de un “nosotros” y un “ellos”. Este es el caso, como dijéramos, de las democracias latinoamericanas de principios de este siglo: se construyeron identidades colectivas populares que permitieron diferentes articulaciones hegemónicas, siempre en el marco de la distinción entre “nosotros” y “ellos”.

Coincidiendo con la politóloga belga, cabe destacar que para entender el populismo al interior de la democracia es necesario dar cuenta de la ausencia de masivos apoyos populares en las construcciones políticas asociadas a las tradiciones políticas demo-liberales, las cuales al absolutizar los principios racionalistas-individualistas en sus construcciones institucionales se volvieron incapaces de comprender el rol central de las pasiones en la constitución de las

identidades colectivas. Por el contrario, en las democracias regionales de comienzos del siglo XXI la pasión por la igualdad y la ampliación de derechos fueron desencadenantes de un sinnúmero de acciones colectivas que a esos efectos se desarrollaron.

Además, debe reiterarse como característica de la democracia liberal en el sentido mencionado el recurrente abandono de la apelación a la soberanía popular, ante lo cual el populismo emerge en base a los déficits de participación y representación en un marco cerrado e inmutable, de un irreformable “Estado de Derecho”. Es así que puede comprenderse la emergencia, en las primeras décadas de este siglo, de nuevas alternativas políticas en la región, impulsadas por acciones colectivas que demandaron la ampliación de derechos a partir del reconocimiento del lugar relevante que ocupa la soberanía popular en el ejercicio de la democracia.

En la misma línea, Biglieri y Perelló (2007) recuerdan que Peter Worsley liga el concepto de populismo a la democracia, y no lo considera una amenaza para esta, por el contrario: este recupera su dimensión participativa, mantenida en suspenso por el liberalismo. En ese marco, frente a la discusión sobre las imprecisiones del término populismo, se entiende que la participación es una dimensión que la democracia liberal reduce al reaseguro del reconocimiento de derechos y al empleo instrumental de las instituciones. El populismo, por el contrario, recupera la idea de participación más allá de sus cerrados límites demo-liberales e institucionales. En definitiva, el análisis de Worsley habilita a considerar que el populismo, en su dimensión participativa, permite superar los límites de la tradición estrictamente formal-institucional en relación a la democracia. No se puede vincular de manera absoluta, identificándolos, democracia y populismo, pero es claro que esta relación puede contribuir a superar los límites de una visión puramente institucionalista liberal, restrictiva de la participación y la soberanía popular.

Por otra parte, Canovan (1999) –además de la mencionada dimensión participativa y la construcción de identidades– pone el acento en la importancia de los afectos para la política: dejando de lado la ideología y el contenido de las políticas populistas, hace mención del fenómeno en relación a la democracia recuperando los conceptos de Oakeshott referidos a las dos caras de la democracia: la cara redentora (la política de la fe) y la cara pragmática (la política del escepticismo). La autora entiende, en este sentido, que la democracia involucra ambas facetas, que no existen de manera independiente y son, asimismo, irreconciliables. Por una parte la de-

mocracia moderna tiene una faceta redentora que promete un mundo mejor a través del accionar de un pueblo soberano, pero también desde cierta visión pragmática se propone resolver pacíficamente los conflictos a través de reglas institucionales. La dimensión redentora reivindica el poder popular como eje de toda democracia, y la promesa de soberanía popular impulsa la formación de identidades colectivas que pueden llegar a influir en la toma de decisiones, mientras la cara pragmática requiere que el poder se haga efectivo a través de instituciones y procedimientos vinculados con los mecanismos representativos. Sin embargo, en determinadas circunstancias, estos últimos necesitan el resurgimiento de la fe para su renovación.

Aunque ambas caras deben coexistir en una especie de concordia-discordia, cuando se abre una brecha entre el ideal del poder del pueblo y el desempeño real de las instituciones democráticas existentes, constitutiva de las democracias modernas, puede configurarse el escenario en que emerge el populismo. No habría, entonces, una relación de exterioridad entre democracia y populismo, sino que este último puede ser pensado como una dimensión interna de las democracias modernas, una respuesta al exceso de pragmatismo que caracteriza a las democracias liberales, hoy hegemónicas en los países centrales. El populismo se convierte, así, en una sombra proyectada sobre el componente liberal preponderante de las democracias modernas en Europa y Estados Unidos.

Es posible observar cómo, en esos países, los populismos tienden a emerger mayoritariamente como alternativas de derecha, a diferencia de América Latina, en función de la distintiva tradición de democracias populares en la región. Sin embargo, en la última década han emergido también en Latinoamérica populismos de esta orientación ideológica, lo cual invita a repensar el lugar de las pulsiones afectivas propias de la tradición local de las democracias del siglo XX y su continuidad (pensemos en el “discurso de odio” propio del populismo de derecha).

Para Ardití (2010), en esta línea, no hay una relación de exterioridad entre democracia y populismo, tal como sostienen los críticos conservadores, sino que existen tres modalidades de vinculación.

La primera modalidad de relacionamiento populismo-democracia, de clara e incuestionable interioridad, es el hecho –tematizado por Manin (1992)– de que la actual “democracia de audiencias” implica que las emociones y los alineamientos identitarios son importantes

en el funcionamiento de las democracias. La relación de personalización entre candidatos y electores –tornándose los partidos instrumentos del liderazgo de los candidatos–, junto con la complejización de la acción gubernamental que exige por parte de los ejecutivos una rápida decisión sobre un considerable número de temas, pone en primer plano la dimensión afectiva. Para Manin, hoy se requiere lo que Locke denominara “poder de prerrogativa”, es decir, un cierto margen de discrecionalidad de los gobernantes, ante lo cual adquiere especial importancia la confianza personal en los candidatos. Esto refuerza la tesis de interioridad del populismo y la democracia, ya que en la política cotidiana de las democracias actuales impera de hecho un modo de representación populista que entrelaza el tradicional “actuar por otros” y la “autorización”, con un fuerte lugar otorgado a la imagería simbólica.

Asimismo, es claro que los sectores progresistas ven con buenos ojos el populismo latinoamericano de inicios de este siglo, por su posición anti-imperialista (según su resignificación en el marco de la actual globalización financiera) y su papel vehiculizador de la inclusión de los desposeídos y ampliación de derechos en la agenda pública. En definitiva, concebido a nivel de régimen político, en determinados contextos regionales y dadas las características de las democracias contemporáneas, es cada vez más difícil considerar al populismo como un “afuera” de las políticas democráticas. De hecho, el populismo puede ser entendido desde este punto de vista como “interior” a la democracia, capaz de impulsar su transformación continua evitando el anquilosamiento institucionalista. De hecho, en América Latina, el carácter ampliatorio de derechos de las democracias ha estado históricamente asociado a los populismos, lo que permite entender por qué es más difícil pensar la emergencia de populismos de derecha en nuestras latitudes.

En la segunda modalidad, Ardití desplaza la relación populismo-democracia del lugar institucional del régimen político al del imaginario democrático de la política moderna, y asume al primero como un síntoma de la democracia, a modo de cierto “retorno de lo reprimido”. Así, el autor entiende el populismo como síntoma o periferia interna, refiriéndose a los fenómenos que aparecen en las regiones más turbulentas de la democracia para impulsar el poder popular, que es rechazada por aquellos que solo la entienden en un sentido procedimental. Sin embargo, el populismo como síntoma funciona como un elemento que perte-

nece a la democracia (como debate público y participación) y a la vez impide que esta se cierre como un orden político puramente domesticado y normalizado dentro de procedimientos establecidos y marcos institucionales. Así, el “ruido populista” describe una práctica a través de la cual el pueblo se niega a aceptar el lugar subalterno asignado, produciendo el desacuerdo en el sentido de Rancière (1996), el escándalo que trae la democracia irrumpiendo para desmontar el cierre de la partición de lo sensible como puro elitismo, pudiendo torcer así el orden de policía (Rancière, 1996).

Esta es una manera de plantear la redención en términos de Canovan (1999), a expensas de las interpretaciones más pragmáticas, cerradas y conservadoras del Estado de Derecho, prevacientes en los países de Europa y en Estados Unidos. El populismo puede, así, funcionar como promesa de redención, perturbando el orden normalizado de un Estado de Derecho conservador y extendiendo el alcance de la participación al punto que impugne el marco “normalizado” de la política institucional. Es la promesa democrática de la “voluntad popular” que ocurre en los márgenes más ásperos pero más inclusivos del imaginario democrático.

Por último, la tercera modalidad de relacionamiento populista es propuesta por Ardití como antitética o contraria a la democracia. Esto ocurre cuando predomina el supuesto de infalibilidad del líder, el control verticalista anula toda expresión autónoma de la voluntad popular, se pierde todo amarre institucional de la soberanía popular. En estos casos, la visión redentora de la política arrasaría con todo marco institucional, con lo cual el populismo se convierte en opuesto a la democracia (esto también sería una anomalía del populismo, por lo menos en el sentido de Laclau).

Otro análisis posible de la vinculación entre democracia y populismo puede construirse a partir de la mirada de Boaventura de Sousa Santos, aunque está claro que el tema del populismo no ha sido central en los debates y propuestas del autor. Su concepción mantiene algunas consideraciones tradicionales, pero también habilita la posibilidad de otras interpretaciones. Desde su perspectiva, el populismo implica un modo de construcción de subjetividades y formas de acción política contrarias a las mediaciones de la democracia liberal representativa, y resulta insuficiente para una distinción determinante de la oposición entre izquierda y derecha, tema de su especial interés.

Sin embargo, el cientista social portugués admite que la definición clara de enemigos radicaliza la voluntad política transformadora contra el status quo, y permite una clara distinción entre el “nosotros” y el “ellos”. El populismo tiende a privilegiar la participación frente a la representación, con una vocación anti-elitista, si bien a veces delega ese proyecto en un líder con signo excluyente de las minorías: el populismo es ambivalente, dependiendo del contexto de emergencia (Boaventura de Sousa Santos, 1998).

Así, el populismo de izquierda sería capaz de fortalecer la voluntad emancipatoria de la soberanía popular, como ocurrió a principios del siglo XXI en Latinoamérica; al tiempo que en su versión europea (y también, en años recientes, latinoamericana) de derecha, este se pronuncia por políticas de austeridad, anti-populares y expulsivas de los sectores excluidos: el populismo se transforma en enemigo de la democracia.

Es ese populismo de derecha el que rechaza Boaventura de Sousa Santos, coincidiendo con Mouffe, y asume que es necesario que la izquierda se apropie del populismo en tanto modo de hacer política. Su apelación negativa es, sin embargo, usada para descalificar el momento en que estos populismos buscan la emancipación apoyada en la soberanía popular que han abandonado los partidos demo-liberales. Por caso, en Europa –como es el caso de Podemos en España– estos movimientos son rechazados por los partidos tradicionales, aún de izquierda, que descalifican esta nueva forma de articulación y construcción política. En rigor, lo que se rechaza es la apertura a nuevos modos de construcción política de signo plebeyo, variables de acuerdo a las peculiaridades de cada contexto cultural y cada experiencia política, la fuerza de las identidades colectivas y la consideración central de los afectos en la política.

Por último, como parte de nuestro esfuerzo para dar cuenta de los conceptos centrales de populismo, debemos hacer mención del desarrollo más importante, por su envergadura teórico-conceptual, plausibilidad explicativa y solvencia analítica: la profunda y compleja elaboración teórica de Ernesto Laclau, que presenta un potente desarrollo y una sólida tradición teórica que la acompaña –de la que, sin embargo, no formamos parte–. A fines de los objetivos que perseguimos en el presente escrito, nos limitaremos a presentar el concepto laclausiano de “populismo” que, en una síntesis aproximativa, podemos definir según sus propias palabras como, simplemente, un modo de construir la política (Laclau, 2008). Se trata de un concepto

estrictamente formal, vinculado a un modo de articulación específica de la política, que supone los siguientes elementos:

1) Hay populismo si existe un conjunto de prácticas político-discursivas que constituyen un sujeto popular (construcción de un pueblo).

2) La pre-condición para que surja tal sujeto es la construcción de una frontera interna que divide la confrontación en el espacio social en dos campos.

3) La lógica de esta división es establecida por la creación de una cadena equivalencial entre una serie de demandas sociales en las cuales el momento equivalencial prevalece sobre la naturaleza diferencial de esas demandas.

4) La cadena equivalencial no puede ser el resultado de una coincidencia fortuita, sino que debe ser consolidada por la emergencia de un elemento que otorga coherencia a la cadena y puede significarla como una totalidad (provisoria), esto es el elemento del significante vacío que variará según las diferentes coyunturas. Puede ser una demanda particular que deviene símbolo de la lucha común y/o la figura de un líder (Laclau, 2004).

Sobre esta base, y revisando atentamente los análisis que vinculan democracia y populismo, podemos asumir que el populismo es interior y puede potenciar la democracia, al menos desde una perspectiva vinculada a los análisis post-liberales y post-marxistas, para los que no existe relación de exterioridad entre ambas nociones. Una interpretación tradicional sobre la “ambigüedad del populismo” por su oposición a la institucionalidad democrática, es susceptible de ser empleada por los partidos demo-liberales tradicionales en contra de la emergencia de un populismo de izquierda, impugnando su legitimidad en tanto posibilidad de regeneración de la soberanía popular, radicalización de la democracia como alternativa con mayores probabilidades de enfrentar al neoliberalismo. Por el contrario, y tomando como base la conceptualización de Laclau (2005), ahondaremos aquí en la propuesta de populismo de izquierda de Mouffe (2018) como potente alternativa a la expansión y profundización de las lógicas neoliberales.

3. Populismo de izquierda

Coincidiendo con Mouffe (2018), es posible asumir que estamos atravesando un “momento populista”, como expresión de —una de las pocas— posibilidades de resistencia frente a la hegemonía neoliberal que orienta y expande construcciones post-políticas y/o anti-políticas compatibles con su propia racionalidad y adversas a las alternativas populares. Sobre esta base, la autora propone la construcción de un “populismo de izquierda”, basado en la teorización del populismo de Laclau y centrado en una cadena equivalencial “[...] cuya unidad esté asegurada por la identificación con una concepción democrática radical de ciudadanía y una oposición común a la oligarquía” (Mouffe, 2018: 34). Desde su punto de vista, un populismo es de izquierda por el modo partisano en que se construye el pueblo y en tanto defiende los valores de igualdad y justicia social: es inescindible de su ínsita promesa de radicalización de la democracia frente a las lógicas neoliberales.

En este sentido, es posible reconocer rotunda y ampliamente que el populismo de izquierda en Latinoamérica enriquece y fortalece la tradición “nacional popular”, la cual constituye la única realización democrática capaz de aproximarnos a la radicalización de los ideales de soberanía popular, igualdad y ampliación de derechos. Es así que, desde la articulación propuesta en este trabajo, podemos vincular teóricamente el populismo —de izquierda— con el sentido de la política democrática de Rancière, en tanto es propio del modo de hacer política populista la “promoción de la parte de los sin parte”, la irrupción de los excluidos que pone en cuestión el orden legítimo. Coincidiendo con Barros, vemos cómo la asociación con la filosofía ranciereana está dada ya que “[...] sería una forma específica de ruptura de la institucionalidad vigente a través del planteamiento de un conflicto por la inclusión de una parte irrepresentable dentro de esa institucionalidad” (Barros, 2006: 8).

Desde los sentidos hegemónicos se critica al populismo sin asumir su potencial para ampliar el sentido participativo y partisano de la democracia, pero no son descalificados como “populistas” los gobiernos de derecha que se articulan con los intereses de la racionalidad neoliberal, adoptando ese modo de hacer política y alcanzando un considerable éxito —lo cual constituye un interrogante y un desafío de primer orden a trabajar en Latinoamérica—. Frente a esto, si

adoptamos la perspectiva de Mouffe en torno al populismo de izquierda, este permitiría radicalizar la democracia, coadyuvando a reformular positivamente su versión liberal tradicional. La marcha en esta dirección habilitaría a resignificar las instituciones democráticas existentes a fin de que los principios de libertad e igualdad se vuelvan efectivos, reactivando su sentido crítico para subvertir la hegemonía neoliberal que los ha invisibilizado.

En efecto: el populismo de izquierda se opone a todas las diferentes formas de subordinación, de explotación y/o de opresión existentes en las actuales sociedades capitalistas desiguales, asumiendo así valores políticos centrales, encarnando una lucha antagónica para disputar su sentido. Y todo ello, a través de un proceso de radicalización de las instituciones democráticas a partir del cual la confrontación con los intereses dominantes no implica abandonar —aunque sí reformular— los principios de legitimidad democrática.

Continuando con el análisis propuesto, recuperaremos aspectos distintivos del “populismo de izquierda”, centrales también para comprender el pensamiento de Mouffe. En primer término, reconocemos la centralidad de su concepto de comunidad política, el cual construye a partir del concepto de “societas” de Oakshott, que hace referencia a “agentes que por elección o circunstancias se relacionan entre sí para componer una asociación identificable de algún tipo” (Mouffe, 2012: 292). Esto implica que los une una práctica de civismo que no prescribe acciones sino consideraciones morales que especifican condiciones a las cuales es necesario ajustarse al elegir líneas de acción. Esta conceptualización resulta adecuada para definir la asociación política en las condiciones democráticas actuales, en tanto en ese marco la pertenencia a asociaciones diferentes con propósitos sustancialmente distintos puede no resultar enfrentada o excluyente respecto de su pertenencia a la asociación política: para integrar esta última solo es necesario aceptar un lenguaje específico de trato civil (propio de la res pública).

En efecto: la identificación con ciertas reglas de trato civil crea una identidad política entre personas con múltiples compromisos en empresas diversas, lo que se diferencia de la idea pre-moderna de comunidad política orientada a un objetivo sustantivo de bien común, pero también se distingue de la idea liberal de asociación política con un objetivo puramente instrumental: la promoción del interés propio o individual. Coincidiendo con Mouffe (2012) el contenido conservador que Oakshott imprime a su concepto de “res publica” puede refor-

mularse introduciendo principios más radicales, como la imposibilidad de negar la dimensión del conflicto y el antagonismo (agonismo) en toda comunidad política.

Para introducir esa ontología del conflicto, Mouffe (2018) entiende que es preciso reconocer que la “res publica” o comunidad política es un resultado hegemónico, producto de la institucionalización de determinadas relaciones de poder que pueden ser permanentemente cuestionadas. Sobre esta base, la vida política se relaciona con la acción colectiva y pública y se orienta a la construcción de un “nosotros” que se distingue de un “ellos”. Por esto no es posible la realización de una comunidad política totalmente inclusiva y con una unidad final, en todo momento existirá un “exterior constitutivo”, fundamental para la existencia de una comunidad política hegemónica.

Las formas de acuerdo son, en efecto, parciales y provisionarias, y la realización completa y final de la “democracia verdadera” solo podría conducir a su destrucción: un proyecto de democracia radical y plural reconoce la imposibilidad de la realización completa de la democracia y el alcance final de la comunidad política. Asumiendo esto, la construcción de una hegemonía democrática radical utiliza los recursos simbólicos de la tradición democrática para luchar por una reformulación que profundice la libertad y la igualdad en todos los ámbitos, sabiendo que es un proceso infinito y no lineal.

En el marco de la articulación del populismo de izquierda y la radicalización de la democracia, también las demandas en base a las que se configuran las estrategias populistas de izquierda son heterogéneas, y se requiere la construcción de un pueblo en torno a un proyecto orientado a la superación de las diversas formas de explotación, dominación y discriminación. Tal construcción no produce un sujeto homogéneo, en tanto el agente social se concibe construido dentro de discursos específicos que corresponden a la multiplicidad de relaciones sociales en que está inscripto y que se hallan en la base de sus procesos de subjetivación.

Sin embargo, aún en ese marco, hay una de las identificaciones que corresponde a la posición como ciudadano, que supone la inserción en una comunidad política (Mouffe, 2012). En el contexto de un populismo de izquierda se concibe a la ciudadanía como una gramática de conducta que permite ser parte de un pueblo identificado con un proyecto democrático radical de mayor igualdad y ampliación de derechos y, simultáneamente, estar inscripto en

una pluralidad de relaciones sociales con subjetividades específicas (Mouffe, 2018). Siguiendo a Wittgenstein, Mouffe sostiene que los agentes sociales asumen determinadas creencias y deseos y configuran su subjetividad a partir de su inscripción en “juegos de lenguaje”, lo que permite dar cuenta de las prácticas discursivas/afectivas.

Así, la identificación como ciudadanos cuyo objetivo político es la radicalización de la democracia uniría a los agentes sociales —que pueden estar involucrados en diferentes proyectos— con un objetivo común, orientado a la extensión de los principios ético-políticos de libertad e igualdad en una amplia gama de relaciones sociales: género, clase, etnicidad, etc., una gramática de conducta vinculada a una ciudadanía democrática radical.

Cabe destacar que solo es posible esta formulación si no se concibe al agente social como un sujeto unitario, sino como una articulación de posiciones de sujeto, suturadas de manera temporal y precaria. Coinciden así la interpretación no esencialista del populismo de Laclau con las nociones de democracia radical y comunidad política más extensamente desarrolladas por Mouffe (2012), que no se consideran referencias empíricas sino superficies discursivas.

Este enfoque de la ciudadanía radical hace posible comprender cómo puede vincularse con la preocupación por ampliar la igualdad y la libertad en múltiples dimensiones de la vida social, con lo que ninguna esfera sería inmune a esta preocupación y se habilitaría el cuestionamiento de las relaciones de dominación en todas ellas (Mouffe, 2012).

Recuperar la ciudadanía como forma fuerte de identificación política presupone nuestra alianza con los principios políticos de democracia moderna y el compromiso con la defensa de sus instituciones principales (...) La democracia moderna, lejos de basarse en una concepción relativista del mundo, como a veces de sostiene, se articula en torno de cierto conjunto de valores que, como la igualdad y la libertad, constituyen sus “principios políticos” [...] nunca puede haber procedimientos puros y neutrales sin referencia a inquietudes normativas (Mouffe, 2012: 24).

Se entiende que la lucha hegemónica para construir una democracia radical puede —y debería— comenzar a nivel del Estado nacional, aunque es claro que la exitosa transformación en detrimento de las lógicas neoliberales implica la consolidación de, al menos, alianzas re-

gionales. No obstante, habida cuenta de la fuerte investidura libidinal que suele intervenir en las formas de afectos nacionales, este nivel reviste una centralidad que no puede ser subestimada. Desde esta perspectiva, asimismo, el Estado constituye un espacio importante para las luchas de la ciudadanía democrática radical, ya que es el espacio desde donde puede ser ejercida la soberanía popular. Sin embargo, este no es el único modo de intervención: la combinación de las diferentes formas de participación en múltiples espacios y en el marco de relaciones diversas, orientadas hacia la ampliación de la libertad y la igualdad, multiplica positivamente las formas de representación y de participación.

Otra de las cuestiones que hay que destacar en este intento de articulación es la reapropiación de los conceptos de Freud que hace Mouffe (2018), en particular en torno a la necesidad de abandonar, como postulado de la filosofía racionalista, la categoría de sujeto como entidad capaz de conferir un sentido homogéneo a la totalidad de su conducta, aceptando que los individuos son meras identidades referenciales resultantes de la articulación entre posiciones subjetivas localizadas. La autora asume la afirmación del psicoanálisis de que no existen identidades esenciales sino solo formas de identificación y, desde una perspectiva antiesencialista, entiende que la historia del sujeto es la historia de sus identificaciones: no hay una identidad oculta que deba ser rescatada. También la teoría discursiva de la democracia, asumida por la autora belga, reconoce que lo discursivo y lo afectivo tienen una implicancia constitutiva y, citando a Laclau, Mouffe afirma que “[...] algo perteneciente al orden de los afectos tiene un rol primordial en la construcción discursiva de lo social” (Laclau, 2008: 23).

Como vemos, entonces, la adhesión a la democracia no puede comprenderse como una discusión basada en la racionalidad sino al modo de la participación en formas de vida específicas. Apelando a Rorty, Mouffe sostiene que la perspectiva propuesta “Nos hace tomar en cuenta que la adhesión a la democracia y la creencia en el valor de las instituciones no depende de otorgar a la democracia un fundamento intelectual” (Mouffe, 2018: 23). En esta línea, se entiende que para construir un populismo de izquierda se requeriría partir del “sentido común” y apelar a amplios sectores sociales para alcanzar alguna resonancia con sus afectos, en congruencia con los valores y las identidades de aquellos a los que pretende interpelar, siempre en conexión con la experiencia popular: “Entender el sentido común como vinculado

a una articulación discursiva/afectiva nos permite comprender cómo puede ser transformado mediante intervenciones contrahegemónicas” (Mouffe, 2018: 102).

En definitiva, debemos concebir al agente social como construido dentro de discursos específicos que corresponden a la multiplicidad de relaciones sociales en que está inscripto. Entre esas relaciones sociales hay una que corresponde a su inserción en una comunidad política: a su posición como ciudadano. La categoría ciudadano puede entenderse de distintas maneras, y supone concepciones muy diferentes de la política. Para el liberalismo, la ciudadanía se reduce a un status legal e identifica al individuo como un mero poseedor de derechos, libre de cualquier identificación con un “nosotros”. No obstante, la tradición democrática radical concibe a la ciudadanía como un involucramiento activo en la comunidad política, un actuar como parte de un “nosotros” conforme a cierta concepción del interés cívico (o civismo). Esta perspectiva de la ciudadanía, asociada a la tradición cívico-republicana, pone énfasis en la participación activa en la comunidad política, reafirma la importancia de la acción colectiva y el valor de la esfera pública, atacados por la hegemonía neoliberal.

Para hacer posible la hegemonía de las fuerzas democráticas son necesarias nuevas identidades, como la de ciudadano político radical. La nueva ciudadanía que propone Mouffe rechaza la idea de una definición universalista arbitraria, sino que se identifica con las muchas éticas políticas de democracia moderna que incluyen los valores de libertad e igualdad de la democracia moderna. Esta concepción democrática de la ciudadanía puede restaurar la dignidad de lo político y proporcionar el vehículo de construcción de una hegemonía democrática radical, siendo un principio de articulación que afecta a diferentes funciones del agente social pero permite, al mismo tiempo, una pluralidad de lealtades específicas y el respeto a la libertad individual. De este modo, el quiebre de la articulación entre liberalismo político e individualismo hace posible un nuevo enfoque de la individualidad capaz de restaurar su naturaleza social sin reducirla a mero componente de un todo orgánico. En definitiva, la vinculación planteada entre ciudadanía radical, democracia radical y populismo de izquierda nos permite proponer a este como la verdadera alternativa ¿política? al neoliberalismo.

Bibliografía

- Arditi, Benjamín (2009). *La Política en los bordes del Liberalismo*. México: Gedisa.
- Arditi, Benjamín (2010). “El giro a la izquierda en América Latina: una política post-liberal”. *Ciencias Sociais Unisinos*, Vol. 45, N° 3: 232-246. Unisinos.
- Barros, Sebastián (2006). “Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista”. *Estudios Sociales*, N° 30: 145-162. Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.
- Biglieri, Paula y Perelló, Gloria (2007). *En el nombre del pueblo. La emergencia del populismo kirchnerista*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Brown, Wendy (2017). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. México: MalPaso.
- Canovan, Margaret (1999). “Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy”. *Political Studies*, Vol 47: 2-16. London.
- De Sousa Santos, B. (1998). *Reinventar a Democracia*. Lisboa: Gradiva.
- Graff Zivin, Erin (2015). “El pensar-marrano; o, hacia un latinoamericanismo anarqueológico”. En Rodrigo Orellana, *Poshegemonía. El final de un paradigma en la filosofía política de América Latina*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Laclau, Ernesto (2004). “Populismo: ¿qué nos dice el nombre?”. En F. Panizza, *El populismo como espejo de la democracia* (pp. 51-70). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto (2008). “Atisbando el futuro”. En S. Critchley y O. Marchart (orgs.), *Laclau: Aproximaciones críticas a su obra* (pp. 347-404). México: Fondo de Cultura Económica.
- Macpherson, Crawford Bourgh (1968). *La realidad democrática*. Barcelona: Fontanella.
- Manin, Bernard (1992). “Metamorfosis de la Representación”. En Mario R. dos Santos (coord.), *Qué queda de la representación política* (pp. 20-45). Caracas: Clacso-Nueva Sociedad.

- Mouffe, Chantal (2011). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mouffe, Chantal (ed.) (2012). *Dimensiones de democracia Radical. Pluralismo, ciudadanía, comunidad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Mouffe, Chantal (2018). *Por un populismo de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Panizza, Francisco (2008). “Fisuras entre populismo y democracia en América Latina”. *Stoc-
kholm Review of Latin American Studies*, Nº 3: 81-93. Estocolmo.
- Panizza, Francisco (2009). *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo
de Cultura Económica.
- Ranciére, Jaques (1996). *El Desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ranciére, Jacques (2002). *El maestro ignorante*. Barcelona: Laertes.
- Tapia, Luis (2009). *Pensando la democracia geopolíticamente*. La Paz: Clacso.

Noticias de lxs autorxs

Bonetto, María Susana

Doctora en Derecho y Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Córdoba, posdoctora en Sociología Política. Profesora Titular de Fundamentos de las Ciencias Sociales en el IAP de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Villa María. Directora del Doctorado en Ciencia Política del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.

msbonetto@hotmail.com

Bruno, Lucas Ezequiel

Doctor en Ciencia Política. Abogado. Docente en la Facultad de Derecho, UNC. Integrante del Programa de Investigación “Construcciones Neoliberales” (CEA-FCS-UNC). Integrante del Programa de Investigación “Espacio público y vida en común: reflexiones teóricas, problemáticas situadas” (CIFFyH-FFyH-UNC).

bruno.lucasezequiel@gmail.com

Etkin, Felipe

Licenciado y profesor en Comunicación Social (FCC-UNC). Docente en nivel medio. Estudiante de posgrado en Universidade do Estado do Rio de Janeiro. Líneas de investigación vinculadas a *think tanks*, conocimiento científico, comunicación y pensamiento neoliberal.

felipe.etkin@gmail.com

Foa Torres, Jorge

Abogado (UNC), doctor en Ciencia Política (CEA/FCS/UNC). Investigador adjunto del Conicet con lugar de trabajo en el Centro de Conocimiento, Formación e Investigación en Estudios Sociales (CCONFINES, Conicet/IAPCS-UNVM). Profesor adjunto del Instituto AP de Ciencias Sociales de la UNVM. Director del Programa de Investigación “Subjetividades Políticas en la Época del Discurso Capitalista” (IAPCS/UNVM). Co-director

del Programa de Investigación “Construcciones Neoliberales” (CEA/FCS/UNC). Director del Proyecto de Investigación Consolidado “Memoria(s) y Lazo(s) Social(es) en la Argentina contemporánea: un abordaje desde la izquierda lacaniana” (IAPCS/UNVM). Integrante de la Red Territorios Clínicos de la Memoria (TECME).
jorgefoatorres@gmail.com

Piñero, María Teresa

Doctora en Derecho y Ciencias Sociales. Prosecretaria de Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba. Directora del Programa de Investigación “Construcciones Neoliberales” (CEA-FCS-UNC).
maria.pinero@unc.edu.ar

Reynares, Juan Manuel

Licenciado en Ciencia Política (UNVM), doctor en Ciencia Política (CEA/FCS/UNC). Investigador adjunto del Conicet con lugar de trabajo en el Centro de Conocimiento, Formación e Investigación en Estudios Sociales (CCONFINES, Conicet/IAPCS-UNVM). Docente del Instituto AP de Ciencias Sociales de la UNVM. Codirector del Programa de Investigación “Subjetividades Políticas en la Época del Discurso Capitalista” (IAPCS/UNVM). Director del Proyecto de Investigación Consolidado “Actores socio-políticos en Córdoba (2003-2019): transformaciones y continuidades ideológicas bajo el signo neoliberal” (IAPCS/UNVM).
juanmanuelreynares@hotmail.com

Ruffini, María Luz

Doctora en Ciencia Política por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Becaria posdoctoral Conicet con lugar de trabajo en el Centro de Conocimiento, Formación e Investigación en Estudios Sociales (CCONFINES, Conicet/IAPCS-UNVM). Docente de la Universidad Nacional de Villa María.
ruffiniluz@gmail.com